
HARLEQUIN
Super Bianca
Janelle Denison
DESEO PROHIBIDO

Deseo prohibido

El detective Josh Marchiano llevaba años albergando un amor prohibido por Paige Montgomery, la esposa de su mejor amigo; de modo que cuando supo que había quedado viuda y que era el objetivo de un hombre muy peligroso, la necesidad de protegerla lo cegó.

Paige jamás había experimentado emociones tan intensas: estupor, dolor, miedo. Pero más fuerte que todas ellas era la necesidad de estar con Josh, su amigo, su confidente… Y, ahora, su amante. Sabía que podría confiarle todo, incluso su vida, ¿pero cómo entregarle el corazón a otro policía?

Prólogo

A nadie podía sentarle tan bien el luto como a Paige Montgomery, se decía Josh. Un pequeño grupo de amigos y familiares se habían reunido en su lujosa casa de la playa para darle el pésame tras el funeral por su marido, Anthony Montgomery. Josh Marchiano estaba un poco apartado, cerca de la mesa de la comida donde quienes llegaban iban dejando su contribución, y observando cómo Paige se aseguraba de saludar a todo el mundo, e incluso se esforzaba por sonreír, pero la tristeza velaba sus ojos verdes.

Esa emoción en particular la había percibido Josh en ella con demasiada frecuencia durante su matrimonio de tres años con el hombre que él consideró durante mucho tiempo su mejor amigo. Y es que Anthony había roto demasiadas promesas, había pasado demasiadas noches fuera de casa con los amigos en lugar de compartirlas con la mujer que lo esperaba.

Anthony había tratado a Paige más como una posesión que como una esposa, y a lo largo de esos tres años Josh había tratado inconscientemente de suplir las negligencias de Anthony ofreciendo su amistad a Paige. Pero sus buenas intenciones le habían jugado una mala pasada, porque había terminado enamorándose de ella.

Paige miró a su alrededor como si buscase a alguien, y al llegar a él se detuvo. Su expresión se suavizó y, por un momento, todas las demás personas presentes en aquella habitación se desvanecieron. Tal era el poder de la atracción que sentían el uno por el otro y de la que nunca habían hablado siquiera.

Paige echó a andar hacia él, abriéndose paso entre la gente. Llevaba un vestido clásico y sencillo que modelaba sutilmente sus curvas hasta por encima de la rodilla. El negro acentuaba su piel sin mácula y su pelo castaño que a la luz tenía destellos caoba y que, para la ocasión, se había recogido en un moño. Se detuvo delante de él, mirándolo con expectación e inseguridad al mismo tiempo. Sin preocuparse de la gente, Josh la besó en la mejilla.

-Lo siento mucho, Paige -dijo, a pesar de ser consciente de que era una frase que había repetido al menos cien veces desde que tuviera que darle la trágica noticia de la muerte de Anthony, y era un sentimiento que parecía insuficiente frente a los trágicos acontecimientos de la semana anterior.

-Sí, yo también -susurró ella. Su voz estaba cargada de dolor-. Gracias por venir hoy.

-No tienes por qué andarte con formalidades conmigo -contestó él,

y metió las manos en los bolsillos del pantalón azul apartando los delanteros de la chaqueta-. Ya sabes que siempre estoy a tu lado, pase lo que pase.

La sonrisa que apareció en sus labios no le llegó a los ojos.

-No estaba segura de que el capitán te dejase venir al funeral, considerando el riesgo del caso en el que Anthony estaba trabajando.

-El capitán Reynolds no habría podido impedírmelo.

Desde luego habían discutido vehementemente sobre la inconveniencia de que un detective de la policía asistiese al funeral de un hombre que había trabajado encubierto para infiltrarse en un grupo de ladrones de joyas, pero al final Josh había ganado el acalorado debate. Aunque Anthony había muerto en el cumplimiento de su deber, otra persona que trabajaba también en aquel caso había confirmado que nadie sospechaba que Anthony Montgomery fuese un policía de antivicio. Había muerto con su identidad falsa intacta. El capitán Reynolds era de la opinión que cualquier asociación con el cuerpo de policía o con la fanfarria política que solía acompañar la muerte de un agente llamaría la atención sobre la verdadera ocupación de Anthony y pondría en peligro las vidas de los demás oficiales que trabajaban también de forma encubierta, así que su funeral había sido sencillo e íntimo.

Por otro lado, el capitán había estado de acuerdo, aunque a regañadientes, con que no sería mala idea mantener vigilada a Paige hasta que las cosas se tranquilizaran y pudieran determinar el motivo de la muerte de Anthony.

-Me vendría bien un poco de aire fresco - dijo Paige, apartando a Josh de su ensimismamiento-. ¿Te importa salir un poco conmigo?

-Claro que no.

Josh iba a atravesar el salón para salir a la terraza, donde había más gente congregada, pero ella le sujetó por un brazo antes de que pudiera emprender el camino.

-Quiero estar sola -dijo como respuesta a su mirada-. Si salimos por ahí, tendré que estar una hora más recibiendo pésames.

Él sonrió; comprendió que estuviera cansada de tanta cortesía.

-De acuerdo. Nos escabulliremos por el otro lado.

Y apoyando una mano en su espalda, la condujo hacia el recibidor de mármol.

Salieron discretamente por la puerta principal y tomaron el camino pavimentado que conducía a la parte derecha de la casa. El camino conducía a una pérgola blanca rodeada de plantas tropicales. Jazmines blancos se enroscaban por las columnas de hierro forjado y subían por el techo de la estructura. El calor de aquella tarde de otoño hacía más

intenso el aroma de aquellas pequeñas flores.

Paige se acercó a la parte que daba hacia la playa de Miami y el océano Atlántico y, apoyada en la barandilla, inspiró profundamente el aire salino del mar. Josh tuvo la sensación de que parte de su tensión desaparecía.

-¿Cómo estás? -le preguntó. Durante la última semana, le había hecho varias veces aquella misma pregunta cada vez que habían hablado por teléfono, y la respuesta había sido invariablemente, bien. Pero en persona, esperaba una respuesta más sincera.

Paige no le decepcionó

-Tan bien como cabe esperar,-supongo. Me alegro de que haya terminado yak, el funeral, pero tengo que admitir que la muerte de Anthony sigue sin parecerme real.

Entre los preparativos para el funeral, la presencia constante de gente para ofrecerle sus condolencias, y la llegada de su hermana Valerie desde Connecticut para ofrecerle apoyo moral debía de haber estado demasiado distraída como para poder aceptar la realidad de aquella situación.

-Necesitarás más de una semana para asimilarlo, Paige.

-Ya lo sé -contestó, apoyándose contra una de las columnas-, pero Anthony pasaba fuera tanto tiempo, que tengo la sensación de que todo esto no es más que otro de sus casos.

En su voz había un dolor que iba más allá del de aquel momento, y se mezclaba con la tristeza y la soledad que él había presenciado durante los últimos años. Aquello le llegó muy hondo.

-Uno de mis mayores temores era que a Andy lo asesinaran trabajando así, encubierto -dijo, cruzándose de brazos para mirar de nuevo hacia el mar.

-Morir en acto de servicio es un riesgo que todos los policías deben aceptar.

Aquella respuesta le pareció banal incluso a él sí mismo.

-Sí, ya; Anthony me lo había dicho un montón de veces -contestó, y apretó los dientes-, pero no me sirvió de mucho a la hora de acallar los temores y las incertidumbres de las noches largas y solitarias.

-Lo siento.

No sabía qué otra cosa decir.

-No tienes por qué -contestó, haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia-. El trabajo de Anthony era motivo de discusión casi constante. A él le encantaba el riesgo de trabajar infiltrado, pero yo llegué a odiarlo.

La expresión de sus ojos revelaba que había llegado a odiar su profesión por más razones que no quería revelar.

-No es fácil ser la esposa de un policía.
Ella ladeó la cabeza.
-¿Y por qué no me lo advertiste antes de que me casara?
Josh se permitió una pequeña sonrisa.
-¿Me habrías escuchado?
Ella se echó a reír, y su risa rompió la tensión anterior.
-Seguramente no.
Aquel momento le recordó por qué disfrutaba tanto de su compañía.
-Ahí tienes tu respuesta.
Paige volvió a quedarse seria.
-¿Sabéis ya algo más de las causas del accidente?
Josh eligió la respuesta cuidadosamente, ya que no quería divulgar las sospechas que circulaban sobre que la muerte de Anthony hubiera sido algo más que un accidente.
-Seguimos investigando.
-Y es información confidencial –añadió ella, y la amargura volvió a hacerse patente en su voz.
Josh suspiró. ¿Cuántas veces habría oído aquella misma frase pronunciada por su mando?
-Exacto.
Una de las flores se desprendió del jazmín y fue a parar sobre el césped.
-Pues cuando tengas libertad para compartir esa información privilegiada, me gustaría saber qué es lo que ocurrió exactamente.
Él asintió. Era lo menos que podía hacer por ella.
-En cuanto se cierre la investigación y se redacte el informe, te lo haré saber.
Y por el bien de Paige y el suyo propio, esperaba que los rumores sobre una posible actuación delictiva fuesen infundados.

1

Tres meses más tarde

Josh miró por el parabrisas de su Thunderbird negro. El tiempo amenazaba tormenta, y aquellas nubes negras y amenazadoras encajaban perfectamente con su estado de ánimo, que era lúgubre y con un trasfondo tan feroz como los relámpagos que iluminaban brevemente el cielo oscuro. Los elementos de la tormenta a punto de estallar no diferían mucho de la sensación de traición que llevaba dentro.

Había aparcado frente a una lujosa casa e intentó dejar a un lado sus emociones y prepararse mentalmente para la tarea que le esperaba y que no iba a ser nada fácil, teniendo en cuenta los sentimientos que le inspiraba la mujer que vivía en aquella casa.

Paige.

Tuvo que pasarse las dos manos por la cara, áspera tras dos días sin afeitar, para intentar deshacerse del miedo que se le había asentado en la boca del estómago. Hacía precisamente dos días que el capitán Reynolds le había llamado a su despacho para confirmarle lo que en un principio había sido sólo mera sospecha entre los policías que seguían trabajando en el caso que llevaba Anthony antes de su muerte. Con la ayuda de los oficiales que seguían infiltrados en el grupo, Asuntos Internos había concluido la investigación que confirmaba los rumores que nadie en el departamento, y mucho menos él mismo, quería creer.

Anthony Montgomery había resultado ser un policía corrupto, y había arrastrado a Paige con él. Tras su muerte, ella iba a verse sumida en un mundo en el que reinaban la violencia y la codicia.

Y él era su única esperanza de supervivencia.

La rabia le empujó a aferrarse al volante. Le indignaba que Anthony hubiese caído tan bajo para poner a su propia esposa en una situación tan peligrosa.

«Tú eras su mejor amigo, Josh. Nadie mejor que tú sabía que Anthony rara vez pensaba en alguien más que en sí mismo».

Había tenido muchas ocasiones de comprobar aquel talante arrogante y egoísta de su amigo desde que se graduaran juntos en la academia, pero había confiado en que el matrimonio con una mujer tan amable y generosa como Paige lo domesticaría. Pero no había sido así. Si acaso, el matrimonio le había vuelto más irresponsable y

fanfarrón, y sus últimas acciones demostraban la falta de cuidado hacia su esposa.

Intentando controlar sus emociones, Josh se subió el cuello de la cazadora y salió del coche para entrar en la casa. Un trueno pareció partir el cuelo en dos y el viento comenzó a ulular entre los árboles. Unas gotas redondas y enormes empezaron a caer, y en cuestión de segundos, estuvo empapado.

Con una maldición en los labios, alcanzó el porche delantero de la casa, en el que pudo resguardarse de la lluvia.

-Genial -murmuró, pasándose los dedos por el pelo para intentar ordenarlo en la medida de lo posible. De la cara le resbalaba el agua hasta mojar el cuello del polo que llevaba-. Esto es genial.

Llamó a la puerta de roble con firmeza. A través de los cristales que decoraban el marco, podía verse el resplandor de las luces encendidas en varios puntos de la casa y después una silueta borrosa que se acercaba a la puerta. Luego, oyó el ruido de la cerradura y la puerta al abrirse.

-¡Josh! -Paige sonrió, y la sorpresa iluminó sus ojos verdes-. ¿Qué haces aquí?

Lo que acababa de saber catapultó su sentimiento protector.

-¿Cómo abres la puerta sin saber quién hay al otro lado?

Ella parpadeó varias veces.

-Tú no eres un extraño, Josh.

Él se resistió al deseo de zarandearla.

-No has sabido que era yo hasta que has abierto la puerta.

Paige arqueó las cejas y se cruzó de brazos. Estaba guapa y seca, pensó Josh al fijarse en el jersey largo y las mallas, todo de color beige. Iba descalza y llevaba las uñas de los pies pintadas en un suave tono rosa. Y llevaba el pelo suelto, que era una cascada de canela y fuego.

-Si el propósito de tu visita, detective Marchiano, es sermonearme, te advierto que no lo necesito.

-Pues a mí me parece que sí. Eres demasiado confiada.

Pero, antes de que concluyera el día, iba a dar al traste con su confianza, y la serenidad de su vida, y le enseñaría a desconfiar de cualquiera que se pusiera en contacto con ella. La forma en que hasta entonces había contemplado el mundo nunca volvería a ser la misma.

-Es un rasgo que muchas personas aprecian -replicó.

-Y del que otras tantas se aprovechan.

Una ráfaga de viento se coló en el porche y Josh se estremeció. El calor del interior de la casa le llamaba como la luz a una polilla.

-Tienes una pinta horrible, Josh, y estás de un humor de perros -

Paige ladeó la cabeza-. Si lo que buscas es que te invite a entrar, lo estás haciendo fatal.

De ser otras las circunstancias, se habría echado a reír. Su relación con Paige siempre había estado salpicada de buen humor, de la risa que precisamente parecía faltarle en su relación con Anthony. Siempre se habían llevado bien... incluso tal vez demasiado bien, ya que conectaban en cosas que iban más allá de la simple amistad.

Pero la risa no figuraba en la agenda de aquel día, e intentó respirar profundamente para rebajar la tensión que le tenía encogidas las entrañas.

-No es una visita de cortesía -le dijo-. Estoy aquí por un asunto oficial.

-Ah -su sonrisa se desvaneció, al igual que la ternura y las bromas, e inmediatamente se hizo a un lado para dejarle pasar.

El interior de la casa estaba cálido y resultaba muy acogedor, sobre todo por el aroma a pan recién horneado y a algo más que no pudo identificar pero que su estómago percibió de todas formas.

Se detuvo justo al otro lado de la puerta al oír chirriar sus zapatos sobre el mármol. No quería embarrar la alfombra oriental que adornaba el recibidor, así que se quitó los zapatos.

-Maldita sea -masculló entre dientes-. Tengo hasta los calcetines mojados.

Y se los quitó también.

Paige intentó ocultar una sonrisa, pero no lo consiguió.

-Estás empapado, Josh.

Él se puso en jarras para mirarse. Tenía los vaqueros pegados a las caderas y las piernas, y no había un solo centímetro seco en su cazadora.

-Hasta los calzoncillos confirmó—. Me ha pillado el aguacero.

-Voy a traerte una toalla.

Le dejó en el recibidor y volvió en un instante con una esponjosa toalla con la que Josh se secó la cara y la cabeza.

Por qué no te quitas la ropa y la meto en la secadora? -sugirió Paige.

Josh dejó de secarse el pelo y la miró.

-¿Y quedarme en cueros? -preguntó, medio sonriendo.

-No -contestó ella, enrojeciendo ligeramente-. No he sacado de los armarios todas las cosas de Anthony. Seguro que hay algo que puedas ponerte.

Josh sintió que un escalofrío le recorría la espalda; estaba congelado, y si no se quitaba aquella ropa, tardaría un siglo en entrar en calor. Además, si se ponía enfermo no podría serle a Paige de

ninguna ayuda.

-Te lo agradecería -contestó, y se quitó la cazadora para colgarla en el perchero junto a la puerta.

A Paige se le fueron los ojos a la pistola que llevaba bajo el brazo izquierdo, un recordatorio de quién era: un policía. Su automática formaba parte de él tanto como sus piernas; era una extensión natural de su persona como detective del departamento de homicidios. No salía de casa sin ella, y sería su compañera constante hasta que aquella nueva pesadilla finalizara.

Josh se sintió culpable al ver reflejada en su mirada la aversión que sentía por el arma, y se resistió al impulso de acercarse y tocarla, de ofrecerle consuelo, pero no podía darle falsas esperanzas. No podría separarse de su arma por mucho que ella lo quisiera. No cuando su vida estaba en juego y su futuro era incierto.

Antes de que concluyese la noche, comprendería por qué y lo aceptaría. No iba a quedarle más remedio.

-Vamos al salón, que está más caliente - le dijo, y echó a andar-. Y te traeré un pantalón para que te cambies.

Ella salió por la puerta de la derecha, que conducía a la habitación principal, la de invitados y un despacho. Josh entró en el salón y se acercó al fuego de la chimenea que a punto estaba de apagarse y le echó unos cuantos troncos. Luego se volvió y miró a su alrededor.

Más de una vez se había preguntado cómo Anthony podía permitirse una casa tan lujosa con un salario relativamente modesto. A lo largo de los años, las costumbres de Anthony habían ido incluyendo barcos de competición hechos a medida, deportivos y otros cuantos juguetes tan caros como frívolos. Siempre había vivido la vida al máximo y jamás se había resistido a comprarse un capricho, ni siquiera cuando Paige había entrado en su vida.

¿De dónde salía tanto dinero? No provenía de una familia adinerada, y carecía de herencia y de rentas de la propiedad. A la luz de las últimas averiguaciones, la verdad le quemaba a Josh en el estómago.

Una música suave y relajante provenía de los altavoces colocados en ambas esquinas de la habitación, y sobre la mesa había un montón de facturas, expedientes y catálogos, junto con una copa de vino.

Su instinto de investigados lo empujó a acercarse. El membrete de la tienda de Paige, The Wild Rose, aparecía en algunos de los documentos, unas hojas de hiedra verde oscuro entremezcladas con rosas salpicadas de rocío. La carta estaba dirigida a un agente de bolsa, pero su contenido quedaba tapado con otra página en la que figuraban unas cantidades astronómicas de dinero.

Frunciendo el ceño al preguntarse qué podría tener que ver Paige con un agente de bolsa, leyó la carta.

-¿Estás buscando algo en concreto, detective?

Maldición. Paige estaba al otro lado del sofá de piel, mirándolo con determinación.

-No -sonrió-. Sólo admiraba tu membrete.

-Si hubiera sabido que te gustan tanto las rosas, te habría regalado una de nuestras agendas para Navidad.

Sus palabras fueron almibaradas, pero no lo bastante como para ocultar el sarcasmo de su voz.

Él se encogió de hombros.

—Quizás el año que viene.

-No juegues conmigo, Josh -le cortó-. Ya jugó bastante Anthony.

No le hacía ninguna gracia que lo comparase con su difunto marido.

-De acuerdo -en aquel momento, decidió que la sinceridad entre ellos iba a ser crucial-. Me preguntaba por qué Wild Rose se pondría en contacto con un agente de bolsa.

Ella lo miró fijamente durante un momento, y los sentimientos que pasaron por sus ojos no fueron tranquilizadores.

-No es asunto tuyo.

Hubiera querido contestarle que sí lo era y pedirle explicaciones sobre por qué estaba siendo tan imprecisa. Como amigo, le interesaba su vida, y el hecho de que hasta aquel momento nunca se hubiera mostrado reticente a compartir información sobre su tienda con él resultaba todavía más inquietante. Como hombre asignado para protegerla, su preocupación provenía de la necesidad de conocer todos los hechos para que nada pudiese pillarlo por sorpresa.

Se acercó a él y cortó la conversación al entregarle unos pantalones de algodón grises.

-Si quieres, puedes darte una ducha caliente para quitarte el frío.

-Gracias. Creo que voy a aceptar la sugerencia. Volveré dentro de un instante y hablaremos.

-Me muero por hacerlo -le oyó murmurar cuando salía de la habitación.

Maldito Josh...

No sentía interés alguno por el asunto oficial que Josh viniera a descubrirle, no cuando estaba haciendo un intento desesperado por encarrilar de nuevo su vida. No cuando estaba a punto de tomar decisiones que podían afectar a su futuro.

Algo en su interior le decía que la investigación sobre la muerte de Anthony había concluido y que ésa era la razón de la visita. Durante los tres meses que habían pasado desde la muerte de su marido, había conseguido enterrar su resentimiento hacia el trabajo con el que su marido tanto disfrutaba. Anthony ya no estaba, y nada de lo que dijeran o hiciesen podía devolvérselo. ¿De verdad quería conocer todos los morbosos detalles de por qué no había quedado nada de Anthony tras la explosión fatal?

No. Había conseguido asimilar su muerte y lo único que quería era cerrar ese capítulo de su vida y empezar de nuevo.

Frotándose las sienes, Paige se obligó a recuperar la compostura, lo cual no era tarea fácil, teniendo en cuenta las vibraciones negativas que Josh había traído consigo.

Lo conocía bien, tal vez mejor que a su propio marido. Había aprendido a identificar su estado de ánimo, valoraba su confianza y su honestidad, elementos de los que carecía su relación con Anthony. Josh no se había dado cuenta, pero su amistad y su apoyo la habían ayudado a mantener la cordura a lo largo de un mal matrimonio.

Anthony no había resultado ser el hombre de cuya imagen se había enamorado en tres rápidos meses. La ternura, la amabilidad y la consideración, los tres rasgos de los que se había enamorado, se desvanecieron el día mismo de la boda. Los sueños que había alimentado desde la infancia habían naufragado en un año, aunque siempre le había quedado la pequeña esperanza de que un día todo aquello cambiaría. Que Anthony terminaría por darse cuenta de lo maravilloso y enriquecedor que podía ser tener una familia. Que había más en la vida que el siguiente caso.

Un rayo lanzó un latigazo de luz a través de las ventanas que daban a la terraza, y un trueno retumbó en la distancia, trayéndola de nuevo al presente. Se sentó en el sofá y empezó a guardar los expedientes en su maletín. Ya revisaría el papeleo más tarde.

Tomó la copa y a punto estaba de volver a llenarla cuando pensó que a Josh le vendría bien un café y que, ya que tenía que poner la cafetera, se tomaría ella uno también, de modo que entró en la cocina y llenó de agua la cafete ra añadiendo una mezcla especial de café con aroma a vainilla. Mientras se hacía, fregó los pocos platos de la cena, y cuando terminó, se que dó con la mirada perdida en el vacío a través de la ventana de la cocina, intentando encontrar la forma de decirle a Josh que ya no quería conocer los detalles de la muerte de Anthony. Que prefería tener sólo buenos recuerdos.

-Mm... qué bien huele ese café.

Paige se volvió al oír la voz profunda de Josh, y al volverse el

ofrecimiento de café que iba a hacerle murió en sus labios. El corazón le dio un extraño brinco al verlo con los pantalones que ella le había dado… y nada más. Aún tenía húmedo el vello que lo cubría desde la cinturilla de los pantalones, a través del estómago plano como una tabla y hasta sus musculosos pectorales.

El calor la sofocó de arriba abajo, y aquella reacción la sorprendió enormemente. Había visto a Josh sin camisa un montón de veces, sobre todo en verano, cuando iba a nadar a la playa, y nunca había experimentado aquella necesidad en la boca del estómago. Pero es que había algo íntimo y sensual en verlo así, después de haberse duchado, la piel aun arrebolada por el calor del agua y su pelo negro peinado hacia atrás. La barba crecida de un par de días ofrecía un contraste oscuro frente a sus ojos castaños con hilos dorados, ojos que a veces parecían hipnotizarla.

Como en aquel instante.

Tragó saliva. Siempre había existido una especie de atracción entre ellos; habría sido una hipócrita de haber pretendido negar el magnetismo que subyacía bajo su amistad. Pero a ella jamás se le había ocurrido pensar en abandonarse a algo tan prohibido. Por muy deteriorada que estuviera su relación con Anthony, por sola que se hubiera sentido, no importaba que Josh fuese el único que hubiera llenado el vacío que sentía dentro; su vínculo matrimonial había sido sagrado.

Josh nunca había pasado de ser un amigo, alguien con quien hablar cuando necesitaba desahogarse, una persona que la comprendía mejor que su marido porque se tomaba la molestia de escuchar. Un compañero cuando Anthony prefería trabajar.

Pero las circunstancias habían cambiado. Lo que sentía por él había crecido, tanto emocional como físicamente, pero darse cuenta de ello le infundió un pánico atroz. La mera noción de volver a verse inmersa en una relación ahogada por las presiones, los peligros y la tensión de trabajar para la policía era algo imposible de contemplar.

-¿Dónde está la camiseta? -espetó.

-Es que es muy pequeña y no me pasa casi ni por la cabeza -contestó, pasándose la mano por el pecho distraídamente-. Los pantalones tampoco son de mi talla, pero pueden valer.

Su mirada traidora fue más allá de la cinturilla de sus pantalones, hacia las caderas dibujadas por el algodón, los muslos y otras partes de su anatomía, que le confirmaron lo que acababa de decirle. Anthony era un poco más bajo que Josh y no tan corpulento.

-Voy a ver si encuentro otra más grande -dijo, pero Josh la sujetó suavemente por un brazo.

El contacto con el calor de su mano despertó sensaciones largamente olvidadas que le había negado a su cuerpo durante mucho tiempo.

-Paige, estoy bien, de verdad -le dijo, mirándola extrañado-. La ducha me ha quitado el frío y el salón está muy caldeado.

Paige se obligó a sonreír como si verdaderamente no pasara nada.

-Voy a meter tu ropa en la secadora.

Cuanto antes estuviera vestido, mejor.

-Ya lo he hecho yo -contestó él y la soltó.

Ah. Lo habría hecho yo.

Josh sonrió y le dio un suave tirón de debajo de la barbilla, un gesto de cariño que había utilizado muchas veces en el pasado y que la devolvió a un territorio familiar: la amistad.

-Lo sé, pero no hacía falta -su sonrisa tenía un encanto único-. Ser soltero tiene sus méritos, y uno de ellos es que tienes que aprender a ocuparte de tu ropa.

Anthony no había aprendido a hacerlo. Incluso estaba segura de que no sabría cómo poner en marcha la secadora último modelo que tenían en el cuarto de la lavadora. Antes de casarse, había tenido una señora que se ocupaba de la casa, y un servicio de lavandería a domicilio que le recogía la ropa sucia y se la devolvía seca y planchada.

-¿Te apetece un poco de sopa y pan ácimo? -le preguntó.

Él contestó que no con la cabeza y una expresión muy seria.

-Quizás más tarde.

Tenemos que hablar. Estaba escrito en sus ojos y era inevitable.

¿Café?

-Sí, me vendría bien una taza.

Abrió el armario de al lado del fregadero y sacó dos tazas.

¿Por qué no echas un par de troncos más a la chimenea mientras yo lo sirvo?

-De acuerdo.

Un momento después, Paige oyó el golpe de los troncos y el crepitar del fuego ávido de leña fresca. Sirvió el café en las dos tazas, añadió crema y azúcar al suyo y nada al de él, que era como le gustaba, y con ellas en una bandeja, entró en el salón.

Ella se había olvidado de su arma, pero Josh no. La había sacado de la funda y estaba sobre la pequeña mesa de esquina entre los sofás, brillando a la luz del fuego como una señal que recordase el peligro que rodeaba a Josh diariamente. No trabajaba infiltrado como Anthony, pero eso no reducía el peligro de su trabajo como detective de homicidios.

Antes de que pudiera preguntarle si era necesario que la tuviera ahí, se levantó a cerrar las cortinas. Quedaron envueltos en una atmósfera ominosa.

Josh, ¿qué haces?

-Cerrar las cortinas.

Los músculos de su espalda se movieron al accionar los brazos.

-Prefiero tenerlas abiertas.

-De noche, no me gusta tenerlas abiertas porque yo no puedo ver nada, y sin embargo, cualquiera que pase por la calle puede verme.

-Anthony decía lo mismo, y yo le llamaba paranoico.

Lo había dicho pretendiendo aligerar el peso de la atmósfera, pero no lo consiguió, porque Josh se detuvo frente a ella, trayendo con él un calor más intenso que el de la leña, y la miró directamente a los ojos.

-Anthony tenía muchas razones para ser un paranoico.

Anthony tenía muchas razones para ser un paranoico.

La aprensión le agarrotó los músculos. El comentario de Josh no era casual, ni la respuesta típica a su apostilla sobre la paranoia. No había ni una gota de humor en su expresión.

Paige se sentó en el sofá, con el recuerdo fresco en la memoria de la última vez que Anthony había estado en casa antes de su muerte. Había estado muy nervioso; al menor ruido en la casa daba un brinco, hasta tal punto que no había podido dormir aquella noche. Había echado las cortinas de todas las habitaciones, las cerraduras de todas las puertas y ventanas, y se paseaba por la casa como un animal enjaulado. A la mañana siguiente, lo había encontrado sentado en el sofá y dormido, completamente exhausto. Tenía el arma en la mano, el dedo en el gatillo, y cuando ella le había rozado el hombro para despertarle, él se había levantado de un salto apuntándole al corazón con los ojos desorbitados y la expresión de un extraño.

Paige incluso pensó que iba a disparar, y experimentó tal terror, que las lágrimas que llevaba meses conteniendo le rodaron por las mejillas.

Al final, bajó el arma, mirando a su alrededor como si por fin se diera cuenta de dónde estaba. No se disculpó, ni la consoló tras haberle dado un susto de aquella magnitud, sino que le gritó:

-¡Demonios, Paige, no vuelvas jamás a despertarme así!

Lo poco que todavía sentía por él se resquebrajó en aquel momento.

-Se acabó, Anthony -le había dicho-. No puedo seguir viviendo así. Quiero el divorcio que te pedí hace meses.

-No.

Era la misma respuesta que le había dado la primera vez. Anthony siempre había tenido una necesidad compulsiva de controlarlo todo, y eso incluía también la vida de Paige.

Sin decir una sola palabra más, Anthony había metido sus cosas en una bolsa y había desaparecido. Aquella misma tarde, Paige se puso en contacto con un abogado e inició los trámites del divorcio. Unos días después, ya no era necesario: Anthony la había dejado viuda.

Josh se sentó junto a ella en el sofá, cerca de la mesa en la que estaba la pistola, y tomó un trago largo de café.

-¿Te contó Anthony algo sobre el caso en el que estaba trabajando?

Paige bajó la mirada; los ojos oscuros de Josh parecían ver demasiado.

-El nunca hablaba de sus casos conmigo -contestó tras tomar un poco de café-, y yo aprendí a no preguntar.

Cada vez que había expresado interés por su trabajo, él le contestaba de mala manera y utilizaba siempre la excusa de que no le estaba permitido hablar de los casos en los que trabajaba, cuando lo único que ella pretendía era comprender por qué para su marido trabajar encubierto tenía tan irresistible atractivo.

Como Josh no contestara, Paige se arriesgó a mirarlo. La animadversión de su expresión junto con su evidente tensión la inquietaron. Dejó la taza sobre la mesa con cuidado.

-Josh, ¿qué ocurre?

Él inspiró profundamente y dejó su taza junto a la de ella.

-La muerte de Anthony no fue un accidente. Tardó unos segundos en asimilar lo que

acababa de decirle, y cuando lo hizo, el estómago se le hizo un nudo. La alternativa que se abría ante ella era horrible, pero sin quererlo le preguntó con un hilo de voz:

-¿Quieres decir que ha sido... asesinado?

-Sí.

-Dios mío... Pero si me habías dicho que nadie sabía que Anthony era un infiltrado.

-Y nadie lo sabía, Paige, lo juro -apoyó los codos en las piernas sin dejar de mirarla-. Según los hombres que siguen trabajando en ese caso, los malos no saben que Anthony era policía.

-No lo entiendo -se esforzaba por descifrar lo que Josh le estaba diciendo, pero no conseguía aceptar la verdad-. Si no sabían que Andy era policía, ¿por qué iban a matarlo?

Josh hizo una pausa.

-Creo que lo comprenderías mejor si empezase desde el principio.

-Hazlo, por favor.

Josh se levantó para acercarse a la chimenea. Una especie de inquietante energía parecía flotar en tomo a él. Echó un par de troncos más al fuego y las chispas quedaron ingrávidas en el aire. Luego, colocó bien la leña con el atizador, prestando a aquella tarea mucha más atención de la que merecía.

-Josh, necesito comprender -le rogó.

Él se frotó la nuca y se volvió a mirarla por encima del hombro. Al verle fruncir el ceño pensó que parecía desear estar en cualquier otro lugar menos allí.

Anthony estaba trabajando en un caso de ladrones de joyas que han estado traficando con gemas grandes y exóticas a través de los cayos -le explicó, aunque parecía hacerlo a regañadientes-. Su objetivo

era acercarse todo lo que pudiera al jefe de la banda. Nuestra esperanza era que llegase a confiar en él de modo que pudiese participar en el robo en sí. Necesitábamos tener pruebas para poder procesarlos.

Paige se apartó el pelo de la cara con una mano algo temblorosa. Lo que Josh le estaba describiendo era la clase de trabajo que ella se había imaginado, lleno de peligros y descargas de adrenalina, y de pronto comprendió cómo la ignorancia puede ser, en algunos casos, una bendición.

-El jefe de la organización, Víctor Carranza, resultó ser un tipo muy elusivo y a Anthony le estaba costando trabajo relacionarse con él -Josh empujó la leña una última vez antes de dejar el atizador y volverse a mirarla-. Hay una mujer, Bridget, que trabaja para él; es una de sus correos. Como Anthony no estaba teniendo suerte con Carranza, decidió centrar su atención en Bridget. No le costó mucho llegar a ella, y en cuestión de semanas, sabía ya quiénes eran la mayoría de los contactos de Carranza -Josh se sentó a su lado y tomó su mano-. Paige... -un músculo le tembló en la mejilla-. Dios, no hay forma fácil de decir esto.

Una peculiar combinación de curiosidad y sospecha le aceleró el pulso.

-¿Decir qué, Josh?

Él inspiró profundamente y masculló algo entre dientes.

-Según hemos averiguado, Anthony estaba teniendo una aventura con ella...

De un tirón, Paige se soltó de él y cruzó la habitación hasta la chimenea. De espaldas a él, cerró los ojos y se abrazó la cintura, intentando no perder la serenidad. No había insistido en conocer los detalles más sórdidos de los trabajos de Anthony, y nunca se habría imaginado que iba a ser precisamente Josh quien la obligase a enfrentarse a las cosas que ella deliberadamente había ignorado.

Así que Anthony estaba teniendo una aventura. La verdad es que no debería haberse sorprendido, ni haberse sentido herida. Antes de que Anthony muriera, ella ya se temía algo así. Hacía meses que no hacían el amor y él no la había besado ni tocado más allá de lo puramente necesario. Había achacado su alejamiento al estrés del trabajo, hasta que descubrió tres preservativos en el bolsillo de su cazadora de cuero. ¿Para qué los necesitaba si ella tomaba la píldora, además por insistencia suya? Cuando se enfrentó a él con el descubrimiento, Anthony se echó a reír y le dijo que debía de haber sido una broma de los chicos de la comisaría.

Desde su muerte, habría encontrado más pruebas irrefutables de su

infidelidad: cargos de la tarjeta de crédito de tiendas de lencería, joyería y otras frivolidades femeninas de las que ella no había sido la destinataria; pagos de varias habitaciones de lujosos hoteles que ella no había disfrutado con su marido y cenas en restaurantes de cuatro tenedores a las que ella no había asistido.

Ahora la mujer con la que la había engañado tenía nombre, y la sensación de traición era insoportable.

Sintió el peso de la mano de Josh en el hombro y dio un respingo. Estaba tan sumida en sus propios pensamientos que no le había oído acercarse.

-Lo siento mucho, Paige -dijo con ternura, pero al mismo tiempo con determinación-. La mujer con la que Anthony estaba teniendo la aventura...

Ella se separó bruscamente y se dio la vuelta. -¡No quiero saber nada más!

Él se puso en jarras y toda la comprensión y la ternura desaparecieron de su expresión.

-No tienes elección.

Su tono fue sucinto y no admitía réplica. -Lo que Anthony hiciera y con quién ya no me importa espetó-. ¡Está muerto!

-¡Lo que hizo Anthony fue robar un valioso collar de brillantes y esmeraldas! -replicó él, tan enfadado como ella.

Paige retrocedió.

-¡No puede ser! -la voz le falló. No podía, no quería creer lo que estaba oyendo-. ¡Maldita sea, Josh... estás equivocado!

-Ojalá -contestó, e intentó acercarse a ella, pero Paige no se lo consintió-. Anthony robó el collar Ivanov de una colección de joyas que había sido sacada de Rusia. Esas piedras valen más de un millón de dólares y Anthony se lo robó a la mujer con la que estaba teniendo la aventura antes de que ella le entregara la colección a Carranza. Enseguida descubrieron que faltaba una pieza, pero Carranza tardó un par de semanas en averiguar quién se la había quedado. Todas las pistas conducían a Anthony.

Las lágrimas le ardían detrás de los ojos y en la garganta y se le escapó un sollozo.

-¡Estás mintiendo!

Su acusación carecía de convicción, pero necesitaba tanto que aquello fuese sólo una pesadilla, una mala pasada de la imaginación...

Pero Josh nunca le había mentido.

-La investigación se ha cerrado y los hechos han sido confirmados por los hombres que siguen en el caso -continuó, implacable-. Fue la mujer quien preparó la explosión del barco. Carranza supo lo del

collar Ivanov, y cuando él lo negó, lo mataron. No tenían ni idea de que fuera policía.

No podía seguir escuchando porque no podía comprender los engaños de su marido.

-¡Nooo! -gritó desde lo más profundo de su alma, y se fue hasta Josh para golpearlo en el pecho con los puños, golpeándolo por cada una de las indiscreciones, deslealtades y traiciones de su marido-. ¡No, no, no!

Pero uno de sus puños le alcanzó la mandíbula y entonces Josh le sujetó las muñecas.

Paige se estuvo quieta y al mirarlo a los ojos vio en ellos lo mismo que ella estaba sintiendo. Las acciones de Anthony también le habían dolido a él.

Dios... se sentía tan rota, tan desilusionada, tan terrible y dolorosamente sola. El muro de contención se rajó de parte a parte y la magnitud de su angustia sacudió su cuerpo con unos sollozos desgarrados.

Sin decir una palabra, Josh la abrazó, y no dejó de hacerlo mientras ella desahogaba su dolor y su rabia.

-¿Por qué, Josh? -susurró, una vez hubo pasado lo peor-. ¿Qué hice mal?

-Cariño... -susurró Josh, y tan cerca estaban el uno del otro que Paige sintió la caricia de su respiración antes que la de su mano en la mejilla-. Tú no has tenido nada que ver. Simplemente Anthony era así.

Estaba empezando a comprenderlo, pero eso no amortiguaba el dolor de su hipocresía.

-No llegué a conocerlo de verdad.

-Creo que nadie lo logró -admitió, y tras inflar el pecho de aire, dijo-: Paige, tengo que decirte algo más.

El estómago se le agarrotó y antes de poder pensar en lo que estaba haciendo, apoyó los dedos en sus labios.

-No, Josh -le rogó-. No, por favor.

Y se abrazó a él sin importarle nada más. Era una sensación maravillosa que alguien la abrazase así, como si significara algo para esa persona. Hacía tanto tiempo...

-Paige... -susurró, y un estremecimiento le corrió de pies a cabeza. Paige notó su abandono en la forma en que su respiración se hizo más profunda, en la forma en que sus manos fueron bajando lánguidamente hasta llegar a sus caderas, y no para apartarla, sino para acercarla más a él.

La atracción que llevaban años ahogando cobró vida en forma de necesidad imperiosa y, olvidándose de todo, Paige se dejó arrastrar

por el deseo de besarlo. Necesitaba aquella afirmación de su existencia. Necesitaba sentirse viva, querida, deseada, y tragándose el orgulló, le dijo en voz baja:

-Te necesito, Josh.

Un gemido áspero retumbó en su pecho y se inclinó para besarla en la boca. El gesto se inició como un beso casto y de tanteo hasta que ella entreabrió los labios. En ese momento, el tono cambió, al igual que las reglas por las que habían vivido aquellos tres años.

Franquearon las barreras que les habían contenido hasta entonces. Paige sintió que la cabeza le daba vueltas y que el cuerpo le palpitaba con la maravillosa sensación de estar siendo deseada.

Sintió que Josh la abrazaba y se arqueó contra él, lo que lo invitó a deslizar su otra mano hasta sus nalgas y a apretarla contra su cuerpo.

La necesidad que creció en su interior como la espuma la hizo gemir y todo su cuerpo tembló. Pero el dolor que tenía en la garganta, el dolor con el que había vivido lo que le parecía una eternidad, seguía siendo demasiado penetrante, demasiado intenso.

Quería olvidarlo todo, todo excepto el lujurioso placer que las caricias de Josh evocaban. Aunque fuera sólo por una noche, no quería pensar; sólo quería sentir.

Él separó su boca de la de Paige para buscar la fragante curva de su cuello. Había pasado demasiado tiempo imaginando cómo sería besarla sin tener que contener la pasión, y sentir su respuesta provocada por ese mismo fuego... había soñado en las horas más oscuras de la noche con cómo sería hacerle el amor, poseer su corazón, su cuerpo y su alma.

Ahora ésa era la tentación que le llamaba con tanta fuerza como el canto de las sirenas. Ella era la tentación.

Entonces la miró a los ojos y los vio brillar con deseo, con necesidad, llenos de angustia. Precisamente esas emociones eran las que más lo amenazaban porque quería calmar su dolor como fuera. Y en aquel momento, lo que necesitaba era la ternura de una caricia que borrara la fealdad.

Su caricia.

Estaba a punto de rendirse. Sus intenciones honorables estaban flaqueando, cediendo ante el empuje del deseo, de hacer las cosas con las que sólo se había atrevido a soñar. Y eso no podía estar bien.

-Dios, Paige...

-Josh, por favor -le rogó, y su voz profunda y sensual acabó con su cordura.

-No digas nada dijo cuando él hizo el último intento de protestar-. Necesito que me hagas olvidar. Sólo por esta noche.

Paige se quitó el jersey y lo dejó caer al suelo, y su pelo quedó alborotado sobre sus hombros.

Negarse quedó lejos. Amarla y ofrecerle un puerto seguro para pasar la noche fue su único propósito. Sin dejar de mirarla a los ojos, deslizó su mano desde el pulso de su garganta hasta la curva de un pecho perfecto cubierto por un delicado encaje floral que no conseguía ocultar un pezón erecto, y siguió hasta el broche de su sujetador. Aun dudó un instante, porque continuar sería acceder a sus términos. Sólo por esta noche.

Él no era hombre de una sola noche, y sus sentimientos por Paige iban a complicarlo todo mucho más, pero no podía renunciar. No cuando ambos se necesitaban de aquel modo.

Despacio, abrió el broche delantero de su sujetador y dejó sus pechos al descubierto. Hundió entonces las manos en su pelo y volvió a besarla.

Pretendía ir despacio y saborear cada beso, cada suspiro, cada detalle de los que la hacían tan especial, tan dulce; quería mostrarle lo mucho que significaba para él y tomarse el tiempo necesario para adorarla con sus manos, con su boca, con su sexo.

Pero todas aquellas buenas intenciones se desvanecieron cuando ella entreabrió los labios y le dio acceso a su boca. Estaba demasiado necesitada para ir despacio, demasiado fuera de control para pretender domesticarla, de modo que la dejó marcar el paso, decidir hasta dónde quería llegar, el ritmo que aquel encuentro debía tener.

La fuerza del viento y la lluvia no era nada comparada con la urgencia de su deseo. La forma casi frenética en que Paige exploraba su pecho, su vientre y tiraba del elástico de sus pantalones no le dejó tiempo para pensar en buscar una cama.

Y cuando ella deslizó sus manos dentro del pantalón, Josh tuvo la certeza de que no iba a poder contenerse si rozaba su erección, de modo que la tumbó sobre la alfombra con algo de brusquedad. Terminaron de rodillas delante del fuego, de frente, y mientras él acariciaba sus pechos y enardecía sus pezones con los dedos, ella gemía. Volvió a tirar de su pantalón.

Josh interrumpió su beso para sujetarle las manos.

-Todavía no, cariño -murmuró, y la tumbó junto a él para quitarle las mallas y las braguitas a un tiempo.

Después, la miró desde arriba, embriagándose de su belleza, de la forma confiada en que separaba las piernas para él. La luz del fuego le confería a su piel un color melocotón, y era toda curvas delicadas, piernas largas y sensuales.

Llevaba tanto tiempo deseándola, y ahora era suya...

-Eres verdaderamente preciosa -le dijo en voz baja, y como no podía saber lo que les depararía el mañana, se dispuso a demostrarle lo hermosa que la encontraba, lo deseable, lo deliciosa. Fue recorriendo todo su cuerpo con los labios, empezando por el puente del pie, pasando por las sensitivas corvas y arrastrando su boca por el interior de sus muslos que temblaban esperándolo. Hundió la lengua en su ombligo, saboreó sus pechos y succionó sus pezones. Con un grito ahogado, Paige se aferró a su pelo y le apretó contra ella, moviéndose bajo el peso de su cuerpo.

Pero él no se rindió a sus silenciosas demandas, porque no había terminado de explorar. Le faltaba el lugar más delicado, el que había dejado deliberadamente para el final. Se colocó de rodillas entre sus piernas y se quitó por fin los pantalones, pero en lugar de penetrarla, hizo algo que no sabía si a ella le iba a parecer bien. Paige no lo detuvo cuando él fue resbalando sus manos a lo largo de sus muslos para separarlos. No objetó nada cuando la cubrió con su boca para embriagarse de ella. No protestó cuando deslizó los dedos entre sus húmedos pliegues de terciopelo. No puso reparos a su lengua cuando ésta se unió a las caricias, sino que cerró los ojos con un suspiro y enredó los dedos en su pelo para entregarse a él. No había barreras entre ellos. No había restricciones. El gemido de rendición completa que se generó en su garganta y la fe incondicional que le demostraba le halagó más que cualquier otra cosa en el mundo.

Paige no tardó en alcanzar el clímax, un orgasmo que la hizo temblar y aferrarse frenéticamente a sus hombros.

Cuando ella volvió a la tierra, Josh se puso sobre ella, sujetando su cara entre las manos para que no pudiera mirar hacia otro lado.

-Mírame, Paige -le pidió, y no porque quisiera que supiera quién le estaba haciendo el amor, ya que instintivamente sabía que le había dado más en aquella última media hora que Anthony en tres años, pero de ningún modo estaba dispuesto a permitir que se retirara a su interior después de lo que habían compartido... y por supuesto tampoco antes de lo que iban a compartir.

Paige abrió los ojos y un millar de sensaciones bailaron a la luz del fuego. Sintió cómo deslizaba sus manos por la espalda hasta alcanzar sus nalgas para invitarlo a penetrar.

-Josh, ven -gimió.

Sus palabras fueron un poderoso reclamo, pero él no quería que aquel momento acabase tan pronto; que la noche se les escapase entre los dedos, así que volvió a besarla hasta que consiguió que volviera a necesitarlo de modo que ambos pudiesen cabalgar juntos hacia el final.

La primera sensación les pilló a ambos por sorpresa. Ella contuvo la respiración mientras su cuerpo se acomodaba a su tamaño y él gimió al sentir cómo lo aceptaba, lo envolvía, hasta que no pudo decir dónde terminaba él y dónde empezaba ella.

Entonces, todo pensamiento se desvaneció cuando Paige empezó a mover las caderas, invitándole a llegar más adentro, sumergiéndolo en su calor. Con un gemido áspero, Josh colocó sus piernas alrededor de sus caderas e inició un movimiento rítmico, atávico, hasta que sintió su primer estremecimiento y la oyó pronunciar su nombre.

Entonces, abrió los ojos justo a tiempo de ver el éxtasis y el placer que iluminó su cara. Eso bastó para desatar su propio orgasmo, intenso, estremecedor, hasta que por fin ocultó la cara en su cuello con un suspiro largo y agotado.

Se quedó tumbado sobre ella, aun dentro de su cuerpo, deslumbrado por los sentimientos indescriptibles que había evocado todo aquello. Nunca, con ninguna otra de las mujeres con las que se había acostado, había experimentado tanto fuego, tanta pasión, tal necesidad primitiva de poseer.

Pero es que nunca le había hecho el amor a una mujer del modo en que se lo había hecho a Paige, ésa era precisamente la diferencia entre el sexo y hacer el amor.

No quería que aquel momento terminase así que siguió besándola, rozándola apenas con los labios en el cuello y sonrió al sentirla estremecerse. Ella acariciaba su pelo, sus hombros, los planos firmes de su espalda... sin darle indicios de que quisiera que se moviese.

Y entonces sintió algo caliente y húmedo en la mano que aun tenía en su mejilla. La miró a los ojos y vio que estaban llenos de lágrimas. En silencio, una más rodó hasta su mano.

El corazón se le retorció en el pecho, y secó la lágrima con el pulgar.

-Paige...

-No me pidas que te explique lo que yo misma no entiendo -contestó con una sonrisa-. Dejémoslo en que ha sido una noche cargada de emociones.

Sus lágrimas eran comprensibles después de todo lo que había ocurrido aquella noche, pero Josh no podía evitar preguntarse, y preocuparse, por el cambio que se había obrado en su relación. ¿Qué ocurriría a partir de aquel momento? ¿Sería el suyo un encuentro de una sola noche, o el comienzo de algo especial?

El futuro lo diría.

Ese pensamiento lo condujo al otro: que todavía no le había dicho a Paige que la perfidia de Anthony había puesto su vida en peligro.

Por ahora, ya había tenido bastantes noticias. Esperaría a la mañana siguiente para hablar.

Josh se levantó, y ella se incorporó también decidida a volver a ponerse el jersey.

Aquel gesto de modestia le pareció enternecedor, pero innecesario.

-No lo necesitas, cariño. He visto ya todo lo que hay que ver.

Y tiró suavemente de su mano para ponerla de pie. Volver a verla desnuda, en todo su esplendor, le obligó a bajar la mirada, si es que quería controlar el calor que volvía a crecer en su interior.

-Ven -le dijo, tirando de ella-. Es hora de meterte en la cama.

El dormitorio principal había pasado de ser un dominio masculino a un puerto femenino. Los muebles eran victorianos, y la cama con cabecero y pies altos. El edredón era color violeta con varios cojines a juego que Josh dejó sobre una butaca tapizada en brocado que había en una esquina. Luego, apartó las sábanas, esperó a que ella se metiera, y la tapó.

-Descansa, Paige -le dijo, sin poder resistirse a acariciar su pelo una vez más-. Hablaremos por la mañana.

Iba a salir de la habitación cuando su voz le detuvo.

-¿Josh?

-¿Sí?

Hubo una pequeña duda.

-¿Te importaría quedarte aquí conmigo esta noche y abrazarme?

Era lo último que se esperaba y la última cosa a la que diría que no.

-Voy a echar un poco de leña y vuelvo enseguida, ¿de acuerdo?

-De acuerdo.

En menos de cinco minutos, estaba bajo las sábanas con ella, y se acurrucó a su espalda ciñendo con su propio cuerpo las líneas del suyo. Mucho después de que ella se hubiera dormido, él seguía saboreando la sensación de tenerla en sus brazos.

Entonces, se dio cuenta de que no quería separarse de ella jamás.

Paige abrió los ojos, parpadeó, y volvió a cerrarlos por el sol que entraba por la ventana. Se estiró perezosamente y se dio la vuelta esperando encontrar a Josh dormido a su lado.

Pero estaba sola.

Apoyándose en los codos, se incorporó en la cama y escuchó atentamente buscando algún signo de vida tras la puerta cerrada del dormitorio. La casa estaba en silencio y todo parecía en calma, de modo que se preguntó si la tormenta y la visita de Josh no habrían sido sólo un sueño. Un sueño que había empezado con las devastadoras noticias sobre la muerte de Anthony, y que había terminado con algo increíble: había hecho el amor con Josh.

Aun medio dormida, se levantó de la cama y entró en el baño, convencida de que todo aquel episodio no había sido más que un sueño.

Pero es que le había parecido tan real...

Encendió la luz y se vio a sí misma en el espejo de la pared. Estaba desnuda, lo cual era ya alarmante, porque ella nunca dormía así.

Las piezas empezaron a encajar. Lo ocurrido la noche anterior no era un fragmento de su imaginación. La prueba fehaciente la llamaba desde el espejo en forma de enrojecimientos causados por la barba de varios días de Josh. ¡Estaba marcada por todas partes!

Se llevó primero la mano al cuello, después a los pechos... y de pronto, un recuerdo vívido le vino a la memoria: el de Josh acariciándola con las manos, con la mejilla, con la lengua; y junto con todo aquello, llegó el recuerdo de cuál había sido su respuesta.

Sintió un estremecimiento de pies a cabeza y cerró los ojos tanto para cerrarle el paso a los recuerdos que asaltaban y despertaban sus sentidos, como a la imagen de sí misma que le devolvía el espejo.

Pero no podía olvidar.

Otra visión se materializó ante sus ojos, una imagen tenue y vacilante, como un sueño. Pero no había sido un sueño, sino la realidad en su forma más pura. Se había despertado en mitad de la noche sintiendo una mano que acariciaba sus pechos y la presión de una erección contra sus nalgas.

Recordó haberlo deseado, una vez más. Y con la misma desesperación que la primera vez. Pero él la había hecho tumbarse boca abajo y tras colocarse sobre ella le había susurrado al oído que, aquella vez, iban a tomárselo con calma.

Le había hecho el amor despacio, pero sus cuerpos habían

evolucionado con tal sincronía que parecía imposible que hubieran hecho el amor una sola vez.

Paige abrió los ojos y se miró horrorizada antes de ponerse las manos en las mejillas arreboladas. Dios, ¿qué habían hecho? ¿Qué había hecho ella? En un momento de debilidad, había buscado consuelo en los brazos de Josh y se había desnudado ante él tanto física como emocionalmente. Sus caricias habían sido como un bálsamo para su corazón maltrecho. Le había hecho el amor como si fuese la única mujer sobre la faz de la tierra, buscando su entrega total.

A cambio, ella le había dado su cuerpo, su corazón y una parte de su alma que llevaba mucho tiempo perdida. Siempre había sentido algo muy especial por Josh; quizás incluso lo había querido sin darse cuenta, yendo más allá de la amistad, y lo ocurrido la noche anterior hubiera sido la culminación de esos sentimientos. Lo había necesitado tanto como él a ella.

Había necesitado sentir otra cosa que no fuera el dolor por la traición de Anthony, y hacer el amor con Josh había conseguido borrar la verdad sobre su marido durante unas cuantas horas. Con Josh, se había sentido más viva y deseable de lo que se había sentido en los últimos tres años.

Pero no podía volver a ocurrir. A pesar de que él hubiese sacado a la luz una parte de sí misma que Anthony ni siquiera sospechó que existía, tener una relación con Josh que fuese más allá de la amistad era una locura. Una estupidez. Había tardado tres meses en tomar la decisión de qué hacer con su futuro, teniendo en cuenta que no había nada en Miami que la retuviera, y estando toda su familia en Connecticut, y no debía permitir que el incipiente sentimiento que Josh había despertado en ella se interpusiera en su camino, un camino que, teniendo en cuenta lo ocurrido la noche anterior, debía emprender lo antes posible.

Intentando no pensar en el dolor que le agarrotaba el pecho se dijo que lo primero que debía hacer el lunes por la mañana era llamar al agente inmobiliario y al corredor de bolsa para poner en venta la casa y la tienda.

Luego, buscó una pinza en el cajón del armario, se sujetó el pelo en lo alto de la cabeza y entró en la cabina de ducha.

Quince minutos más tarde, salió del baño con la sensación de estar mucho más despejada y decidida a no permitir que la noche más satisfactoria emocionalmente hablando de toda su vida afectara a su amistad con Josh.

Se peinó, se cepilló los dientes y se aplicó un poco de maquillaje

para disimular los enrojecimientos del rostro; para los del cuerpo, optó por vestirse con un jersey verde de cuello vuelto y unos pantalones color crema, y con zapatos planos salió de dormitorio, convencida de que Josh seguiría allí, ya que le había interrumpido antes de que pudiera terminar de hablarle de Anthony y de su caso.

El salón había recuperado el orden, las tazas vacías de café ya no estaban allí y la chimenea se había apagado por completo. La única prueba de lo ocurrido la noche anterior era la que proporcionaba la pila de ropa que le había prestado a Josh.

La puerta de cristal que daba a la terraza estaba abierta y a través de la persiana pudo ver a Josh apoyado en la barandilla contemplando el océano con una taza de café en la mano. Se había vestido con la ropa que llevaba el día anterior y volvía a llevar la pistola en su sitio. Su postura parecía relajada, pero ella sabía bien que en cualquier momento aquellos músculos templados podían ponerse en acción y, en menos de dos segundos, tendría el arma en la mano. Estaba entrenado para proteger y dispararía a matar si la situación lo requería.

En aquel momento, se dio la vuelta, como si hubiera presentido que estaba allí, y entonces no tuvo más remedio que salir también. No era que tuviera intención de evitarlo, porque cuanto antes se aclararan las cosas, mejor.

Pero no había contado con que él la mirase con tanta ternura. Y mucho menos con ver una sonrisa tan posesiva y sensual como la que le dedicó. Como tampoco podría haberse imaginado que la mirada de sus ojos castaños la acariciase tan íntimamente como lo habían hecho sus manos la noche anterior, y maldijo a su cuerpo traidor por reaccionar ante todo aquello.

-Buenos días -la saludó, y se llevó la taza a los labios para tomar un sorbo.

Incluso su voz sonaba más rica, más sensual de lo que la recordaba. Era un síntoma peligroso que se diera cuenta de ello. Muy peligroso.

-Buenos días contestó, y se acercó a la barandilla a su lado para contemplar la extensión de tierra que lindaba con la playa, aún regada por la humedad de la noche. El sol arrancaba destellos de la superficie del océano, y una brisa fresca le apartaba suavemente el pelo de la cara, llenó los pulmones de aquel aire limpio.

-Cualquiera diría que ayer hubo una tormenta tan violenta, a juzgar por el día que ha amanecido hoy.

-Es típico del clima en Miami.

-Supongo que sí.

Reducidos a hablar del tiempo como si fueran extraños, habiendo

tantas cosas personales de las que hablar. Antes nunca había tenido dificultad alguna para comunicarse con Josh. Es más, ésa era una de las cosas con las que más disfrutaba de su amistad, y era horrible pensar que lo que había ocurrido la noche anterior podía haber puesto fin a ese aspecto de su relación.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos hasta que deseó gritar de frustración.

-Te has afeitado -dijo de pronto, y cuando quiso parar las palabras, ya las había dicho.

-Sí -contestó él, pasándose la mano por la mejilla con una sonrisa-. He utilizado tu cuchilla. Espero que no te importe.

-En absoluto.

Teniendo en cuenta lo que se habían hecho el uno al otro durante la noche, no iba a quejarse por esa intimidad.

-Josh, sobre lo de anoche...

-¿Te arrepientes de que ocurriera?

-No -no podía mentirle-, pero ocurrió por razones equivocadas.

Él dejó su taza sobre la mesa de cristal y la miró a los ojos.

-Pues a mí me gustaría pensar que unas cuantas de esas razones eran las acertadas.

Como por ejemplo que se habían necesitado el uno al otro. Paige se quitó ese pensamiento de la cabeza e intentó concentrarse en el futuro, un futuro en el que no se contemplaba que entregase su corazón a otro hombre que arriesgaba la vida todos los días.

-Josh, por favor, no me hagas esto.

-¿Que no te haga qué? -la determinación y la rabia brillaron en sus ojos-. No hay nada de lo que avergonzarse, ni de lo que sentirse culpable. Los dos somos adultos y no hicimos daño a nadie haciendo el amor.

-Eso no voy a discutírtelo.

Su ambigüedad pareció molestarle aún más y le vio apretar los dientes.

-¿Utilizas algún método anticonceptivo?

-¿Anticonceptivo? -repitió, sorprendida de pronto por esa pregunta tan personal.

-Sí, anticonceptivo -repitió-. No utilizamos ninguna protección anoche, Paige.

El corazón le dio un vuelco, y se llevó la mano al vientre sin considerar cómo ese gesto podría afectar a Josh.

-Pues no. No tomo nada -había dejado de tomar la píldora al morir Anthony. La posibilidad de quedarse embarazada era lo último en lo que se le habría ocurrido pensar la noche anterior-. Pero no debería

ocurrir nada, porque estoy a punto de tener el periodo.

Eso no alivió la preocupación que se reflejaba en sus ojos.

¿Me lo dirás, si te quedas embarazada? Imaginarse a sí misma embarazada de Josh

la dejó sin respiración. Deseaba tener un hijo; de hecho, siempre había soñado con una familia numerosa, pero la complicación emocional de que fuese el hijo de Josh no era algo que le apeteciese contemplar.

-Cuando empiece con el periodo, te lo haré saber -necesitaba desesperadamente cambiar de conversación-. Anoche me dijiste que tenías que contarme más cosas sobre el caso en el que estaba trabajando Anthony.

-Sí, hay más -contestó, y su expresión se endureció.

-Y no me va a gustar, ¿verdad? -añadió Paige, apartándose un mechón de pelo de la

cara.

-Seguramente, no.

Apreciaba su sinceridad tanto como temía lo que la esperaba.

-Entonces, dímelo sin rodeos.

-Está bien -suspiró, y Paige tuvo la sensación de que estaba preparándola para lo peor-. Tu vida está en peligro.

Tenía que haberle entendido mal.

-¿Cómo dices?

-He dicho que tu vida está en peligro. Ya que Anthony negó tener el collar Ivanov del que ya te he hablado, y al parecer no lo llevaba consigo cuando fue asesinado, los agentes que siguen en el caso Carranza sospechan que lo tienes tú, o que al menos sabes dónde está.

-¡Eso es una tontería! -contestó, y su voz fue lo bastante fuerte como para que un grupo de gaviotas que había en la orilla levantasen el vuelo entre graznidos-. Yo no sé dónde está ese collar.

-Yo te creo, pero puede que Camama no - se acercó a ella y puso las manos sobre sus hombros-. Han registrado las pertenencias de Anthony y no lo han encontrado, así que es lógico que Carranza pretenda buscar aquí después.

-Ya el ácido le invadió el estómago vacío-. ¿Y ese tal Carranza sabe que Anthony estaba casado?

-No es un secreto. Además, se puede saber con facilidad, y ya que Anthony tenía una aventura, seguramente habrá dicho que hacíais vida independiente.

La amargura se le escapó en forma de risa rota. Dolía saber la farsa que su matrimonio había sido para Anthony.

Dio unos cuantos pasos por la terraza y Josh no se lo impidió, pero

le temblaban las piernas, así que se sentó junto a la mesa.
-Y ahora -preguntó, mirándolo-, ¿qué se supone que tengo que hacer?
-En este momento, los agentes encubiertos te están investigando -le explicó, cruzándose de brazos-. En cuanto encuentren una prueba de que sabes algo sobre el collar, se lo dirán a Carranza.
-¡Ya te he dicho que no sé nada de ese dichoso collar! -repitió entre dientes.
-Lo sé, pero el departamento tiene ya planeada la estrategia y sería mejor que encontrásemos el collar, de modo que necesitamos tu plena colaboración para que todo funcione.
Ella lo miró enfadada.
-¿Puedo elegir?
-No, porque te has convertido en el objetivo principal de Carranza. El capitán Reynolds y yo estamos de acuerdo en que necesitas protección las veinticuatro horas, pero no podemos arriesgarnos a colocar policías uniformados a la puerta.
Paige sintió un escalofrío.
-La casa tiene un sistema de seguridad - dijo, pero enseguida recordó que la noche anterior no lo había tenido conectado cuando él llamó-. Lo tendré siempre conectado cuando esté en casa.
-Pero eso no te protegería cuando salieras. Y no sabemos cuándo ni dónde se te acercará Carranza.
La piel se le erizó al pensar en ese extraño o en sus hombres, acorralándola en busca de algo que no tenía.
-Entonces, ¿qué sugieres?
Se sentó en otra silla junto a ella y apoyó los antebrazos en las piernas.
-Se está corriendo la voz de que la viuda de Anthony tiene un amante que vive con ella.
Paige se quedó boquiabierta.
-¿Cómo? ¡Eso es ridículo!
-Paige -respondió con paciencia-, ésa es la única forma de que mi presencia aquí no despierte sospechas hasta que podamos cazar a Carranza.
La sorpresa dejó paso a la incredulidad. -¿Y eres tú quien se está haciendo pasar por mi amante?
-Sí -no había nada en la seriedad de su expresión que indujese a pensar que pasar por ser su amante fuese algo más que un trabajo para él. Una forma de protegerla-. Los policías que trabajan en el caso ya han filtrado esa información a Carranza. Mi nombre falso es Bennett. Conviene que lo recuerdes a partir de este momento. Estoy en

paro y vivo contigo.

La cabeza le daba vueltas.

-¡Es una locura!

-Sólo será durante unas cuantas semanas. Un mes, a lo sumo -tomó su mano entre las suyas y Paige se dio cuenta de lo sudorosa que tenía ella las palmas-. Haré lo que sea necesario para protegerte, así que tendrás que acostumbrarte a que esté a tu lado siempre que sea posible.

-¿Incluso en el trabajo?

-Tu vida tendrá que seguir las pautas normales...

-¿Cómo puedes llamar a esto vida normal? -espetó-. ¡Vete al infierno, Josh!

Se levantó para dirigirse hacia las escaleras que bajaban de la terraza a la playa.

En un abrir y cerrar de ojos, él estaba bloqueándole el paso.

-Lo llamo salvarte la vida -dijo, y por su tono de voz supo que no habría manera de escapar de él, ni de aquella horrible situación-. Pondremos un policía encubierto en la tienda, de modo que estés protegida también en el trabajo. Nunca estarás sola, Paige, ni siquiera cuando tú creas estarlo. Siempre habrá alguien cuidando de ti, y la mayor parte del tiempo, seré yo.

Ella levantó la barbilla en un gesto desafiante.

-¿Y si te digo que no quiero formar parte de esta operación? ¿Que me niego a cooperar?

Algo duro y peligroso brilló en sus ojos.

-Entonces, podrías acabar como Anthony.

Si hubiera tenido algo en el estómago, habría terminado sobre los zapatos de Josh en aquel mismo momento. Sintió primero un tremendo calor y después mucho frío. Unos puntos negros empezaron a bailar ante sus ojos y la visión empezó a nublársele. Sabía que iba a desmayarse, y que no podía hacer nada por evitarlo.

Las rodillas le fallaron y oyó un juramento en la lejanía al tiempo que dos manos la sujetaban y la trasladaban hasta una silla. Luego, le empujaron la cabeza entre las rodillas.

-Respira, Paige -le ordenó.

Y obedeció, inspirando el oxígeno que sus pulmones necesitaban hasta que el mareo y la náusea cedieron. Cuando por fin se sintió de nuevo estable, levantó la cabeza y se encontró a Josh de rodillas delante de ella.

-He sido yo la que te he dicho que sin rodeos-, ¿verdad? -le preguntó, intentando sonreír.

Él se echó a reír.

-Sí, señorita -con una ternura que la conmovió, le apartó el pelo de la cara y acarició su mejilla-. Cariño, siento mucho que Anthony te dejara metida en este lío, pero es demasiado tarde para evitarlo, teniendo a Carranza decidido a recuperar el collar. Es fundamental para el caso y para tu propia seguridad que el departamento cuente con tu total colaboración. Que yo cuente con toda tu colaboración. Lo comprendes, ¿verdad?

Lo que comprendía era que iba a estar viviendo con Josh durante semanas y que iba a tener que hacer todo lo posible por evitarlo y olvidar lo que había ocurrido la noche anterior. Comprendía que su marido había sido un delincuente a pesar de haber jurado defender la ley. Comprendía que no iba a tener vida propia hasta que todo aquello hubiera concluido.

Odiaba todo aquello, pero lo comprendía.

-Cuenta con mi colaboración -dijo en voz baja, consciente de que era una promesa, ya que, si se echaba atrás, si se negaba a participar, no sólo estaría poniendo su vida en peligro, sino la de Josh y la de otra docena de hombres. Hombres buenos y honrados-. Y ahora ¿qué hacemos?

Él suspiró aliviado.

-Ahora, vamos a encontrar el collar Ivanov.

Acordaron empezar por el despacho. Mientras Paige revolvía cajones y armarios en busca de alguna prueba, Josh buscaba lugares más recónditos en la habitación, donde Anthony pudiera haber colocado una falsa moldura, un falso cajón, un lugar donde ocultar un collar de un millón de dólares.

No dejaron nada sin mirar. Su búsqueda fue concienzuda y en buena armonía. La tensión que había antes entre ellos se había disipado frente al asunto del que tenían que ocuparse. Sin embargo, Josh no estaba dispuesto a permitir que Paige corriese un velo sobre lo que había ocurrido la noche anterior. No tenía intención de dejarle olvidar cómo la necesidad había pasado a ser deseo y pasión. Pero también sabía que necesitaría tiempo para aclararse, para asimilar lo ocurrido, y él lo comprendía bien.

-Y bien, detective Marchiano: ¿cuál es el plan si encontramos el collar?

Josh volvió a colocar una acuarela en la pared y se volvió a mirarla con una sonrisa. Estaban en su dormitorio y llevaban ya tres horas buscando.

-Tu fe me sorprende -se acercó a la cama, al tiempo que bloqueaba

en su mente las imágenes de Paige sobre aquel colchón, y palpó las almohadas-. Concéntrate en cuando, y no en si.

Paige, con los brazos en jarras, miró a su alrededor, escrutando la habitación en busca del más mínimo detalle.

-Ya te he dicho que he revisado la mayoría de las cosas de Anthony y no he encontrado nada que indique que tenga un collar de un millón de dólares -se acercó a la mesilla y abrió el primer cajón-. No me he encontrado recibos de una caja de seguridad ni nada así.

-No creo que utilizase una caja de seguridad -quitó la ropa de la cama y empezó a palpar el colchón en busca de bultos extraños-. No puedo estar seguro, claro, pero si yo hubiese robado ese collar, lo escondería en algún lugar que no pudiera ser localizable a través de un recibo.

-Si no hay prueba ninguna del collar ni de su paradero, ¿cómo sabe Carranza que Anthony lo robó?

Le vio dirigirse hacia el armario con expresión preocupada.

-Buena pregunta -reconoció-. Por lo que sabemos, Anthony cometió el error de po

nerse en contacto con un perista y preguntarle si podía estar interesado en brillantes y esmeraldas.

Abrió la puerta doble del armario, tiró de un cajón de cedro y se encontró con las manos inmersas en un montón de lencería de seda y encaje.

Maldición... el calor le sofocó las venas e intentó revisar toda aquella lencería, que olía tan bien como Paige, con su ojo más profesional. Después, lo cerró, pero desgraciadamente no había podido evitar imaginársela con aquellas braguitas y camisolas.

-¿Y qué ocurrió? -preguntó Paige, sacándolo del ensueño.

Miró por encima del hombro. Ella acababa de dejar un grueso libro de nuevo sobre la mesilla y le miraba interesada.

-Al parecer, el perista había hecho antes otros negocios con Bridget, y había oído hablar de la desaparición del collar Ivanov. Sabía que sería recompensado por encontrar la joya, y que siempre es conveniente estar del lado de Carranza, de modo que informó a Bridget sobre el ofrecimiento de Anthony.

-Pero teniendo en cuenta que no hay prueba alguna de que Anthony tuviera en su poder el collar, eso es pura especulación, ¿no crees?

Le gustaba cómo funcionaba su cabeza. Nunca se contentaba con una explicación poco profunda.

-Sí y no -admitió, y se tomó un momento para revisar la alfombra que había debajo de la coqueta-. Bridget le dijo a Anthony lo que

sabía y él admitió que tenía el collar y que le daría una parte de los beneficios de la venta. Ella es leal a Carranza y no aceptó, y cuando Carranza se enfrentó a él, Anthony lo negó todo. Pero el jefe de ese grupo no es conocido precisamente por conceder segundas oportunidades.

-Eso parece -contestó ella, y se frotó los brazos como si de repente sintiese frío-. ¿Y qué vamos a hacer cuando encontremos el collar? ¿Devolvérselo a Carranza?

-De eso nada -su forma de razonar era buena, pero era demasiado inocente-. Tenemos que utilizar el collar como cebo. Carranza lo quiere, y nosotros también. Y esta vez, vamos a echarle el guante.

-¿Cómo?

Levantó otro de los cuadros, miró, y volvió a colocarlo.

-¿Te acuerdas del retrato tuyo que encargaste para regalárselo a Anthony en vuestro primer aniversario?

-Sí, claro.

Aquel retrato era perfecto para lo que tenía en mente.

-¿Dónde está?

-Lo he guardado.

-Pues tienes que sacarlo.

A juzgar por la expresión de sus ojos, no parecía entusiasmarle el rumbo que estaba tomando la conversación.

-¿Por qué?

-El departamento le ha encargado a un artista que le añada a ese retrato el collar Ivanov. Quedará perfecto.

-Pues yo creo que no. ¡Lo único que llevo puesto en ese retrato es una capa blanca de piel!

-Lo que haría destacar el collar -razonó-. Una vez hecho, tendrás que colgarlo en tu despacho de Wild Rose.

Paige se quedó boquiabierta.

-¿Y por qué iba yo a colgar un retrato de mí misma, sobre todo tratándose de algo tan...

-¿Sexy?

-¡Sí!

Estaba tan indignada, que él apenas podía contener la sonrisa.

-Porque precisamente ésa es la imagen que Anthony había dado de ti: una mujer mimada y algo pretenciosa. Y lo de sexy... es que

lo eres, Paige.

Paige se rozó el cuello del jersey.

-¿No crees que es llevar las cosas demasiado lejos?

-Pues no -entró en el vestidor, el último lugar que le quedaba por revisar. Ella lo siguió-. Una vez esté colgado el retrato, nuestro

contacto le hará llegar a Carranza la infororación, y de ese modo conseguiremos que te haga una visita.

-Y también que me ponga una pistola en la cabeza para exigirme que le devuelva el collar.

Josh encendió la luz del armario y empezó a apartar la ropa colgada en las perchas para revisar la pared del fondo.

-Nuestra fuente nos ha dicho que nunca es violento a no ser que sea absolutamente necesario. Lo que hará será preguntarte unas cuantas cosas para averiguar lo que sabes respecto al collar. Puede que fija interés en comprarlo.

Paige alcanzó una caja a rayas azules y grises que estaba en un estante.

-¿Y yo qué tengo que decirle?

-Pues que era un regalo de tu marido y que es de fantasía.

-¿Y si quiere comprarlo?

-Tú le dices que no está en venta.

-¿Y no va eso en contra de la intención primera de tenderle una trampa?

-No. Seguirá interesado en recuperarlo.

Se dio la vuelta y se encontró cara a cara con Paige. Con dar un paso podría besarla, que era lo que llevaba todo el día deseando hacer... el problema era que sabía bien que no sería capaz de pararse ahí, en un solo beso, y que también sabía que ella no estaba preparada para aceptar lo que sentía por ella. Al menos, no a plena luz del día.

Con un áspero suspiro, se puso de rodillas para revisar la moldura en busca de posibles cortes.

-Nuestro objetivo principal es llegar al territorio de Carranza, lo cual no debe ser demasiado difícil. Él querrá confiscarlo precisamente allí, rodeado y protegido por su gente, y eso es lo que queremos nosotros también.

-Dicho así, parece tan simple.

Josh la miró presintiendo su necesidad de apoyo, pero no podía asegurarle que todo fuese a salir según lo previsto.

-No, no es simple, sino peligroso y arriesgado, pero te garantizo que estarás protegida por los cuatro costados. No permitiré que te ocurra nada.

La irritación se adueñó de su expresión.

-No puedes mantener esa clase de promesas, así que no las hagas.

Y dándose la vuelta, empezó a buscar por los cajones.

Josh suspiró. Tenía razón. No podía prometerle la inmortalidad. Era imposible predecir por dónde podría fallar todo aquello, y teniendo la vida de Paige en peligro, la situación le estaba dando

constantes dolores de cabeza. Sólo podía imaginar cómo reaccionaría Carranza ante aquella situación, y sólo podía confiar en que sus fuentes conocieran a Carranza tan bien como creían.

Mientras andaba dándole vueltas a todo aquello, rozó con los dedos un borde despegado de la moqueta. Frunciendo el ceño, siguió ese borde hasta el rincón del armario. La moqueta no estaba pegada como debería, así que tiró de ella y se encontró frente a una tapa de metal encastrada en el suelo.

-Maldita sea...

Paige se arrodilló a su lado.

-¿Qué ocurre?

Tenía la voz tan excitada y ansiosa como se sentía él.

Metió el dedo en un agujero a tal efecto que tenía la tapa y la levantó, dejando al descubierto lo que ya se había imaginado que encontraría. Miró a Paige y sonrió triunfal.

-Una caja fuerte.

Tras haber descubierto la caja oculta, Josh contactó con su capitán, quien envió un par de detectives a casa de Paige junto con un equipo especialista en abrir cajas fuertes.

Dos horas más tarde, la prueba de la corrupción de Anthony quedó expuesta ante sus ojos en el suelo del dormitorio. El contenido de la caja incluía más de cien dólares en efectivo, varios kilos de cocaína y demás artilugios para manejar narcóticos que Josh sospechó debían haber sido sustraídos de los alijos de droga aprehendidos por el departamento. Metido en una pequeña bolsa de tela encontraron el collar de diamantes y esmeraldas que buscaban y que implicaba directamente a Anthony, además de explicar cómo había podido permitirse una casa tan lujosa y una forma de vida que iba más allá de las posibilidades del salario de un policía.

La prueba del comportamiento ilegal de Anthony le quemaba a Josh en el estómago como un ácido. A juzgar por la palidez de Paige y su expresión atónita, debía estar aún más destrozada al darse cuenta de hasta qué punto su marido había conseguido engañarla.

-No tenía ni idea, Josh -le dijo, y el verde de sus ojos se volvió un pozo sin fondo-. ¿Cómo no me di cuenta? -susurró, su voz llena de confusión y traición.

Quería que le diese unas explicaciones que no podía ofrecerle delante de todos aquellos policías, así que la tomó por un brazo y la condujo a la habitación contigua.

-¿Por qué no esperas en el salón mientras estos chicos hacen su trabajo? Yo estaré contigo en un momento, ¿vale?

Paige no discutió, y tras mirar una vez más el botín de su marido, salió de la habitación.

Peterson estaba tomando fotografías del lugar y de cada uno de los objetos confiscados, y Josh se acercó a él.

-Necesito que envíes una foto del collar Ivanov al capitán lo antes posible. El hombre asintió.

-Mañana por la mañana tendrá unas cuantas sobre la mesa de su despacho. -Estupendo.

Tras acompañar a Paige a la tienda, Josh iba a llevarle al artista a quien habían encargado retocar el retrato de Paige una fotografía del collar para que pudiese empezar a trabajar cuanto antes.

Dejó a los policías seguir con su trabajo y fue en busca de Paige.

No estaba en el salón, lo cual le molestó un poco. La encontró de pie en la playa, a unos doscientos metros de la casa, sola y vulnerable,

un objetivo perfecto para cualquiera que pudiera estar observándola.

Salió a la terraza, se quitó los zapatos y los calcetines y bajó las escaleras de madera que daban a la interminable playa de arena blanca.

Paige estaba prácticamente en la línea de la marca. La vio levantar la cara hacia la brisa del océano, y aquella postura le permitió contemplar su perfil de belleza clásica. Aquellos rasgos bien definidos y saludables, junto con su naturaleza generosa y dulce, lo atraían como ninguna otra mujer lo había atraído.

Tras lo ocurrido la noche anterior, la necesidad de hacerla suya por completo era intensa e instintiva, un deseo profundo y primitivo que rayaba casi en lo inaceptable. Durante tres años, a pesar de la atracción latente entre ellos, había respetado su matrimonio, aunque Anthony no lo hubiera hecho. Él creía con firmeza en el compromiso y en los lazos del matrimonio, y jamás habría cruzado esa frontera.

Pero las circunstancias, por terribles que fueran, habían cambiado para ambos, les habían empujado a estar juntos, a dar rienda suelta a las emociones y a los deseos que habían guardado durante tanto tiempo. Pero, a juzgar por la breve conversación de aquella mañana, Paige pretendía transformar lo ocurrido en un recuerdo. Para él olvidar no era ni siquiera una posibilidad remota, no tras haber descubierto su sabor almibarado, la sensación de su piel desnuda, los sonidos íntimos que emitía al estar dentro de su cuerpo...

Haberla tenido sólo durante una noche no iba a ser suficiente. Incluso en aquel instante, sentía cómo se le aceleraba el pulso al recordar su respuesta a las caricias, su pasión, su necesidad. Pero él no quería sólo una noche de placer, sino un mañana sin final, una vida entera para darle todo lo que le había faltado durante su matrimonio con Anthony.

Pero tenía un trabajo que hacer y haría cualquier cosa para protegerla, aunque no por ello estaba dispuesto a permitir que olvidara que había llenado un vacío emocional y físico; no estaba dispuesto a que relegase a un cajón del olvido ese recuerdo y que pretendiera volver a una amistad sin más.

No le oyó acercarse, también porque él se acercó con sigilo para demostrarle el peligro que podía correr. Al llegar a su altura, tiró de uno de sus brazos y se lo dobló a la espalda.

Ella intentó desasirse, pero lo único que consiguió fue estar a punto de caer de espaldas.

Josh la ayudó a recuperar el equilibrio y cuando se volvió para mirarlo, no parecía ni mucho menas agradecida.

-¡Josh, por Dios! -exclamó, furiosa-. ¡Podrías haberme avisado!

-Ni Carranza ni sus hombres lo habrían hecho -replicó.

Ella se quedó inmóvil un segundo mientras sus palabras calaban, y después se irguió mirándolo desafiante.

-Te agradecería que no volvieras a acercarte a mí así.

De no haber estado decidido a demostrar algo, habría encontrado divertida su testarudez. Pero la situación no tenía nada de divertida, y además, necesitaba de su cooperación.

-Y yo te agradecería que, en el futuro, no te saltaras mis órdenes a la torera. Te pedí que me esperaras en el salón.

Ella miró hacia la casa.

-Si no te importa, preferiría no tener que estar ahora allí.

Comprendía bien la aversión que podía inspirarle la corrupción que llenaba en aquel momento su casa, pero aun así tenía que tomar precauciones.

-Está bien. La próxima vez, dímelo y bien yo, bien otro agente de paisano, te acompañará.

Paige se cruzó de brazos y lo miró con disgusto.

-No me gusta nada esta situación, Josh.

-A mí, tampoco -los dos habían sido traicionados por un hombre en el que confiaban, y saberlo dolía-. Venga, vamos a dar un paseo -sugirió.

Echaron a andar por la playa, a la altura prácticamente del agua; su caminar era pausado, fácil, precisamente lo que necesitaban para relajarse después de lo ocurrido en aquellas últimas horas.

-Me cuesta trabajo entender qué empujó a Anthony a robar todo eso -comentó Paige, la primera en romper el silencio-. Me he sentido engañada, casi violada en tantos sentidos...

El dolor y la desilusión que desfiguraban su voz le puso furioso consigo mismo por haber estado tan ciego ante las actividades de Anthony.

-Creo que sé cómo te sientes.

-¿Ah, s? -espetó-. ¿Cómo es posible que haya estado viviendo tres años con Anthony y que no me haya dado cuenta de que estaba casada con un delincuente?

Josh se resistió a acariciar la línea que se hundía entre sus cejas. Tocarla estaba volviéndose una especie de obsesión, y eso era peligroso para su concentración.

-Pues porque aceptas a la gente por lo que te muestra de sí misma, sin preguntarte nada más.

Una risa seca se quedó como flotando en el aire salado.

-Sí, ya. Así que sólo se ha burlado de mí, ¿no?

-De todos nosotros -hundió las manos en los bolsillos y siguió el

paso de Paige sobre la arena-. Nadie quiere pensar que un policía pueda estar al otro lado de la ley.

-Entonces, ¿por qué lo hizo?

La respuesta a esa pregunta no era tan fácil como le hubiera gustado. Con la mirada perdida en la superficie de las olas, calibró todas las posibles respuestas, las mismas que llevaba rumiando tres meses, y se decidió por la explicación más lógica.

-¿Qué sabes del pasado de Anthony?

Paige se quedó pensativa un instante y después asintió.

-Sé que era hijo único y que sus padres habían muerto. Nada más. A Anthony no le gustaba hablar de su pasado, y después de un tiempo, dejé de hacerle preguntas. ¿Por qué? -preguntó, desconfiando-. ¿Qué tiene que ver su pasado con todo esto?

-Puede que nada, y puede que todo-.

-Ya sabes que conocía a Anthony desde que fuimos juntos a la academia.

Ella asintió.

-Sí.

-Cuando lo conocí, tenía problemas para llegar a fin de mes. Nos hicimos amigos, y dejé que se quedara en mi casa hasta que pudiera pagarse su propio apartamento.

En aquel entonces, Anthony era lo bastante poco pretencioso como para apreciar la simplicidad de tener un techo bajo el que cobijarse. Pero con el tiempo, cambió.

-Una noche, después de habernos tomado unas cuantas cervezas, empezó a hablar de cómo algún día llegaría a hacerse rico porque odiaba ser pobre. Había crecido en un barrio muy pobre y había tenido que trabajar muy duro para que a su madre y a él no los echaran del pequeño apartamento en el que vivían. No debió de tener una niñez fácil.

-No lo sé. No quería hablar de su pasado -hizo una pausa-. ¿Dónde estaba su padre?

-Según Anthony, su padre les dejó antes de que él naciera, y perdió a su madre de neumonía justo antes de cumplir los dieciocho. A partir de ese momento, trabajó en lo que pudo encontrar hasta que ingresó en la academia de policía, que es donde yo lo conocí. No sé qué razones le empujaron a hacerse policía, pero desde el primer momento quedó claro que el peligro le atraía intensamente.

Se frotó la nuca antes de continuar.

-Aproximadamente un año después de que nos graduásemos, Anthony empezó a comprar cosas que no se podía permitir. Cuando le pregunté sobre ello, no me dio una respuesta dan. Sus finanzas no

eran asunto mío, así que pensé que debía haber pedido un crédito o algo así. Aquello siguió durante años, y como vi que no caía en la bancarrota, deduje que debía haber hecho buenas inversiones y era ese beneficio el que le permitía vivir así - la miró con curiosidad-. ¿Nunca te preguntaste cómo era posible que hubiese podido pagar la casa en la que vivís, el barco, los coches...

-Sí, a veces -llegaron a la altura de un dique de rocas y Paige caminó en esa dirección-. Cuando le preguntaba por sus compras, me decía que había conseguido una gratificación extra en el trabajo, o cualquier otra excusa que no pudiera rebatirle. Anthony insistía en ocuparse de nuestra economía, así que la verdad es que yo nunca llegué a saber con detalle cómo estaban nuestras finanzas. Y como yo tenía el fideicomiso que me había dejado mi madre, con ese dinero compraba lo que quería y cuando quería. De ese modo, puse en marcha Wild Rose.

Él sonrió.

-Lo recuerdo.

También recordaba lo furioso que se había puesto Anthony por el hecho de que, haciendo oídos sordos a su opinión, hubiera tomado la decisión de comprar la tienda, pero la verdad es que no tenía poder sobre esa decisión, ya que ella lo había hecho con su propio dinero.

Su matrimonio ya no iba demasiado bien antes de aquello, pero a partir de ese momento las cosas fueron empeorando progresivamente al abrir la tienda y dedicarle a ella la mayor parte de su tiempo y esfuerzo. A Anthony no le gustaba que su mujer trabajara, pero al mismo tiempo jamás le había dado aliciente alguno para que se quedara en casa.

Paige se sentó en una de las piedras y dejó vagar la mirada por el mar. Él prefirió quedarse en pie.

-Yo no soy psiquiatra, Paige -dijo-, pero teniendo en cuenta el comportamiento de Anthony, creo que podría deducirse que las dificultades de su infancia le convirtieron en una persona codiciosa. El dinero parecía darle una extraña sensación de poder y control, y a tenor de lo que hemos descubierto desde su muerte, la necesidad de tener dinero y sentirse un hombre importante le consumía -se encogió de hombros y deseó saber la verdad- sobre lo que había empujado a Anthony a arresgarse de aquel modo, un riesgo que había puesto fin a su propia vida y que había puesto en peligro la de su esposa-. Ésa es mi teoría, pero no podremos estar seguros nunca.

-Para mí, tiene sentido -su tono se llenó de amargura-. No tardé mucho tiempo en darme cuenta de que Anthony no pensaba en nadie más que en sí mismo.

No pudo resistir por más tiempo la necesidad de tocarla y acarició su mejilla, aunque lo que en realidad hubiera deseado hacer habría sido besarla e intentar compensarla de todo lo que le había faltado en su matrimonio con Anthony. Compañerismo. Comprensión. Amor. Pero seguía estando preocupada e insegura, y lo respetaba, aunque no le gustase.

-Siento que hayas tenido que pasar por todo eso.

-Sí, yo también -inspiró profundamente y soltó el aire despacio, como si estuviera distanciándose mentalmente de él-. Como solía decir mi padre Uno vive, aprende y se hace más sabio -sonrió, forzando una alegría que no se reflejó en sus ojos-. Eso es exactamente lo que pretendo hacer.

Una vez se marcharon todos los policías, Paige acompañó a Josh a su casa a recoger su ropa y los objetos personales que iba a necesitar mientras estuviese en su casa. De vuelta, compraron la cena en un restaurante chino y la tomaron viendo un programa de televisión. Ninguno de ellos hizo comentario alguno sobre el caso, pero evidentemente ambos pensaron en ello.

Agotada emocionalmente tras lo ocurrido aquel día, Paige no se molestó en ocultar un bostezo.

-Creo que es hora de irse a la cama -le dijo a Josh, que estaba sentado en el otro sofá.

-Estoy de acuerdo -su voz sonó tan cansada como la de ella, aunque su aspecto era el de un hombre despierto y alerta. Se levantó, apagó la televisión y se acercó a la chimenea-. Ve a cambiarte mientras yo lo cierro todo.

Agradecida por la seguridad que le proporcionaba su presencia, Paige entró en el cuarto de baño de su habitación. Pero la habitación que se había transformado en un puerto en el que atracar cada noche tras la muerte de Anthony, en el que relajarse y mimarse, había cambiado desde aquella mañana; no en apariencia, sino en sensaciones. El mismo aire parecía impregnado de la obsesión de un hombre por el dinero. Allí de pie, miró a su alrededor y pensó en el contenido de aquella casa, objetos lujosos que en su mayoría habían sido comprados con dinero robado, y una neblina densa y fría pareció cubrirlo todo.

Un estremecimiento le recorrió la espalda e intentó apartar de su cabeza aquellos pensamientos y reemplazarlos con determinación, así que se acercó al lavabo, se recogió el pelo con una pinza y se dio una ducha larga y bien caliente. Al día siguiente, haría frente a todo

aquello y daría los pasos necesarios para deshacerse de aquella casa y de los recuerdos que evocaba. Al día siguiente, daría su primer paso hacia el futuro y su nueva vida lejos de Miami.

Veinte minutos más tarde, salía del baño con su camisón favorito color lavanda, dispuesta a meterse en la cama, pero lo que vio la dejó clavada en mitad de la habitación.

Josh estaba junto a la cama, desnudándose.

Ya se había quitado la camisa y el pulso traidor se le aceleró al ver su pecho musculoso, su vientre plano y sus delgadas caderas... piel aquella que había acariciado con sus propias manos y saboreado con los labios la noche anterior. Estaba desabrochándose el cinturón con movimientos lentos y tranquilos, como si aquel lugar fuese suyo también, como si aquella cama fuese la suya, como si le perteneciera...

Y por un momento interminable aquella escena íntima le pareció natural, casi perfecta... hasta que reparó en el arma que había sobre la mesilla. Eso fue lo que volvió a ajustarlo todo a su debida perspectiva.

Él la miró, y sus ojos de reflejos dorados la acariciaron de pies a cabeza. No había nada provocativo, ni sugerente siquiera en el camisón que se había puesto; nada que pudiese inspirar aquella necesidad primitiva, aquel deseo puro que vio en su expresión y que le hizo sentirse sensual, voluptuosa y consciente de sí misma como mujer. El tejido del camisón debería sentirse fresco sobre la piel, y sin embargo parecía rozarle hasta con cierta aspereza los pezones, aunque lo que en realidad hacían era reclamar de nuevo la atención que él les había dispensado la noche anterior. El corazón le latía aceleradamente en el pecho y sentía un extraño temblor en la parte interior de los muslos.

Nunca se había considerado a sí misma una persona con una libido demasiado activa. Sólo había estado con dos hombres antes de Anthony, y ninguno de ellos, ni siquiera su marido, había conseguido hacerla sentirse así tan sólo con mirarla.

Josh la miró entonces a los ojos y sonrió a modo de disculpa. La había hecho sentirse así deliberadamente. La había seducido con la mirada a sabiendas de cómo iba a responder ella, y eso la molestó.

-¿Qué haces aquí?

-Yo creo que es evidente -contestó, al tiempo que se desabotonaba los vaqueros-. Me estoy preparando para irme a dormir.

El sonido rasposo de la cremallera al bajar llenó la habitación.

-¿Aquí? ¿Conmigo?

Sabía que debía estarle pareciendo un poco mojigata, pero no le importó.

Y a él tampoco.

-Sí, aquí. Contigo.

Paige se acercó a la cama intentando mantener un semblante tranquilo, aunque lo que sentía en el fondo era una tremenda inquietud.

-¿Y qué tiene de malo el sofá del salón?

-Pues que está demasiado lejos si ocurriera algo por la noche.

Y como si su respuesta zanjara la discusión, terminó de quitarse los pantalones, de modo que quedó ante ella con tan sólo unos calzoncillos blancos que se ceñían a su anatomía y revelaban un estado de semierección.

Paige clavó la mirada en el territorio más seguro de su pecho.

-Que te deje vivir en mi casa y fingir que eres mi amante es una cosa, pero dormir en la misma cama que tú no entraba en el plan.

-Lo de esta noche, es puro trabajo -dijo, apartando los cojines y las sábanas-. Y no es la primera vez que dormimos en la misma cama.

Una ola de calor abrasó sus mejillas, pero se negó a rendirse.

-Lo de anoche fue... diferente.

Él pareció a punto de decirle que lo ocurrido la noche anterior no había sido en nada distinto a aquella noche, distinto al deseo que seguía vibrando entre ellos. Pero no dijo nada de lo que ambos ya sabían y decidió ignorar sus protestas y meterse en la cama.

-Ven a dormir, Paige -dijo, dándole una palmadita a la almohada-. Estoy muy cansado, y te juro que no tengo ni un solo pensamiento lascivo.

Le resultó fácil decir la mentira, pero sus ojos eran mucho más sinceros. Aquellos profundos ojos castaños gritaban a voces su deseo, pero también le confirmaban que respetaría sus deseos y no la tocaría excepto para protegerla. Paige confió en él, y no hizo más objeciones. Puso el despertador para que sonara a las seis de la mañana, apagó la luz y se metió en la cama. Una vez allí, oyendo los ruidos del exterior, se alegró de que hubiera insistido en quedarse con ella. No sólo no quería estar sola, sino que la hacía sentirse segura.

En unos minutos, Josh se quedó dormido, y su respiración se tomó profunda y rítmica, pero ella se pasó lo que le pareció una eternidad dando vueltas y más vueltas. Cada vez que cerraba los ojos o empezaba a quedarse dormida, las imágenes de lo ocurrido la noche anterior se le aparecían ante los ojos, y a pesar de todas las razones que le decían que no, deseaba sentirlo de nuevo dentro de ella, llenándola, dándole todo lo que su cuerpo y su alma tanto necesitaban.

Hubo un instante en que su mano, casi por voluntad propia, a punto estuvo de tocar su pecho, el pecho del hombre que tanto le

había dado sin pedir nada a cambio. Pero apretándola en un puño, la retiró. Dios, estaba tan confusa sobre lo que sentía por Josh...

Pero no podía permitir que el corazón le dictase a la cabeza; no podía volver a entregarse a un hombre que vivía permanentemente entre la vida y la muerte. Tragó saliva e intentó no pensar en la posibilidad de que estuviera embarazada de él, y en cómo alteraría eso sus planes para el futuro.

En algún momento entre la medianoche y el amanecer se quedó dormida, pero soñó con Josh, y con el vacío que sería vivir sin él.

Paige iba mirando por la ventanilla de su Volvo mientras Josh lo conducía hacia Wild Rose a la mañana siguiente. Cuando ella le dijo que podía ir ella en su propio coche y él seguirla en el suyo, él había comentado que tendrían que usar su Volvo hasta que terminase el caso, ya que no quería correr el riesgo de que pudieran investigar su número de matrícula.

Por mucho que le agradeciera que se preocupara por su seguridad, no le hacía ninguna gracia depender de él, y se sentía tremendamente incómoda con el control que parecía tener sobre todos los aspectos de su vida. Le recordaba demasiado a la manipulación de Anthony, a pesar de que sabía que aquella situación era temporal.

Cuando de pronto él apoyó una mano sobre su rodilla, Paige dio un respingo. Si pretendía llamar su atención, lo había conseguido, sin duda.

-Estás muy callada esta mañana - comentó, y su voz profunda llenó el interior del coche-. ¿Has dormido bien?

Estaba moviendo el dedo pulgar por la parte externa de su muslo, y lo que en otra ocasión no habría pasado de ser un gesto inocente, en aquel momento disparó la excitación por todo su ser. Y lo más desconcertante de todo era que esa sensación le gustaba y que estaba disfrutando de su caricia. Ahora que conocía la clase de intenso placer que Josh era capaz de darle, su cuerpo parecía pedir a gritos sus caricias.

Inspiró profundamente en un intento de controlar sus pensamientos.

-He dormido de maravilla -mintió-. Es que tengo muchas cosas en la cabeza.

Él sonrió con la complicidad de su amistad de siempre.

-¿Como por ejemplo?

«Como por ejemplo qué voy a hacer con nuestra relación ahora que hemos cruzado la línea que separa la amistad de lo demás, y cómo voy a arreglármelas para evitar hacer el amor contigo otra vez».

-Las cosas que tengo que hacer hoy en la tienda.

Él asintió y por fin quitó la mano de su rodilla.

-He hablado con Reynolds esta mañana y ha colocado a una mujer policía en tu tienda. Se llama Liz Forster, y no sólo es una gran policía, sino que el departamento correrá con todos sus gastos, de modo que puedes ponerla a trabajar en lo que quieras.

-No creo que pueda hacerlo.

-Tienes que tratarla como si no fuese policía, Paige -contestó, y tomó Harding Avenue que era una de las calles de la zona comercial de Surfside, que era donde estaba la tienda-. Te protegerá cuando yo no esté, pero tiene que parecer una empleada más. Eso quiere decir que o tú o tu ayudante tendréis que enseñarle para que parezca una más.

La firmeza de su tono no admitía discusión.

-Está bien -accedió, al tiempo que él paraba el coche frente a Wild Rose. Era una tienda de ropa situada entre una peluquería de moda y un precioso café, lo cual le aportaba un flujo de turistas que añadir a su clientela habitual-. Supongo que podré ponerla a que ayude a Pam con el escaparate de la entrada.

-Hará lo que le digas, pero siempre que estés tú cerca -se volvió hacia ella y la miró con dureza-. Si sales de la tienda sea para lo que sea, ella tendrá que ir contigo. ¿Queda claro?

-Muy claro -replicó.

-Bien.

Recogió el maletín y el bolso y salió del coche. Josh se unió a ella en la acera. El aspecto que le conferían los vaqueros negros, el jersey negro y gris y la cazadora negra que ocultaba el arma no era de policía, sino del atractivo rebelde que se suponía era su amante.

Con suma facilidad, tomó su mano y enlazó los dedos entre los suyos. El primer impulso de Paige fue soltarse, pero él se lo impidió.

-Relájate, Paige -murmuró, sonriendo-. Y actúa con naturalidad.

-Echarme un amante no es una experiencia que me ocurra todos los días -replicó en voz baja mientras sonreía a Janice, la propietaria de la peluquería, que los miraba con interés.

-Si alguien hace preguntas a los empleados de las tiendas de alrededor, me gustaría que ellos verificasen que estás saliendo con alguien.

Entendía su propósito, de verdad que sí, pero no le hacía ninguna gracia publicar a los cuatro vientos que eran amantes, sobre todo estando como estaba intentando poner en perspectiva su relación.

Como estaban solos porque era temprano, Josh se quedó por allí una media hora, entretenido en curiosear la ropa de mujer, la lencería y los accesorios mientras Paige hacía recuento del efectivo y

preparaba la tienda para el día.

Liz llegó la primera, y sorprendió a Paige al ser la clase de vendedora sofisticada que habría contratado para trabajar en Wild Rose. La joven era alta y delgada, e iba vestida con un traje que la propia Paige habría elegido para sí misma: pantalones color crema, blusa rosa de seda, chaqueta de lino y zapatos de piel. Tenía el pelo rubio muy claro y lo llevaba cortado de forma que realzaba sus facciones y sus preciosos ojos azules.

Paige se sintió cómoda inmediatamente con ella, ya que era una mujer abierta y amable, a pesar de la seriedad de su profesión. Pam llegó poco después de Liz, y como llevaba trabajando para Paige desde que abrió la tienda y confiaba en ella ciegamente, Josh le puso al corriente de la situación, pasando por alto los detalles más peligrosos e importantes, de modo que sólo le explicó lo justo para que comprendiese la necesidad de contar con vigilancia para Paige, y sin que supiera demasiado para no poner su vida en peligro.

Para cuando llegó la hora de que Josh se marchase, Paige tenía el estómago hecho un nudo y las sienes empezaban a palpitarle, amenazando con un dolor de cabeza. Lo acompañó hasta la puerta.

-Tengo mucho que hacer hoy en el caso -dijo Josh, sacando las llaves del coche del bolsillo de los vaqueros-. Volveré a la hora de cerrar a recogerte.

Ella se cruzó de brazos.

-Entonces, ¿vas a dejarme sin coche?

-Si necesitas ir a cualquier parte, Liz te llevará. Para eso está aquí.

Paige fue a protestar, más por puro desafío que por disconformidad, pero él aprovechó la oportunidad para pasarle la mano por la nuca y besarla en la boca. El beso fue rápido pero ardiente, abiertamente erótico y extremadamente posesivo. El impacto dejó a Paige inerme, derretida contra él cuando sabía que en realidad debería estar apartándolo.

Cuando Josh puso fin al beso, ella se horrorizó al oír cómo su propia garganta emitía un gemido de protesta, a lo que él respondió con una sonrisa de triunfo y arrogancia.

Tenía que recuperar la compostura.

-¿Era necesario? -le preguntó, muy digna.

Su sonrisa no era de disculpa.

-Por supuesto -contestó con el brillo del deseo en la mirada-. No sólo llevaba dos días deseando hacerlo, sino que si hay alguien vigilando, como por ejemplo esa cotilla de la tienda de al lado, lo habrá visto.

Estaba metida en un buen lío, porque instintivamente tenía la

certeza de que aquel beso había sido mucho más que una pantomima. Era el recordatorio de la intimidad que habían compartido, algo que él no iba a permitirle olvidar.

Con el dorso de la mano, le acarició la mejilla, un gesto lleno de ternura que no parecía encajar con la repentina seriedad de su mirada.

-Y ahora, vuelve a entrar y sé buena con Liz.

Aquello de que le diera órdenes no le hacía ninguna gracia, pero obedeció. No tenía sentido discutir con él delante de la audiencia, así que entró directamente a su despacho para ocuparse de los asuntos más importantes que tenía en la agenda para aquel día.

-Así que al final te has dejado cazar por Josh, ¿eh?

Paige levantó bruscamente la cabeza de lo que estaba haciendo y vio a Pam, que entraba en su despacho. Aparte de Josh, Pam era una de sus mejores amigas, aunque le hubiese hablado en muy pocas ocasiones de sus problemas maritales. Sin embargo, teniendo en cuenta que las raras ocasiones en las que Pam se había encontrado con Anthony él había sido siempre descortés y bastante hostil, no le habría costado mucho trabajo imaginarse que su relación con él no iba del todo bien. Pero que Pam hiciera un comentario de ese tipo era algo inquietante.

-No es lo que parece -contestó, y dejó la cartera sobre la alfombra malva-. Ese beso que has presenciado ha sido sólo un reclamo por si había vigilancia, nada más.

-Ya. Pues a mí no me ha dado la impresión de que hayáis tenido que esforzaros mucho por fingir.

-¿Cómo dices?

¿Querría eso decir que tan obvios eran sus sentimientos por Josh?

-Siempre ha habido algo entre Josh y tú, una especie de química que no se ve con demasiada frecuencia entre dos personas.

«Dios mío..»

-Mira, Pam, si no te importa, preferiría no hablar de eso.

-Comprendo -Pam sonrió y se encogió de hombros-. Simplemente me ha parecido que por fin te habías dado cuenta de que ese tipo está loco por ti.

Y lo sabía. La certidumbre le hervía en el pecho. Josh lo había dejado bien claro con cada roce, con cada palabra, con cada acción desde la noche que hicieron el amor.

«Pero es un policía», intentó razonar. -Un hombre tan dedicado a su trabajo que jamás podría dedicarse a mí o a una familia con igual intensidad».

Pero sus peores temores siguieron clavados en su garganta cuando Pam salió del despacho y cerró la puerta. Y porque sabía que no tenía

futuro con Josh, y que quedarse en Miami sólo serviría para seguir sufriendo, abrió la agenda y buscó la tarjeta de visita que había guardado allí hacía ya semanas.

Entonces, descolgó el teléfono y se obligó a marcar el número del agente de la propiedad inmobiliaria.

5

Josh pisó a fondo el freno del Volvo de Paige frente a su casa de la playa. Y no es que fuese una verdadera sorpresa tras las revelaciones de la semana anterior el encontrarse con un cartel de «Se Vende» delante de la casa, pero le molestó que no hubiera compartido con él aquella decisión.

A su lado, Paige miraba hacia delante, esperando que llevase el coche al garaje, como venían haciendo habitualmente, y parecía como si para ella haber puesto en venta la casa no fuese nada fuera de lo corriente.

Pero para él, el mundo había dejado de ser un lugar corriente la noche en que ella le pidió que le hiciese el amor. Todo lo que ella hiciera o decidiera afectaba ahora a su vida, a su futuro. Al parecer, ella no pensaba lo mismo, y eso le irritaba. Su indiferencia tenía que ser una farsa, porque una mujer no se entregaba a un hombre del modo en que ella lo había hecho sin establecer alguna clase de lazo emocional. Lo mejor sería controlarse antes de que pudiera hacer o decir algo que lamentase después y llevar el coche al garaje como siempre.

Antes de que hubiera podido parar el motor, Paige recogió sus cosas y salió, desconectó la alarma y entró en la casa, dejando la puerta abierta para que él entrase después. Estaba claro que pretendía evitar la inevitable discusión, y aunque durante aquellos últimos días él no la había presionado en ningún sentido, aceptando lo que ella estuviera dispuesta a dar, en aquel asunto no iba a ser igual.

Y al seguir los ruidos que provenían de la cocina, se dio cuenta de que estaba deseando tener esa confrontación. Quería respuestas, e iba a obtenerlas. Quería saber qué había entre los dos, y no daría por terminada la noche hasta que lo averiguara.

En la cocina, Paige se estaba sirviendo una copa de vino. Era el ritual de todas las noches: una copa de Chardonnay, seguida de un largo baño, una cena tranquila, una hora de tele, y a dormir.

Pero Josh estaba cansado de aquella monotonía, de evitar temas importantes que afectaban a la vida de ambos. Cansado de sentirla a su lado en la cama, tan cerca, tan tentadora, y no poder tumbarse sobre ella como deseaba.

Tiró las llaves sobre la encimera y se dejó llevar por la frustración.

¿Por qué no me has dicho que ibas a poner en venta la casa?

Ella se quedó inmóvil, y no se volvió a mirarlo. Con una serenidad pasmosa, volvió a tapar la botella de vino, la metió en el frigorífico y

volvió a tomar la copa.

-No sabía que necesitase tu permiso para hacerlo.

-Eso no es lo que yo quería decir, y lo sabes.

Ella se encogió de hombros.

-No pensé que el hecho de que yo vendiera mi casa tuviera algo que ver contigo.

¿Que no tenía nada que ver con él? Aquel comentario fue como una patada en el estómago y estuvo a punto de dejar que la furia saliera a la superficie... hasta que se dio cuenta de que era una táctica defensiva. Estaba harto de palabras. Quería ver sus ojos. Nunca le habían mentido.

-Maldita sea, Paige... mírame.

Se dio la vuelta en actitud desafiante, y sus ojos verdes brillaron en respuesta a su exigencia, pero había algo más allá de la ira; una tristeza profunda que había visto ya demasiadas veces en el pasado como para pasar por alto.

-¿Por qué vendes la casa? -le preguntó en voz baja.

-¿Y tú me lo preguntas, después de todo lo que ha ocurrido la semana pasada? -preguntó con incredulidad, y antes de que él pudiera contestar, continuó-. No sólo me siento incómoda en esta casa, sino que además siempre fue la casa de Anthony, no la mía. Él la diseñó y la decoró antes de que yo tuviera nada que ver con él -se pasó la mano por el pelo y se lo apartó de la cara-. Y es demasiado grande para una sola persona. Es más de lo que yo necesito.

Su razonamiento era perfecto, por supuesto. Se había desbocado al leer el cartel de la entrada antes de conocer los hechos, lo cual era bastante raro en él.

-Estaré encantado de ayudarte a encontrar otra cosa. Quizás una casita pequeña más cerca de la tienda.

-Josh... -se mordió un labio y soltó de pronto-, también he puesto a la venta la tienda.

El universo entero de Josh pareció dejar de girar y sintió que el corazón le latía dolorosamente contra las costillas. No le gustaba nada la dirección que estaba tomando aquella conversación y las decisiones que implicaba, pero decidió fingir una actitud despreocupada.

-¿Y por qué ibas a querer vender Wild Rose? Tu tienda es una de las boutiques más famosas de Harding Avenue.

-Sí, la verdad es que estos dos años desde que la compré nos ha ido muy bien -concedió, con una sonrisa de satisfacción-. Y me ha ayudado a mantener la cordura. Sin ella, me habría vuelto loca de aburrimiento. Pero al igual que mi matrimonio con Anthony, la tienda es algo que me gustaría dejar atrás. He vivido, he aprendido y en

cuanto este caso tuyo termine, seguiré adelante, siendo una persona más sabia -dijo-, recitando la frase favorita de su padre. Luego, con la copa de vino en la mano, salió al salón, poniendo fin a la conversación.

Josh se quedó allí de pie, repitiendo mentalmente la conversación, una conversación que no pensaba dejar así, en el aire, sin tener claras cuáles eran las intenciones de Paige, de modo que salió tras ella y entró en su habitación sin tan siquiera llamar a la puerta.

Paige estaba en el vestidor. Se acababa de quitar los zapatos y había empezado a desabrocharse el vestido.

-¿Te importaría dejarme sola? Me gustaría tener un poco de intimidad.

-Claro que me importaría -murmuró, con los ojos clavados en los cinco botones que

se había desabrochado y que dejaban al descubierto el encaje de su sujetador y el inicio de sus pechos-. Te has ido antes de que hubiéramos terminado de hablar.

-No queda mucho más que decir - contestó, desconfiada.

Se detuvo a un paso de ella y en la base de su cuello vio latir el pulso.

-Te has olvidado de un pequeño detalle.

-¿Ah, si? ¿Y qué detalle es ése? preguntó, dando un paso hacia un lado, como si considerara que estaba demasiado cerca, invadiendo su espacio personal. Como si estuviese dispuesta a salir huyendo en cualquier momento.

Y Josh no estaba dispuesto a que eso ocurriera, de modo que cambió su posición para hacerle saber que no iba a permitirle escapar ni de él ni de aquella conversación.

-Seguir adelante, sí Paige, ¿pero hacia dónde?

Ya que no podía esquivarlo, se dio la vuelta Para ocultar las emociones que él podría leer sin dificultad en sus ojos, y disimuló el movimiento con la excusa de quitarse el collar y los pendientes de perlas y dejarlos sobre la cómoda.

-He decidido volver a Connecticut para poder estar cerca de mi familia.

Josh pareció aceptar aquella bomba con admirable calma, pero por dentro, el pánico se había apoderado de él.

¡No quería perderla! Y lo único que se le ocurrió fue utilizar la única cosa que podría cambiar drásticamente sus vidas.

-¿Y si estuvieras embarazada de mi?

Ella se dio la vuelta y lo miró con los ojos abiertos desmesuradamente.

-No estoy embarazada -le dijo con firmeza.

-¿Ah, no? ¿Es que ya tienes la regla?

En un principio pareció dispuesta a mentirle, pero al final no pudo hacerlo.

-Todavía no.

-Al día siguiente de que hiciéramos el amor me dijiste que te faltaba poco para tener el periodo -razonó-. ¿Tienes un ciclo regular? Paige enrojeció por vergüenza o por enfado, quién sabía.

-No he vuelto a tener un ciclo regular desde que dejé la píldora tras la muerte de Anthony -admitió-. Pero conozco mi cuerpo, y no estoy embarazada.

¿Estaba intentando convencerle a él, o a sí misma?

Mientras Josh digería lo que acababa de decirle, abrió la puerta de cristal que daba a la terraza y dejó entrar la brisa fresca de la noche, acompañada por el rumor de las hojas de los árboles.

Josh se acercó a ella ya más tranquilo, pero aún quedaban unas cuantas preguntas por hacer.

-¿Tomabas la píldora mientras estuviste casada?

Ella lo miró con una sonrisa de medio lado. -Eso no es algo que una mujer publique a

los cuatro vientos, ni siquiera a un buen amigo como tú.

Había formulado mal la pregunta.

Siempre has dicho que te gustaría tener hijos, y yo simplemente había dado por sentado que, si llegaba un niño, sería bienvenido.

-Durante el primer año de nuestro matrimonio, pensaba que un niño haría que Anthony sentara la cabeza que, no fuese tan irreflexivo... -hizo una pausa, como recordando, y su mirada se tiñó de la tristeza que la había ensombrecido durante los dos últimos años de su matrimonio -. Unos nueve meses después de la boda, Anthony insistió en que debia empezar a tomar la pildora. Me dijo que no estaba preparado para tener hijos, y que no quería correr riesgos -lo cual, sabiendo lo que ahora sabía, había sido una bendición-. Ahora me alegro de no tener un niño del que preocuparme, y al que no me gustaría tener que explicarle que su padre era un delincuente.

-¿Y si... Y si ese niño fuese mío? -preguntó en voz baja.

-Eso sólo serviría para complicar las cosas, Josh -suspiró-. Quiero marcharme en cuanto lo liquide todo. Echo de menos a mi familia, y la sencillez de vivir en una ciudad pequeña. Es donde debo estar. Donde siempre debí estar -se volvió a mirarlo-. No estoy hecha para una gran urbe, ni para vivir diariamente junto al crimen, ni para ser la esposa de un policía. Cuando me casé con Anthony era demasiado ingenua, pero ahora ya no lo soy.

Josh tenía la sensación de que una parte esencial de su vida se le estaba derrumbando ante los ojos.

-Puede que sólo necesites más tiempo antes de tomar una decisión tan importante como ésta -sugirió. Cualquier cosa para convencerla de que revisara su decisión-. Sólo han pasado tres meses desde la muerte de Anthony, y yo sé bien lo difíciles que han sido las cosas para ti, especialmente esta última semana...

-Estoy decidida, Josh -le interrumpió, con una determinación que admiró y detestó al mismo tiempo-. No me queda nada aquí, excepto malos recuerdos.

-¿Y yo? ¿También soy un mal recuerdo? - espetó.

La brusquedad de aquella pregunta la sorprendió, y un instante después, apoyaba la mano en su mejilla.

-Tú, Josh, eres uno de mis mejores amigos, y me importas mucho más de lo que puedas imaginar -susurró con voz dolida-. La verdad es que no sé qué habría hecho sin ti durante estos últimos tres años.

Josh estaba perdiendo la capacidad de razonar, y de un tirón, apartó su mano. Demonios... él quería más que cordialidad y gratitud. Quería saber que lo que había entre ellos no era sólo amistad.

-¿Josh?

Su voz era temblorosa e incierta. Sabía que debía limitarse a dejarla Y poner fin a aquella locura, pero estaba sintiendo una poderosa y desesperada necesidad de demostrarle que lo que habían alimentado durante tres años se merecía la oportunidad de poder crecer y llegar a ser algo más profundo e íntimo que lo que ya compartían.

Maldiciendo entre dientes, hundió la mano en su pelo Y, acercándola por la nuca, la besó en la boca. Ella intentó apartase en el último segundo, pero era como una pluma frente al huracán de la necesidad que hervía en sus venas.

Sus labios se rozaron se tocaron, se derritieron.

Pero aquello no le bastaba. Quería rendición total. Quería recordarle cómo había respondido otra vez a sus caricias, cómo había conseguido que las desease.

Sin dejar de besarla, la condujo hasta que sintió el colchón contra sus piernas y Paige no tuvo más remedio que caer sobre la cama. Ella agarró su camisa, quién sabe si para apartarle o para tirar de él, y para intentar eliminar la primera posibilidad, tomó esa mano con la suya y la sujeto sobre el colchón, por encima de su cabeza..

Sólo entonces dejo que el beso terminara. Los dos tenían la respiracíon alterada e intentaban recuperar su ritmo normal. Paige intentó soltase pero él no había terminado de seducirla. Casi ni había

empezado.

Con una tremenda destreza, desabrochó tres botones más de su vestido mientras con la boca descubría un lugar suave y muy sensible que la hizo estremecerse. Entonces acercó los labios a su oído y le susurró sus intenciones con sorprendente detalle.

-No -gimió ella, pero su cuerpo decía lo contrario. Tenía los labios entreabiertos y húmedos, y aceptaba sus besos con la misma pasión con que los devolvía.

-Sí -susurró él, ocultando la cara en la curva fragante y cálida de su cuello. Desabrochó con una mano el broche de su sujetador de encaje y satén y llenó su palma con uno de sus pechos, acariciando su pezón hasta que lo sintió duro como un guijarro.

Nada más tocarla, sintió que se plegaba a su caricia, que no podía contener la misma necesidad que sentía él. En lo más profundo de sus ojos, la vio sucumbir, vio su cuerpo relajarse y perder toda la tensión, bañándose en la luz de su feminidad.

Eso fue todo lo que necesitó para cumplir las promesas que le había susurrado al oído. Recorrió con la boca su cuello y adoró sus pechos hasta que los sintió inflamados y endurecidos.

Un gemido se escapó de la garganta de Paige y las manos que él le sujetaba se transformaron en puños, aunque no intentó soltarse. La respiración se hizo más profunda y desigual

y Josh sintió que su propio cuerpo se endurecía, pero a pesar de lo mucho que deseaba estar dentro de ella, aquella noche el placer iba a ser sólo de Paige.

Con la mano que tenía libre fue explorando su costado, su cadera, hasta llegar al final del vestido, e ir subiendo por sus muslos que, instintivamente, se relajaron y entreabrieron para él. llevaba unas suaves medias de seda, y no tenía ni idea de qué podía esperar al final de ellas, pero el delicado liguero de encaje que las sujetaba fue una sorpresa deliciosa y excitante. La línea de piel que dejaban al descubierto era suave como la de un bebé. Por fin llegó a sus bragas, un pequeño retal de tela que cubría sus secretos más femeninos, y tras acariciar la sensible carne que latía bajo aquella mínima barrera, experimentó una suprema satisfacción al sentir el calor y la humedad mojando sus dedos.

Todo el cuerpo de Paige tembló ante una caricia tan íntima, y alzó las caderas hacia él.

-Josh, por favor... -suplicó con voz rota.

Levantó la cara de sus pechos para mirarla. Tenía las mejillas arreboladas, los ojos brillantes y febriles. Estaba maravillosa, excitante más allá de lo imaginable así, tumbada, poseída por el deseo.

-¿Por favor qué? -murmuró, negándose a darle lo que su cuerpo ansiaba a menos que admitiese su deseo y su necesidad de él-. Dime lo que quieres, y yo te lo daré.

Ella se mordió un labio y la frustración le hizo gemir, pero después, incapaz de negar la necesidad que estaba sintiendo, le dijo exactamente lo que él quería oír:

-Tócame... bésame...

Ámame, le rogaban sus ojos.

Y siguió acariciándola, sin dejar de mirarla cuando apartó el elástico de sus braguitas y deslizó un dedo entre sus pliegues como pétalos de una flor. Luego la besó, siguiendo el mismo ritmo con los labios y la lengua que con los dedos.

Amarla era lo más fácil, porque los sentimientos le brotaban con naturalidad, de lo más profundo de su corazón.

Un instante después, le dio lo que quería: su clímax fue intenso y emocional, y la hizo gritar cuando las olas de puro y exquisito placer la devoraron. Cuando todo terminó y su cuerpo dejó de temblar, Josh soltó sus manos y apoyó la cabeza justo sobre sus pechos, absorbiendo el latido salvaje de su corazón. Su propio cuerpo temblaba, pero aquel momento no tenía que ver con su placer, sino con el de ella.

Paige también lo sabía.

-Maldito seas, Josh -dijo en voz baja y en un tono que expresaba ira por la situación en la que se encontraba.

El se echó a reír suavemente.

-Ésas no eran precisamente las palabras de gratitud que esperaba.

Ella enredó los dedos en su pelo y le obligó a levantar la cabeza y a mirarla.

-Eres un bastardo lleno de arrogancia. Josh se quedó serio, optando por la sinceri

dad frente al humor.

-En lo que se refiere a ti, puede que sí lo sea. Quiero que pienses en lo que dejarías atrás si decidieras irte a Connecticut.

¿Sexo sin complicaciones?

-Lo que hay entre nosotros es más que sexo, aunque sea fantástico - replicó, molesto-. Y tú lo sabes, aunque no quieras admitirlo -le apartó el pelo de la cara, una excusa como otra cualquiera para tocada-. No puedo borrar tus malos recuerdos, pero puedo reemplazarlos con buenos, si me das la oportunidad.

-No es tan simple -Paige se incorporó para quedarse sentada en el borde de la cama mientras se abrochaba el vestido-. No es sólo por nosotros, o por Anthony, sino por quién eres y lo que haces.

-Un policía -erijo él, comprendiendo al fin. Ella asintió con tristeza.

-Desgraciadamente, así es.

Josh se levantó y se pasó una mano por el pelo alborotado. Aún tenía el cuerpo tenso por la excitación y la sangre seguía galopando por sus venas.

-Soy policía de homicidios, Paige -dijo, intentando razonar-, no de antivicio como Anthony.

-El peligro sigue estando ahí. El arma que llevas lo demuestra. Este caso en el que estás trabajando también -su argumento era irrefutable-. No puedo volver a pasar por eso. Quiero un marido que vaya a volver a casa todas las noches. Quiero un entorno estable para mis hijos. Y si eso es ser egoísta, lo soy.

Josh eligió su respuesta con cuidado.

-Yo no creo que sea egoísta desear todo eso, pero también sé que es posible estar casada con un policía y tener una vida familiar sana y estable. Mis padres son prueba de ello. Tú los conoces y te habrás dado cuenta de lo felices que son. Y creo que ninguno de sus cinco hijos ha sufrido por que mi padre fuese policía.

Ella se irguió desafiante.

-¿Y cuántas veces crees que tu madre habrá estado despierta toda la noche mientras tu padre estaba patrullando o trabajando en algún caso, preguntándose si volvería a casa a la mañana siguiente, o si se encontraría con su compañero en la puerta que vendría a decirle que había muerto en el cumplimiento del deber?

Sus recuerdos eran difíciles de rebatir.

-Estoy seguro de que, en muchos aspectos, mi madre se sintió exactamente igual que tú -había oído a otros compañeros quejarse de la presión que tenían que soportar sus matrimonios por aquella profesión; muchos incluso no sobrevivían. Pero no todo el mundo sucumbía ante la adversidad-. Mi padre es un buen hombre, Paige, leal y honesto en extremo, y esos mismos rasgos son fundamentales a la hora de ocuparse de su esposa y de su familia. Es la diferencia entre Anthony y yo.

-No puedo volver a hacerlo, Josh -susurró, moviendo la cabeza.

Y entró en el baño.

La desesperación se apoderó de él y se interpuso en su camino.

-Paige...

Pero ella le puso un dedo sobre los labios con los ojos llenos de lágrimas.

-No me lo hagas aún más difícil, ¿quieres, Josh?

Y sin esperar a que le contestara, se encerró en el baño. Tras un momento, Josh oyó el ruido del agua al caer en la bañera.

Con un suspiro, se dejó caer de nuevo en la cama y se pasó una

mano por la cara. ¿Cómo podía ser tan idiota? Había presionado a Paige más de la cuenta, y aunque no había podido resistirse a él físicamente, la herida que le había infligido su marido no estaba ni mucho menos cicatrizada.

Después del infierno por el que Anthony la había hecho pasar, ¿tendría él derecho a pedirle lo que le había pedido?

El trabajo era su único refugio, y Paige acogió con agrado la tarde de diversión ayudando a Liz a sacar de las cajas las nuevas compras de ropa de primavera, accesorios y lencería.

Entre la vigilancia de Liz en la tienda y Josh protegiéndola el resto del tiempo, se sentía agobiada y encerrada. Si quería soledad, se escapaba al cuarto de baño, e incluso de aquel modo, si excedía lo que los policías consideraban un tiempo razonable, los tenía llamando a la puerta y preguntando si estaba bien.

Liz iba con ella a comer todos los días, a hacer los recados y al banco, y para colmo y por encargo de Josh, en el tiempo libre Liz la llevaba al despacho para enseñarle movimientos básicos de defensa personal. A pesar de su complexión delgada, Liz era una policía dura y competente, y le enseñó la variedad de formas en que una mujer podía paralizar a un hombre si era necesario.

-¡Fíjate en esto! --exclamó Liz al sacar una prenda de seda y encaje de la caja que acababa de abrir. Los tonos de la amatista, la esmeralda, el zafiro y el rubí brillaron bajo las luces-. Estos camisones son maravillosos, y tan provocativos... ¿Cómo voy a elegir sólo uno?

Paige se echó a reír ante tanto entusiasmo. No había tardado mucho en darse cuenta de que Liz era una enamorada de la ropa y que aquella asignación le permitía disfrutar de una de sus pasiones.

-Bueno, siempre podrías comprarte uno de cada.

-Pues menuda ayuda eres tú para mi adicción -se quejó de buen humor, poniéndose por delante el camisón color zafiro y mirándose en el espejo-. Antes de que termine este caso, voy a tener que transferirte todo mi sueldo.

Paige sonrió mientras etiquetaba la lencería.

-Pero vas a estar fabulosa -contestó, y además por un precio excelente, ya que le había ofrecido el treinta por ciento de descuento como compensación por su trabajo.

Ah, y tendré que comprarme otro de estos -dijo, probándose un salto de cama de satén crema y encaje francés-. No hay nada más sexy que la seda y en encaje sobre la piel o bajo la ropa. A mi novio también le encantan las sorpresas -añadió con un guiño.

-Pues me da la impresión de que le esperan unas cuantas -bromeó Paige.

-Teniendo en cuenta que siempre eres tú la primera en elegir, debes de tener un montón de estas maravillas en casa.

-No tantas -admitió Paige.

-Pues con tu color de pelo y tu fantástica figura, éste te quedaría genial.

Paige miró el camisón largo que Liz había escogido. La parte de la falda era de satén color esmeralda, pero el cuerpo era de encaje negro, así como el remate de la alta abertura de la falda.

-No sé... me parece un poco atrevido para mí.

-Tonterías. Si llevar algo así te hace sentir bien, nada es lo bastante atrevido.

Paige reparó en que Liz colgaba el camisón lejos de los demás. Ya lo colocaría ella más tarde entre los que iban a la tienda.

Siguieron trabajando en buena armonía durante una hora etiquetando las prendas mientras Pam se ocupaba de las clientas que entraban casi de continuo aquel viernes por la tarde, y en un momento en que Liz salió con un montón de ropa para colocarla en los estantes y perchas, Paige recuperó el camisón esmeralda con la intención de volver a ponerlo en el inventario.

A pesar de haber dicho que era demasiado atrevido para ella, se rindió a la tentación de ponérselo por delante y mirarse con él al espejo.

Suspiró. Había intentado excitar a Anthony con toda clase de lencería, pero él se había comportado tan distante tras su primer año de matrimonio que todos sus intentos de seducirlo no habían conseguido despertar su interés, y aquellas noches había terminado sola y dolida en la cama mientras Anthony iba y venía por la casa.

Cerró los ojos y automáticamente pensó en Josh, en su forma de acariciarla, sin prisa y con todo el sentimiento del que había carecido su marido, haciéndola sentirse idolatrada e increíblemente voluptuosa. La forma en que su boca, la caricia de su lengua podía desencadenar la necesidad en su interior hasta hacerla consumirse por las llamas del deseo.

Jamás había sentido nada parecido por Anthony, jamás le había rogado que la acariciase, que la besara, tal y como había hecho con Josh. Sólo con recordarlo sentía crecer un delicioso calor en su vientre.

-Precioso -murmuró una profunda voz de hombre a su espalda.

Paige abrió inmediatamente los ojos, se apartó el camisón y se dio la vuelta. Josh estaba en la puerta, apoyado con indolencia contra el marco, sus ojos castaños brillando al mirarla. Estaba increíblemente sexy con aquellos pantalones caqui, una camisa a juego y una

cazadora informal. Y aquella condenada sonrisa suya le ponía el pulso a todo correr.

- Si quieres probártelo, yo sería tu audiencia encantado -comentó.

-Mejor no -contestó, colgándolo de nuevo en la percha.

Él se encogió de hombros.

-No puedes regañarme por intentarlo. ¿Qué tal el día?

-Igual que el resto de la semana -su tono era sarcástico, pero no podía evitarlo-. Largo. Agobiante. Sin intimidad.

-No se puede evitar-dijo, compasivo.

-Supongo que no.

Irritada por nada en concreto, recogió las notas de entrega de la mercancía que habían clasificado y las ordenó en un montón sobre al mostrador.

-Tengo algo que enseñarte -dijo Josh.

Ella se entretuvo con un clip sólo por tener las manos ocupadas.

-¿Ah, sí?

-Lo he dejado en el despacho. Ven a verlo.

Paige lo siguió hasta allí, y él hizo un gesto hacia el cuadro que habían retocado con el collar.

-¿Qué te parece?

Con el corazón golpeándole contra el pecho, Paige dio un paso hacia el retrato.

-Yo... bueno... ¡guau! --exclamó, como única forma de reflejar su impresión. El parecido era sorprendente, increíble... ¡qué pretencioso quedaba colgado en su despacho! Pero eso era lo que Carranza esperaba, según le había dicho Josh.

-Y ahora, ¿qué hacemos? -le preguntó, apartando la vista de aquel retrato tan sumamente sensual y tan fuera de sitio.

La sonrisa de Josh era triste.

-Filtraremos la información sobre el retrato con el collar Ivanov y esperaremos a que Carranza mueva pieza.

No tuvieron que esperar mucho.

El jueves de la semana siguiente, Paige recibió una llamada del agente que había contratado para vender la tienda en la que le confirmaba que un tal Víctor Carranza estaba interesado en comprar Wild Rose para su novia y que quería conocerla personalmente. Sabía que era todo una trama para acercarse a ella y calibrar la situación, de modo que, tal y como Josh le había dicho, se citó con él veinticuatro horas después, el viernes por la tarde.

Creía estar preparada para aquel momento, Josh se había pasado el fin de semana poniéndola al corriente de los varios escenarios en los que podía desarrollarse la entrevista y cómo enfrentarse a las preguntas que sin duda Carranza iba a hacerle. Incluso tenía una diminuta pistola de un solo disparo que Liz le había prestado para utilizar en caso de extrema urgencia y que había guardado en el cajón superior de la mesa de su despacho, a pesar de que la idea de tener que recurrir a la violencia le revolvía el estómago.

Todo el mundo estaba en su puesto para el encuentro de aquella tarde. Habían colocado un micrófono en el despacho de Paige para que Josh y otro detective pudieran escuchar la conversación desde una furgoneta de vigilancia aparcada un par de calles más abajo. Como precaución adicional, otros dos agentes de paisano vigilaban desde el café de al lado de la tienda.

-Ha llegado la visita de las dos, Paige - anunció Liz alegremente y con una sonrisa, pero sus ojos le ofrecieron el apoyo que Paige tanto necesitaba para pasar por aquella pesadilla.

Ocultando tras una sonrisa la ansiedad que bullía en su interior, se levantó de la silla.

-Gracias, Liz.

Liz miró brevemente hacia la puerta abierta, y Paige interpretó el gesto como señal de que algo había cambiado en el plan previsto, ¿pero qué?

Liz salió inmediatamente. Tal y como habían acordado aquella mañana, un tope decorativo mantendría la puerta del despacho abierta de modo que Liz pudiera calibrar la situación desde fuera, y agradecida por aquella otra medida de seguridad, Paige se acercó al hombre implacable que había mandado asesinar a su marido, un hombre que estaba dispuesto a recuperar un collar que valía un millón de dólares a cualquier precio.

No tenía el aspecto siniestro que ella se había imaginado. Era un hombre alto y más delgado de lo que ella se había imaginado. Tenía el pelo y los ojos negros y su mirada, aunque aguda y ávida, irradiaba calor, igual que su benevolente sonrisa. Parecía un hombre amable, rico sin duda, y muy... normal. Igual a otros hombres de negocios que había conocido.

Carranza le ofreció la mano.

-Paige Montgomery, ¿verdad? -dijo con una voz profunda y agradable.

-Así es -no quería tocarlo, pero ignorar su mano habría sido inaceptable-. Me alegro de conocerlo, señor Carranza.

Sus ojos brillaron con la clase de encanto destinado a cautivar a una mujer que no se lo esperara. Afortunadamente, Paige sabía lo bastante para no confiar en él.

-Teniendo en cuenta que vamos a hacer negocios juntos, llámeme Víctor, por favor.

Paige sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

-Espero que la tienda le haya gustado.

-Me temo que no es a mí a quien debe impresionar -e inclinándose hacia delante al tiempo que le guiñaba un ojo, añadió-: He traído a la crítica conmigo.

Antes de que hubiese podido descifrar ese comentario, una mujer con los movimientos de un gato entró en la habitación. Llevaba un ceñido vestido rojo que realzaba todas sus curvas desde el pecho a los muslos. Sus piernas parecían interminables, sensación acrecentada por los tacones de aguja. Un collar de rubíes y diamantes, demasiado extravagante para aquella hora del día, le adornaba el escote, junto con unos pendientes a juego y la pulsera que adornaba su muñeca. En contraste, Paige se sintió como una especie de matrona anticuada con su traje de chaqueta beige.

Aquello era de lo que Liz trataba de avisarla. Incluso antes de que Víctor se la presentara, Paige sintió su estómago arder por la certeza de saber quién era aquella mujer.

-Ah, ya estás aquí, cariño -le dijo Víctor-. Te presento a la propietaria de Wild Rose -esperó a que la mujer estuviese a su lado para hacer las presentaciones-. Paige, te presento a mi novia, Bridget Piroux.

Paige intentó desesperadamente mantener la compostura y actuar como se esperaba de ella, lo cual no era nada fácil. Era curioso que cuando antes se había imaginado aquel momento, esperaba sentir celos, o alguna otra emoción violenta, pero lo único que sintió fue rabia por el engaño de Anthony. Aquella mujer era la prueba de que

su matrimonio no había sido más que una farsa basada en mentiras y engaños.

Sonrió como pudo, pero no le ofreció la mano.

-Me alegro de conocerla.

La otra mujer inclinó levemente la cabeza y su cabello rubio se movió como lo haría el agua en una cascada y la miró de arriba abajo con sus exóticos ojos verdes. Tenía una boca de labios generosos que llevaba pintados del mismo tono que el vestido, y cuando hubo terminado el estudio, sonrió.

-Un placer -ronroneó.

-¿Qué te ha parecido el lugar, cariño?

Bridget se colgó del brazo de Víctor y se apretó tanto contra él que a punto estuvieron de salírsele los pechos por el escote.

-¡Absolutamente encantador! -contestó, interpretando a la perfección el papel de amante mimada-. La tienda tiene clase y la ropa más estilo del que esperaba. ¡Sería como tener un armario enorme lleno de ropa!

Víctor buscó una mano que se había deslizado íntimamente bajo su chaqueta y la sacó a la luz.

-¿Cuánto tiempo crees que llamará tu atención antes de que vuelvas a aburrirte?

Ella se echó a reír y arañó con una uña carmesí el delantero de su camisa.

-¿Eso importa, cariño, siempre que me mantenga ocupada durante el día mientras tú

trabajas?

-No, supongo que no -suspiró, y miró a Paige encogiéndose de hombros, como quien es incapaz de resistirse a los deseos de aquella mujer-. Supongo que tendremos que hablar de cifras.

Paige rogó por que su sorpresa no se reflejara en la cara. La verdad era que no había pensado que el interés por la tienda fuese más allá de unas cuantas preguntas. Y lo más curioso era que ninguno de los dos había mirado el cuadro ni una sola vez. ¿Cuál sería el verdadero motivo de su visita?

-Muy bien --contestó, e hizo un gesto hacia unas sillas y una mesa redonda que ocupaban un rincón del despacho-. Siéntense, por favor, y hablaremos del precio y las condiciones.

Víctor se acomodó en una de las sillas, pero Bridget caminó hasta la otra pared del despacho, exactamente donde estaba colgado el cuadro, y se detuvo junto a una caja llena de catálogos, revistas especializadas y otras publicaciones del sector; después, abrió un grueso libro de moda y lo hojeó.

-Me temo que no le gustan demasiado los detalles de los negocios. Siempre deja la decisión final en mis manos -explicó Carranza.

-Comprendo.

Le vio desabrocharse el botón de su traje italiano y recostarse en la silla.

-Primero me gustaría preguntarle por qué quiere vender la tienda.

La pregunta la pilló algo desprevenida, aunque intentó mantener la calma. -¿Disculpe?

-Lo siento. No pretendía ser tan brusco - se disculpó-, pero lo que me gustaría saber

es si Wild Rose es una inversión segura.

-Los beneficios son bastante aceptables.

Bueno, la verdad es que la tienda funciona muy bien -no estaba segura de adónde iba a conducirle aquella conversación, así que intentó mantener un aire decididamente profesional-. Puedo pedirle a mi contable que le envíe una copia del balance si lo desea.

-Si es tan solvente, ¿por qué quiere deshacerse de ella? -preguntó, como si no hubiese oído su última frase o prefiriera otra clase de información-. ¿Hay algo que debamos haber, una razón que la esté empujando a... deshacerse de la tienda?

Paige estaba empezando a encontrar aquella conversación tremendamente extraña; como si Carranza tuviera un interés real en la tienda, lo cual era ridículo. Aquellas preguntas no eran lo que ella se había imaginado, y la realidad no valía como respuesta. -Piensa en algo pretencioso y digno de una mujer mimada como se supone que eres. Eso es lo que esperan de ti.

-No, no tienen de qué preocuparse -dijo, añadiendo una frívola sonrisa-. Simplemente la tienda es una responsabilidad que ya no quiero tener. Hace poco que he quedado viuda y he pensado que quiero viajar un poco.

Directamente a Connecticut..

-¿Sola?

Su sonrisa era afable, su tono relajado, pero había algo en la profundidad de sus ojos que la estaba poniendo nerviosa... como si lo que pretendiera averiguar fuese si era de verdad la mujer ostentosa que se suponía que era, más que cualquier detalle sobre la tienda.

Por el rabillo del ojo, vio cómo Bridget los observaba.

-Bueno, no exactamente -mintió.

El hombre apoyó los codos en los brazos de la silla y unió los dedos.

-¿Compañía masculina, entonces? -preguntó.

Su audacia la sorprendió.

-Señor Carranza -dijo con firmeza, intentando reconducir la conversación-. No sé qué pueden tener que ver mis planes de viaje con su interés en la tienda...

Él levantó una mano y pareció disculparse.

-Lo siento. Me temo que a veces dejo que la curiosidad me empuje a hacer demasiadas preguntas. Es usted una mujer preciosa, y he dado por sentado que tendría un acompañante.

Por fin, Paige cayó en la cuenta de cuál era la razón de tanta pregunta. Habían oído que Josh era su amante y quería confirmarlo.

Él se encogió de hombros como quien olvida toda la conversación.

-Hablemos de negocios entonces. ¿Qué pide por la tienda?

Le dio el precio que había estimado que valía Wild Rose y pasaron los siguientes quince minutos discutiendo los términos de la venta. Lo trató como lo habría hecho con cualquier otro posible comprador mientras Bridget continuaba estudiando el despacho. En un momento dado, Liz pasó junto a la puerta con un montón de ropa en los brazos y miró rápidamente hacia el interior del despacho, lo que ofreció a Paige una cierta dosis de seguridad y tranquilidad.

Cuando no quedó nada que discutir salvo la oferta, Carranza se levantó y volvió a abrocharse la chaqueta.

-Antes de tomar una decisión, me gustaría discutirlo con mi asesor.

Aquel no podía ser el final de la visita. Era una estrategia desconcertante. Le entregó una tarjeta de visita.

-Llámenme si usted o su asesor necesitan hacerme alguna otra pregunta.

-Estoy seguro de que no tardará en tener noticias nuestras.

Su sonrisa tenía más connotaciones que sus palabras.

-Cariño, fíjate en este cuadro -exclamó Bridget.

Paige y Víctor se volvieron al unísono y vieron a Bridget delante del retrato, con los ojos brillantes de excitación.

¡Por fin!, pensó Paige.

Víctor se acercó con las manos en los bolsillos del pantalón para examinar el retrato.

-Es sencillamente exquisito -dijo, y su sonrisa le puso a Paige la carne de gallina.

-Quiero ese collar para completar mi colección -dijo Bridget.

Él se frotó la barbilla como si meditara su exigencia.

-Gatita, no puedes tener todo lo que quieres.

Su expresión se volvió herida.

-Tengo de todo excepto esmeraldas, y me dijiste que, cuando encontrase algo que me gustara, me lo comprarías, costara lo que costase. Éste es el collar que quiero.

Carranza miró a Paige, fingiendo estar exasperado con el comportamiento de su novia, pero no lo bastante como para negarle el capricho

-¿Le importa si le pregunto dónde compró ese collar?

Paige sintió que el corazón le latía tan fuerte, que temió que él pudiera verlo por encima del traje. Se acercó a donde estaban ellos y se obligó a recordar las respuestas que Josh le había hecho memorizar.

-Es que no lo compré yo -dijo, sorprendida de que su voz pareciese normal-. Tras la muerte de mi marido, encontré el collar guardado en una caja fuerte que tenemos en casa. Lo más probable es que fuera un regalo que no tuvo oportunidad de darme.

-¿Cuánto quiere por él? -preguntó Bridget imperiosamente.

Paige la miró a los ojos y se preguntó qué habría visto Anthony en ella para arriesgar así su vida.

-Lo siento, pero no está en venta.

La mirada de la otra mujer se volvió glacial.

-Todo tiene un precio, y Víctor estará encantado de pagarle el suyo.

-Vamos, gatita -empezó Carranza, dándole unas palmadas en el brazo-. Si no está en venta...

-¡Lo quiero! -declaró enfadada, y dando media vuelta, salió del despacho.

Paige inspiró profundamente, un poco asustada por el brillo implacable que había visto en la mirada de Bridget. Sabía que la rabieta había sido una interpretación, pero su rencor le había parecido tan real...

Tras un momento, Víctor miró a Paige como si quisiera decirle que la petulancia de su novia era algo a lo que estaba acostumbrado.

-Es que cuando algo se le mete en la cabeza, no para hasta que lo consigue. Quizás reconsideraría usted lo de vendernos el collar.

Paige sentía en llamas el estómago.

-He de confesar que sospecho que el collar es falso, y no tan valioso como su novia parece pensar.

-¿De verdad? ¿Lo ha llevado a examinar?

-No, pero sé que mi marido no habría podido permitirse comprar un collar como ése si las piedras fueran auténticas.

-Ya - Víctor analizó el retrato una vez más-. ¿Le importaría si mi tasador le echase un vistazo? Estaría dispuesto a ofrecerle el precio del mercado más un treinta por ciento, tanto si es falso como si no.

Y sin duda, su tasador llegaría a la conclusión de que las piedras eran falsas y por tanto que valían más que unos cientos de dólares, una transacción fácil por un collar que valía más de un millón de

dólares. Sin asesinatos, sin complicaciones, sin encuentros con la policía. Sintió la tentación de acabar así, sin más, pero en el fondo sabía que no era una opción.

-Es una oferta muy generosa por su parte, pero de verdad no creo que...

-Mire, comprar ese collar cueste lo que cueste me ahorrará un montón de problemas con Bridget -sonrió-. Vamos a hacer una cosa: el próximo sábado doy una cena en mi finca de Keys. ¿Por qué no se une a la fiesta? Tengo una casita de invitados que podría utilizar sin problemas durante el fin de semana.

-Lo siento, pero es que... -el miedo la atenazó al pensar que tendría que pasar aunque fuesen sólo unas horas en casa de aquel hombre y utilizó la primera excusa que se le vino a la cabeza- ... es que salgo con alguien, y no creo que le gustase que fuera a esa fiesta sin él.

-Él también está invitado, por supuesto - sugirió-. Mi tasador estará allí. Traiga el collar y haré que él lo examine para que el acuerdo al que lleguemos nos satisfaga a ambos -le guiñó un ojo y sin darle tiempo a rechazar la invitación, añadió-: me pondré en contacto con usted para darle la dirección de la finca.

Lo vio salir del despacho, oyó su voz mezclarse con la de Bridget y después el timbre de la puerta al salir. Vagamente se dio cuenta de que no le había dejado tarjeta de visita, ni número de teléfono, ni ninguna otra forma de ponerse en contacto con él. Era como una araña atrapada en su propia tela, y entregarle el collar sería la única forma de escapar.

Se quedó allí de pie, en medio del despacho, temblando de pies a cabeza. Todo había salido tal y como habían planeado, excepto el hecho de que ella no quería tener que llevar aquel maldito collar, ni formar parte de aquella peligrosa intriga, por mucha protección que Josh le prometiera.

Pero no tenía otra opción, y darse cuenta de ello la puso tan nerviosa que la sangre empezó a hervirle en las venas. Cuando Liz entró a preguntarle si estaba bien, bramó que no, que no lo estaba. Que no tenía control sobre aquella situación ni sobre su vida en aquel momento, y se lamentó por el engaño de Anthony y la ferocidad de Carranza.

Liz intentó razonar con ella, pero en aquel momento no podía ser racional. No cuando todo su futuro pendía de un hilo.

A los diez minutos de la marcha de Carranza, llegó Josh a la tienda, sin duda tras haber oído la forma en que había contestado a Liz.

-Déjanos unos minutos a solas, Liz -le ordenó al entrar en el

despacho, con la mirada fija en Paige.

-Claro -contestó, aliviada, y cerró la puerta al salir.

Josh se acercó a Paige y apoyó las manos en sus hombros.

-Lo has hecho muy bien, Paige.

-¿Que lo he hecho muy bien? -estaba a punto de saltar-. ¡Pero si he estado cara a cara con la mujer con quien Anthony tuvo una aventura y con el hombre que le hizo matar! -no tenía que explicarle nada de la conversación porque él la habría oído íntegra desde la furgoneta de vigilancia-. ¿Qué le va a impedir asesinarme a mí también?

Algo oscuro y peligroso brilló en sus ojos antes de desaparecer.

-Lo único que quiere es el collar, y nos vamos a asegurar de que lo tenga para poder

procesarlo. Estamos exactamente donde queríamos estar.

-Querrás decir que tú estás exactamente donde querías estar -espetó, apartándose de él-. ¿Es que no hay otra forma de hacerlo?

-No -aunque su tono era comprensivo, su voz impedía cualquier otra objeción-. Él sabe que tienes el collar, y a juzgar por lo que ha dicho, pretende hacerse con él, con o sin tu colaboración. Yo prefiero que cooperemos, lo que quiere decir que hay que aceptar su invitación.

Paige lo miró durante un instante queriendo protestar, queriendo negarse, pero no lo hizo. Sabía que sería inútil.

-Está bien -dijo, y se acercó a su mesa para meter unos cuantos expedientes en la cartera. Sus movimientos eran bruscos-. Y ahora, si no te importa, ha sido un día muy largo y me gustaría que me llevases a casa.

En cuanto Josh aparcó el coche en el garaje, supo instintivamente que algo no iba bien, y se volvió a Paige que se estaba quitando el cinturón de seguridad para sujetarla por un brazo.

-Quiero que te quedes en el coche con el motor en marcha y que cierres las puertas - dijo, intentando no asustarla-. Y colócate en el asiento del conductor en cuanto salga yo.

-Josh, ¿qué ocurre?

-La alarma de la casa está desconectada - la luz roja del indicador estaba apagada-. Quédate aquí. Voy a echar un vistazo.

-No, Josh -le dijo, con miedo en la voz.

-No pasará nada -la tranquilizó-, pero si ves a alguien a quien no conozcas, quiero que te marches y llames a la policía por el teléfono móvil.

Antes de que pudiera decir nada, salió del Volvo y desenfundó su

arma para entrar sigilosamente en la casa. El interior estaba entre dos luces y en silencio.

Encendió una luz en la pared del salón y lanzó un áspero juramento. La casa había sido saqueada. Los sofás estaban patas arriba, los cojines y almohadas destripadas, los armarios y cajones revueltos y su contenido tirado por el suelo, los cuadros habían sido arrancados de las paredes y las lámparas estrelladas.

Todas las habitaciones estaban igual, destrozadas en la búsqueda del collar Ivanov. Carranza sabía que Paige tenía el collar y había enviado a sus hombres para buscarlo. Pero no habían podido encontrarlo.

No podían quedarse allí aquella noche, así que buscó su bolsa en el dormitorio de Paige y metió las cosas personales de ambos para irse a un hotel hasta que se buscaran todas las huellas en la casa y se limpiara.

De pronto, todo su cuerpo se tensó al oír un ruido en la habitación de al lado. Dios, ¿estarían allí aún? Entonces le llegó a los oídos otro sonido como ahogado y sintió que el vello de la nuca se le erizaba.

Pensó en Paige, sentada sola en el coche, y en la posibilidad de que los hombres de Carranza pudieran hacerle daño y, con la adrenalina volándole por las venas, retrocedió hacia la entrada en silencio. Otro sonido llegó a sus oídos, y giró rápidamente en la última esquina con el dedo en el gatillo y apuntando... directamente al corazón de Paige.

-Por Dios, Paige, ¿puede saberse qué te ha pasado para que hayas hecho semejante estupidez? -rugió Josh en la habitación del pequeño hotel en la que iban a pasar la noche-. ¡Podría haberte matado!

Paige lo miró muy seria, pero no se movió de la puerta de la habitación que él había cerrado con llave y con cadena. La tensión que irradiaba Josh era casi tangible, y aunque no le intimidaba su tono de voz, tampoco quería meterse en el ojo del huracán.

Había sido horrible encontrarse la casa en aquel estado, y aún más ver la pistola de Josh apuntándola al corazón, pero ahora que la sorpresa había pasado, se sentía enfadada, violada y sin humor para aguantar otro de los sermones de Josh.

-Te pedí que esperases en el coche - continuó furioso, tras haber controlado la rabia mientras hablaba con el capitán, con los agentes que iban a tomar huellas y hasta con el encargado de la recepción del hotel cuando ella había cambiado la habitación por otra con dos camas, pero ahora parecía decidido a soltar toda la rabia contenida como una tormenta tropical-. ¿Por qué no pudiste obedecer? No era tan difícil.

Paige no tenía más que dos opciones: o dejar que la histeria que hasta aquel momento había podido controlar saliera al exterior, o responderle como se merecía. Como lo primero no le serviría de nada, se decidió por lo segundo.

-Entré en la casa porque tardabas muchísimo y estaba preocupada por ti --dijo, altanera.

-¿Preocupada por mí? -su voz tenía un tinte de incredulidad evidente-. ¡El que lleva pistola y está entrenado soy yo, Paige! ¿Qué habrías hecho si alguno de los hombres de Carranza te hubiera atacado al entrar en la casa?

Ella también lo había pensado, sobre todo al ver el arma de Josh apuntándola. Tragándose el ácido que sentía en la boca junto con los amargos recuerdos que le traían aquellas imágenes, le ofreció la única respuesta que se le ocurrió.

-Liz me ha enseñado algunas maniobras de defensa personal.

Su risotada fue áspera.

-Ninguna táctica de defensa personal podría protegerte de los hombres de Carranza, créeme. Podrías haberle dejado fuera de combate durante unos segundos, pero no habría tardado nada en alcanzarte -un brillo peligroso centelleó en sus ojos-. Y mejor que ni siquiera imagines lo que te haría cuando volviese a encontrarte.

Las palabras brutales de Josh junto con su tono agrio y su sombría expresión la dejaron helada. Estaba intentando asustarla para que nunca dejase de obedecer, pero todo lo que acababa de decirle ya se lo había imaginado ella antes.

-No hay nada que impida que esos hombres me ataquen en cualquier lugar y en cualquier momento.

-Yo sí se lo impediría -replicó-. Pero me lo pones muy difícil si ignoras mis órdenes. Te pido que hagas las cosas por alguna razón, Paige, y no para controlarte ni manipularte.

La insinuación escondida tras sus palabras, tan cuidadosamente escogidas, no le pasó desapercibida. Sólo le había faltado añadir «como Anthony» al final de la frase.

-Como lo de esta noche -continuó-. Te pedí que esperases en el coche simplemente para saber dónde estabas y que tuvieras la oportunidad de salir viva si algo iba mal. ¿Y qué haces tú? ¡Abandonar la seguridad del coche, entrar en la casa y arriesgarte a llevarte una bala! -la estaba taladrando con la mirada-. ¿Cómo voy a poder hacer mi trabajo, o sea, protegerte, si no me dejas?

Paige intentó por todos los medios mantener la calma y no perder la capacidad de raciocinio, pero el control sobre sus emociones estaba empezando a fallarle. La intensa presión a la que llevaba todo el día sometida pudo con ella y la adrenalina le dio la fuerza suficiente para expulsar todo el estrés.

-Es mi vida la que está patas arriba. ¿Cómo crees que me siento? -aquella explosión parecía haberle pillado desprevenido y Paige aprovechó la oportunidad-. No he tenido un momento de intimidad desde hace semanas, y ni una sola noche he podido descansar en condiciones desde que todo esto empezó. He tenido que estar cara a cara con la amante de mi marido y su asesino, que quiere que le devuelva un collar que yo le regalaría encantada sólo para poner fin a esta pesadilla. Mi casa ha sido saqueada porque alguien entró a buscar algo que yo no tengo, destrozando lo poco que estimaba en ella. ¿Cómo crees que me siento? ¡Pues me siento violada! ¡Han irrumpido en mi casa, en mi vida!

Mientras daba rienda suelta al dolor y la tensión de todas aquellas semanas, había ido avanzando hacia él hasta que quedaron a apenas un paso el uno del otro. El corazón le latía aceleradamente y tenía los puños apretados.

-¡Y para colmo, por segunda vez en mi vida, alguien me ha apuntado con un arma, y es algo que me revuelve el alma!

La ira desapareció de su expresión.

-¿Qué has dicho?

¿Acaso habría ignorado todo lo que le había dicho?

-¡He dicho que es algo que me revuelve el alma! -repitió.

Josh frunció el ceño.

-Esa parte la he oído perfectamente bien -la única iluminación de la habitación partía de una pequeña lámpara colocada sobre la mesilla que separaba las dos camas-. Me refiero a lo del arma.

Paige se sintió de pronto demasiado cerca, sobre todo teniendo en cuenta que podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo y oír su respiración. Incluso su mirada parecía haber adquirido una calidad táctil.

Había dicho más de lo que pretendía, de modo que intentó alejarse de él para escapar a una conversación que no quería mantener, pero él se lo impidió.

-Maldita sea, Paige -masculló-. ¡Has sido tú quien ha sacado el tema, así que espero una respuesta!

Paige se soltó de su mano y se sentó en el borde de la cama.

-La última noche que Anthony pasó en casa, estaba hecho un manojo de nervios -refirió con un suspiro-. No dejaba de dar vueltas por la casa, de revisar una y otra vez que las puertas y las ventanas estuvieran cerradas, y que la alarma estuviese conectada -miró a Josh con una sonrisa burlona-. Al menos ahora ya sé por qué tantas precauciones.

Josh se apoyó contra la puerta del armario y se cruzó de brazos.

-Sigue.

-A la mañana siguiente, lo encontré dormido en el sofá, pero sentado y con el arma sobre las piernas. Al intentar despertarlo, dio un respingo y me apuntó al pecho con la pistola. Tenía los ojos enloquecidos y yo sólo pude quedarme inmóvil, esperando que disparara -reía que aquel recuerdo le dolería, pero sólo se sintió vacía-. Y en aquel momento, me di cuenta de que mi marido era un extraño para mí.

Josh no dijo nada, pero las palabras no eran necesarias cuando su expresión lo decía todo.

Los labios se le habían quedado resecos y se los humedeció.

-Jamás llegó a disculparse por haber estado a punto de matarme; en aquel momento, se limitó a gritarme que nunca volviera a despertarlo así. Fue entonces cuando supe que todo había terminado entre nosotros.

-Y fue también cuando decidiste pedir el divorcio.

-Sí -la tensión volvía a apoderarse de ella y se levantó a caminar por la pequeña habitación-. Ya le había pedido el divorcio unos seis meses antes de ese incidente, y él no quiso concedérmelo.

-No creo que Anthony pudiera impedirte hacer algo que tú de verdad quisieras hacer - dijo con una nota de extrañeza en la voz-. ¿Qué te hizo quedarte?

Seguía llevando el mismo traje de chaqueta beige que llevaba por la mañana y estaba empezando a sentirse agobiada, así que se quitó la chaqueta. Llevaba una camisola de seda beige debajo.

-Pensé que si se daba cuenta de yo estaba dispuesta a hacer el esfuerzo, él también lo haría -admitió. Qué inocente había sido-. Y lo único que conseguí fue que, si acaso, nuestro matrimonio empeorase. Poco después de aquel enfrentamiento, encontré pruebas de que estaba teniendo una aventura, pero él, por supuesto, lo negó dobló la chaqueta y la colocó en una de las sillas-. La tensión entre nosotros creció hasta que yo ya no pude soportarlo más. El incidente con la pistola fue la gota que colmó el vaso.

Josh masculló un juramento entre dientes y se pasó una mano por la mandíbula.

Ella se encogió de hombros, ya que había tenido muchos meses para acostumbrarse a la verdad. Una de las pruebas más significativas de su infidelidad era que dejó de hacerle el amor; ni siquiera la tocaba.

Los pies le dolían, así que se quitó los zapatos y los dejó en un rincón de la habitación. -Aquella mañana pensé que sería el final de tanto sufrimiento y tanta tristeza, pero parece ser que no era más que el comienzo.

-Paige... -susurró, y avanzó hacia ella.

-No.

-¿No qué?

-Pues que no te atrevas a disculparte, porque en este momento no significaría nada para mí cuando mi vida está colgando en algún punto entre la supervivencia y el infierno -la culpabilidad que vio aparecer en sus ojos le confirmó que le había interpretado bien-. No querría estar atrapada en esta situación, pero me veo forzada a ella por Anthony. Estoy cansada de tener que mirar todo a mi espalda y de que la gente me diga lo que tengo que hacer.

Dio de nuevo un paso hacia ella, pero no avanzó más al ver cómo lo miraba.

-Paige...

-Ya sé que no tengo alternativa -adivinó-. Que nada de todo esto terminará hasta que el caso esté cerrado, pero saberlo no me alivia. Ya tuve bastante de esta clase de cosas mientras estuve casada con Anthony; me refiero a la incertidumbre y al miedo. Pensé que todo ello se iría a la tumba con él, y que podría seguir adelante con mi vida

y recuperar de algún modo la normalidad. Pero ahora todo se está desmoronando a mi alrededor, y no puedo hacer nada para evitarlo -la voz le falló, pero ella intentó mantener la compostura-. Ni siquiera tengo casa donde vivir.

-Los detectives necesitarán unos cuantos días para buscar pruebas, aunque yo dudo mucho que las encuentren, pero la casa volverá a estar en orden pocos días después. Podrás volver a finales de la semana que viene.

Ella arqueó las cejas.

-¿De verdad crees que voy a querer volver allí, después de lo que ha pasado? No puedo volver porque nada volverá a ser lo mismo. Ya fue malo cuando encontraste la caja fuerte escondida, pero ahora que alguien ha entrado en mi casa, ha toqueteado mis cosas y lo ha mancillado todo...

-Lo sé -contestó como si comprendiera, pero no parecía saber qué hacer con aquella incertidumbre.

-Y como no voy a ser capaz de pasar ni una sola noche en esa casa, contrataré a alguien para que embale todas mis pertenencias excepto las cosas más necesarias, y las envíe a casa de mi hermana. Una vez haya terminado todo esto, me marcharé, Josh. Una vez le hayas puesto las esposas a Carranza, tomaré el primer vuelo para Connecticut.

Él la miró con tanta ternura, con tanta intensidad...

-De verdad me gustaría que reconsideraras tus planes, Paige.

Estaba mostrándole sus emociones y eso fue lo que casi acabó con ella. Fue horrible sentir el flujo de lágrimas arderle en los ojos y constreñirle la garganta. Fue incapaz de hablar, lo cual fue casi mejor porque no quería herirlo más, y de ninguna manera iba a ofrecerle falsas esperanzas de un futuro juntos. Su situación estaba ya condenada por un sinfín de razones, todas unidas a Anthony. Él los había unido, y él los separaría.

Necesitaba estar sola para dar rienda suelta a las emociones que ya no conseguía controlar, así que huyó al único lugar que le proporcionaba algo de intimidad: el baño.

Sentado en su cama deshecha, Josh estuvo viendo dormir a Paige en las horas del amanecer. No podía recordar cuándo la había visto tan tranquila. Estaba arrebatadoramente hermosa, con el pelo alborotado alrededor de la cara y los labios esbozando una plácida sonrisa. Era sólo una ilusión, y lo sabía, porque en cuanto se despertara, la realidad le robaría aquella tranquilidad.

Pero hasta ese momento, estaba decidido a disfrutar de algo tan sencillo como contemplarla y dejar que su imaginación se perdiera en ensoñaciones.

El aire acondicionado de la habitación sólo servía para emitir un ruido infernal, de modo que habían optado por desconectarlo. Por lo tanto, hacía bastante calor y Paige se había quitado las sábanas.

Como la noche anterior no había recogido ropa para ella, le había ofrecido una de sus camisetas para dormir, y la prenda se ceñía a sus formas con increíble nitidez.

La vio suspirar y volverse de lado, y las formas suaves de sus pechos coronados de unos pezones redondos y oscuros como granos de café se rozaron en el algodón de la camiseta. La boca se le estaba haciendo agua y la sangre se le estaba concentrando toda en el vientre.

Dios... tenía que poner fin a aquella tortura, así que se dejó caer en el colchón, cerró los ojos e intentó concentrarse en algo que no fuese el lujurioso cuerpo de Paige, su calor, entonces la oyó gemir, casi como si sus sueños estuvieran en conexión con lo que él estaba pensando.

Y no debería sorprenderle. Siempre habían tenido una conexión especial que ambos habían disfrazado de amistad por su matrimonio con Anthony. Pero esa unión tan especial siempre había estado allí, incluso estando ella fuera de su alcance. Una línea invisible se había trazado entre ellos desde le momento en que Anthony le puso la vista encima y la reclamó como suya.

Él estaba presente aquella fatídica noche y recordaba a la perfección los hechos que habían alterado definitivamente la vida de Paige.

Había venido a Miami con su hermana, Valerle, para pasar unas largas vacaciones de verano, dispuestas a tumbarse al sol durante el día y a disfrutar de la animación nocturna de la zona. Cuando vio por primera vez a Paige en el club nocturno al que Anthony le había convencido de asistir, lo primero que le llamó la atención fue su belleza natural. Sobresalía por encima del resto de mujeres muy maquilladas y vestidas con ropas muy ajustadas. Esa clase de mujeres eran más del estilo de Anthony, pero él nunca las había encontrado atractivas, lo cual hizo que la cara lavada de Paige y su vestido largo le llamasen más la atención.

Desgraciadamente, Paige llamó también la atención de Anthony, aunque Josh no llegó a imaginarse hasta qué punto había despertado su interés. En un principio, creyó que la naturaleza competitiva de Anthony era lo que le había empujado a aquella cacería... Paige nunca

sabría que él había sido el primero en dejar la barra del bar para acercarse a ella, y que Anthony le ganó sólo por la mano. Antes de que él pudiese reaccionar, su amigo había pedido una botella de vino de la misma clase que Paige bebía e iba a ofrecérsela en persona.

Josh no se molestó en competir con él. Ya lo había visto en otras ocasiones desplegar todo su encanto con las mujeres y sabía suficientemente bien que no tenía ni una sola oportunidad, de modo que se limitó a ver cómo su amigo obraba su magia para seducir a aquella mujer, sabiendo que el interés por ella terminaría por desvanecerse, tal y como le había pasado con todas las demás mujeres con las que había salido.

Pero en aquella ocasión fue distinto. En aquella ocasión, Anthony tenía una motivación que ni siquiera él podía haberse imaginado. Tres meses más tarde, había conseguido que Paige dejase Connecticut y se casara con él en una ceremonia religiosa a la que asistieron en torno a las trescientas personas. Un año después de la boda, la obsesión de Anthony por Paige quedó clara: él nunca había querido tener una esposa sino una posesión, alguien dulce y saludable que encajase en su percepción de tenerlo todo. Ambición. Poder. Dinero. Y una hermosa mujer que colgarse del brazo cuando fuese necesario.

El interés de Anthony disminuyó, como ocurría siempre, dejando a Paige desilusionada, confusa e intentando comprender qué había ido mal. Y lo único que Josh pudo hacer fue ofrecerle su amistad y su apoyo, cuando en realidad hubiera querido darle mucho más.

Abrió los ojos y con la vista clavada en el techo manchado por las goteras se preguntó, y no por primera vez, si las cosas habrían sido distintas de haber aceptado el desafío de Anthony y haber intentado conquistar a Paige. No le cabía la menor duda de que se hubiera enamorado de ella, como tampoco la tenía de que se habría casado con ella. A aquellas alturas, tendrían al menos un niño, quizás dos...

El estómago le ardía por lo que podía haber sido y no era. Seguía queriendo tener todas aquellas cosas con ella, pero sabía que no tenía muchas posibilidades, teniendo que competir con los recuerdos amargos de Anthony.

Se levantó de la cama sintiéndose frustrado por la manifiesta incapacidad de controlar el futuro. Se acercó a la única ventana de la habitación y entreabrió las cortinas. Las primeras luces del alba teñían el cielo, prometiendo un sábado cálido y soleado. Sería una pena desperdiciar un día tan perfecto encerrados en la habitación de un horrible motel o en la tienda, y sabía sin ningún género de dudas que Paige no estaba preparada para volver a su casa.

Las últimas semanas, habían sido un verdadero infierno para Paige,

y quería ofrecerle una pequeña porción de paraíso para compensarle por la carga que había tenido que soportar. Quería volver a ver brillar la alegría en sus ojos, quería oír de nuevo su risa. Vendería su alma por ver una de sus verdaderas sonrisas.

En la acerca de enfrente vio una pequeña tienda de dulces y la idea que se perfiló en su cabeza le hizo sonreír. Tenía que ponerse en contacto con Reynolds, exponerle sus planes y contar con su aprobación, y como no quería utilizar el teléfono de la habitación para no despertar a Paige, pensó en llamar al capitán desde su teléfono móvil mientras caminaba hasta la pastelería para comprarle a Paige el desayuno, sin dejar de vigilarla desde la calle.

Como no había sido capaz de dormir, se había duchado y vestido con los vaqueros y el polo que llevaba antes, así que tras colocarse el arma bajo el brazo y cubrirla con una ligera cazadora de verano, salió sin hacer ruido de la habitación y cerró con llave.

Cuando volvió diez minutos más tarde, Paige seguía dormida. Ahora que había puesto en marcha su plan, y contaba con la aprobación de Reynolds, estaba ansioso por ponerse en marcha.

Dejó una taza de café recién hecho sobre la mesilla junto con un bollo de crema y canela que olía a las mil maravillas, y agachándose junto a Paige, movió el aire para que aquellos deliciosos aromas le llegasen cuanto antes.

Ella inspiró profundamente y vio temblar las aletas de su nariz.

Sonriendo, volvió a mover el aire.

Paige gimió.

Una vez más, y ella abrió por fin los ojos.

-Buenos días, bella durmiente -murmuró.

-Lo era hasta que me has despertado -protestó con una sonrisa y estirándose perezosamente-. Estaba teniendo un sueño maravilloso.

El se echó a reír, recordando sus ensoñaciones de antes.

-¿Estaba yo en él? -se atrevió a preguntar.

Ella enrojeció.

-Puede -contestó.

La noche anterior había estado muy enfadada con él, pero aquella mañana no parecía quedar resto de enfado. De hecho, siempre había sido así entre ellos: discutían y pasaban a otra cosa.

Precisamente ese buen humor le animó a aprovecharse de ello.

-A lo mejor puedo convencerte de que me perdones por interrumpir un sueño tan estupendo -colocó las almohadas contra el cabecero y la invitó a recostarse en ellas-. He ido a una pastelería que hay en la otra acera y he traído café y bollos recién hechos.

Paige se apartó el pelo de la cara y al considerar aquel chantaje un

brillo alegre apareció en sus ojos, ofreciéndole un atisbo de la Paige que había conocido hacía tres años.

-¿Cómo eres capaz de aprovecharte de la debilidad de una mujer de este modo?

Josh se sentó junto a ella y le pasó una de las tazas.

-Sólo de la tuya -admitió, y su esperanza de pasar un fin de semana relajado y agradable creció.

-Mm... -exclamó tras tomar un sorbo-. Es delicioso.

Él sonrió.

-Pues espera a probar los bollos -tomó un pequeño trozo de su bollo y se lo ofreció junto a los labios-. Toma un bocado.

La intimidad de aquella situación debía de resultarle un poco extraña a ella, pero después, como si accediese a su desafío, aceptó el trozo de bollo. Al dárselo, Josh rozó deliberadamente sus labios con los dedos para recuperar una miga. Una luz de deseo apareció en los ojos de Paige y él sintió un tremendo calor en el vientre, un deseo encendido que no se molestó en ocultar. Allí, no. En aquel momento, no.

Nunca más.

Sin dejar de mirarla a los ojos, pasó una mano por su nuca y acarició su barbilla con el pulgar mientras, muy despacio, se acercaba a su boca.

Ella no protestó, y Josh rozó suavemente sus labios con la lengua. Paige cerró los ojos y emitió un suave suspiro de rendición que a él le conmovió profundamente. Era tan abierta, tan generosa, tan confiada...

En unos segundos de irreflexión, pensó en hacerle todas las cosas con las que había estado soñando antes y pasarse todo el día haciéndole el amor. Ésa era la voz de su libido, pero racionalmente sabía que ella necesitaba algo más que intimidad física. Tras lo ocurrido el día anterior, lo que más le preocupaba era su estabilidad emocional y no estaba dispuesto a correr el riesgo de sumirla de nuevo en la confusión, de modo que dio por concluido el beso y se separó despacio de ella.

Con los ojos bien abiertos y llenos de luz, Paige se le quedó mirando.

-¿Y esto, por qué? -preguntó, pero no estaba enfadada; sólo sentía curiosidad.

-¡Y yo qué sé! -exclamó-. Pues porque quería hacerlo. Porque tú querías que lo hiciera. ¿Qué otra razón necesito?

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

-Eres un presuntuoso.

Él se encogió de hombros.

-Es que no tengo nada que perder.

Esa verdad se quedó suspendida entre ellos hasta que Paige por fin bajó la mirada. Tal y como Josh había anticipado, ella iba a evitar las cuestiones personales, y él iba a permitírselo. Por el momento.

-¿Cómo te encuentras? -le preguntó, tras tomar un sorbo de café.

Paige tomó otro bocado de bollo.

-¿Comparado con qué?

-Con anoche.

-Agotada emocionalmente hablando - admitió.

Él asintió. Deseaba darle algo que Anthony no le había dado nunca: una disculpa.

-Siento haber perdido anoche los estribos, y siento también el incidente con la pistola.

-Disculpas aceptadas. Y yo siento no haber seguido tus órdenes -una sonrisa aclaró las sombras de su mirada-. Creo que los dos estábamos muy alterados tras lo ocurrido en la casa de la playa, aunque por razones diferentes.

-Es cierto -contestó, y tras una pausa, preguntó-: ¿estás preparada para correr una pequeña aventura?

-¿Estás loco? Ya he tenido aventuras suficientes para llenar toda una vida.

-¿Qué te parecería escaparte conmigo por un par de días?

Su expresión se iluminó como si acabase de hacerle un regalo.

-Lo de huir me suena a las mil maravillas -contestó, pero enseguida frunció el ceño-. ¿Y podemos hacerlo?

-Ya he hablado con el capitán, y siempre y cuando estemos en un sitio en el que pueda ponerse en contacto conmigo, somos libres de marcharnos. Volveremos mañana por la tarde -la animó a tomar otro bocado de bollo-. Podrías llamar a Pam para decirle que se encargue ella de la tienda, y pasarnos por allí antes de salir de la ciudad para que puedas llevarte algo de ropa.

Ella parecía impresionada y aliviada.

-Has pensado en todo, ¿no?

«En todo excepto en cómo hacerte cambiar de opinión para que tengamos un futuro juntos». Ojalá lo que había planeado ya fuese un comienzo.

-Es que se me ha ocurrido que te vendría bien un cambio de escenario.

-Sin duda -sonrió-. ¿Adónde vamos? Que hubiese aceptado sin dudar le produjo una gran satisfacción.

-Es una sorpresa, pero te garantizo que la comida es fabulosa y que

la atmósfera es de total tranquilidad.

-Dios -exclamó, mirando a lo alto-, estaría loca si rechazase algo así.

-Estoy completamente de acuerdo -replicó Josh. Dejó ambas tazas de café sobre la mesilla y le ofreció una mano-. Vamos, perezosa -bromeó.

Ella puso su mano en la de él.

-No te preocupes, que no vas a tener que decírmelo dos veces.

Paige adivinó adónde se dirigían antes de llegar a su destino. Habían tomado la interestatal 95 en dirección norte, habían pasado Fort Lauderdale, Palm Beach y habían llegado a la pequeña ciudad de Júpiter, el lugar al que se habían ido a vivir sus padres tras retirarse. Aquel lugar tan familiar quedaba a poco más de una hora de Miami, pero a medida que se alejaban, el estrés de las semanas anteriores iba desvaneciéndose. Era como si Josh la estuviese llevando a otro mundo en el que pudiera dejar atrás la corrupción que había tocado su vida.

Josh había adivinado con exactitud lo que necesitaba.

-Vamos a casa de tus padres, ¿verdad? -le preguntó.

-Sí -la sonrisa pícara de Josh hizo que el corazón le volase en el pecho. Aquel buen humor le recordaba a otros tiempos más sencillos, antes de que su vida y su matrimonio empezasen a desmoronarse-. ¿Te parece bien?

-Más que bien -contestó.

Le apetecía mucho la idea de ver a los padres de Josh, que tanto le recordaban a los suyos propios, a quienes echaba de menos tremendamente.

La última vez que los había visto había sido con ocasión del funeral de Anthony, al que habían acudido a presentarle sus respetos, y ella les había agradecido enormemente su apoyo. Anna y Nick Marchiano habían asistido también a su boda, y precisamente allí fue cuando ella supo que querían a Anthony casi como un hijo, ya que éste no tenía familia y era un gran amigo de Josh. Y una vez casada, la familia de Josh le había dado la bienvenida con el mismo calor y cariño que dedicaban a su hijo. Solía pensar en ellos como los suegros que nunca había tenido.

Durante su primer año de matrimonio, pasaban muchos domingos y vacaciones en casa de los Marchiano, junto con Josh y sus hermanos. Aquella era una familia grande y muy unida, a la más antigua usanza italiana, y a Paige le habían encantado todos, incluyendo los sobrinos de Josh, quienes le habían concedido el título honorario de tía Paige.

-¿Qué tal están tus padres? -le preguntó.

-Bien, supongo --apartó la mirada un instante de la carretera para mirarla, y a pesar de que llevaba gafas de sol, Paige creyó sentir el calor de su mirada-. Con todo lo que ha pasado estos últimos meses, sólo he venido a verlos dos veces desde Navidad -se lamentó.

-Seguro que tu madre está disfrutando muchísimo de que tu padre

esté jubilado y pase tanto tiempo con ella -comentó.

Josh sonrió.

-Antes se quejaba de que pasaba demasiado tiempo en la comisaría, pero ahora se queja de vez en cuando de que la vuelve loca en casa.

Paige se echó a reír.

-Estoy segura de que lo dice con la boca pequeña.

-Es probable, pero cuando papá la amenaza con volver a trabajar a tiempo parcial, mi madre lo amenaza con divorciarse -movió la cabeza despacio-. El pobre no podría ganar ni en un millón de años.

-No es fácil estar casada con un policía.

-No, supongo que no -contestó él, despacio, como si estuviera eligiendo sus palabras cuidadosamente-. Pero mi madre sabía ya cuál era la profesión de mi padre antes de casarse con él, y ha aprendido a vivir con ello durante más de cuarenta años.

Paige prefirió no contestar a eso. No quería volver a discutir.

Mientras contemplaba el paisaje por la ventanilla, Paige se preguntó cómo habría sido Anna capaz de soportar que los hombres de su familia antepusiesen el trabajo a todo lo demás. Debía de ser una santa. Su marido había trabajado con la policía de Lauderdale toda la vida, y su hijo mayor, Vince, que estaba casado y tenía tres hijos, trabajaba para la policía de Jupiter. Y luego estaba Josh, un detective que se pasaba horas interminables investigando en los escenarios del crimen y siguiendo pistas, y que sacrificaba las reuniones familiares por el trabajo.

El único de los hombres Marchiano que no había optado por trabajar para los cuerpos de Seguridad del Estado era Joel, su hermano de veintinueve años. El más listo de la casa, según Paige, había abierto con un amigo un negocio de alquiler de veleros en St. Lucie.

La hermana mayor de Josh, Tyne se había casado con un contable y vivían en Orlando con sus cinco hijos, y Gina, la más joven de la familia, seguía estando soltera y trabajaba en Tampa. Al menos Anna no tenía que preocuparse por el bienestar de sus hijas.

-¿Y cuándo les has dicho a tus padres que íbamos a verlos?

Josh salió de la Interestatal y tomó una carretera secundaria.

-No se lo he dicho. Es una sorpresa.

Hubo una pausa.

-¿Saben lo de Anthony y lo de este caso?

-Mi padre, sí. Se lo conté la última vez que vine a verlos. También le pedí que no se lo dijera a mamá -apoyó la mano en su pierna-. No te preocupes, que mi padre no te hará preguntas incómodas. Si acaso,

puede que me pregunte a mí en privado.

-Se lo agradeceré -no le importaba hablar de la traición de Anthony con Josh, pero se habría sentido muy incómoda haciéndolo con Nick-. Y si tus padres no saben que venimos, ¿qué haremos si no están en casa?

-Tengo llave, y estaremos solos... las posibilidades son interminables -añadió con una mueca de malicia.

Esas posibilidades le llenaron la cabeza de recuerdos del beso incendiario que le había dado aquella mañana. Qué pocas ganas había tenido ella de que terminase. Incluso en aquel momento, se sentía como insatisfecha y deseaba que fuera Josh quien saciase esa necesidad de una forma que no debería ser. Sobre todo teniendo en cuenta que iba a dejarle.

Quince minutos más tarde, llegaron a la casa que los padres de Josh se habían construido tras el retiro de Nick. Diez acres de tierra rodeaban la encantadora construcción estilo victoriano, junto a la cual había un pequeño establo junto al que pastaban dos hermosos caballos. La atmósfera era pacífica y serena.

Antes de que hubieran podido salir del coche, la madre de Josh, una mujer delgada y bajita, estaba ya fuera de la casa bajando las escaleras del porche con una sonrisa de oreja a oreja y los ojos llenos de emoción.

-¡Qué sorpresa! -exclamó, y abrazó a Paige en cuanto se bajó del coche-. Cómo me alegro de verte, cariño.

Paige cerró los ojos y absorbió el cálido abrazo de Anna antes de soltarla.

-Yo también me alegro mucho de verte, Anna.

-¿Ah, sí? -añadió, reprendiéndola con un dedo en alto-. ¡Hace meses que no vienes a vemos!

-Demasiado trabajo -intervino Josh-, así que he decidido raptarla para que descanse un poco.

-Y tú, Joshua Michael -replicó su madre-, tú hace semanas que no llamas. ¡Ni siquiera para contestar a los mensajes que te he dejado en el contestador!

Josh agachó la cabeza para parecer arrepentido.

-Es que he tenido mucho que hacer, mamá.

-Ya, ya... ¿Demasiado ocupado para llamar a tu madre y decirle que estás bien?

Josh abrazó a su madre y la besó sonoramente en la mejilla.

-Ya vale, mamá, que me estás haciendo pasar vergüenza delante de Paige. Te prometo que no volverá a ocurrir.

-¡Más te vale!

-Sí, mamá -murmuró.

Paige estuvo a punto de echarse a reír, pero seguramente a Josh no le gustaría demasiado que se riera a su costa. Desde luego, Anna sabía cómo mantener a raya a sus chicos: con mano dura y un corazón lleno de amor.

-Tu padre está en los establos. Ve a llamarlo, y haz el favor de no asustarle, que ya se está haciendo mayor y no quiero que le dé un ataque al corazón -acompañó una mentira tan escandalosa como aquella con una brillante sonrisa-. Paige y yo vamos a tomarnos un té helado y a charlar un rato de nuestras cosas. Llamaré a Vince y a Joel para ver si pueden venir a cenar.

-Estupendo -Josh miró primero a Paige y después a su madre-. Si no te importa, mamá, nos gustaría quedarnos esta noche.

Anna pareció ofenderse.

-¡Por supuesto que no me importa! Para eso está la habitación de invitados, aunque tú tendrás que dormir en el sofá.

-No hay problema -concedió con una sonrisa.

Paige entró con Anna en la espaciosa cocina, que era donde tenían lugar las reuniones familiares. Lazos familiares fuertes, buena comida italiana y amor incondicional eran los lazos que mantenían unidos a los Marchiano, valores tradicionales que Paige adoraba en Anna, y que ésta había intentado inculcar a sus hijos.

Mientras servía las tazas con té helado, llamó a Joel y tras sermonearle por no ir a verlos a pesar de vivir a menos de una hora de allí, se aseguró de que estuviera para la cena. Aunque Vince estaba de guardia hasta las seis, Audrey, su mujer, prometió llegar antes con los niños.

Tyne y Gina vivían demasiado lejos para poder desplazarse sin previo aviso.

Anna no permitió que Paige tuviese las manos o el pensamiento desocupado, lo que ella apreció en silencio. Trabajaron juntas para preparar la cena mientras charlaban de nada en particular. La idea de Anna de cenar cualquier cosa consistió en espaguetis con salsa, salchichas y su mezcla especial de hierbas, una gran ensalada de su propio huerto, y pan de ajo. Y para postre, un pastel de chocolate.

Josh y Nick llegaron por fin a la cocina y probaron todos los platos que se estaban preparando. Anna le dio con la cuchara de palo a Nick al intentar sacar un pepinillo de la ensalada y Josh se ganó una de las miradas de su madre por intentar distraer a Paige para probar el chocolate del postre.

-Tu madre me ha dicho que el pastel de chocolate es tu favorito -comentó Paige.

-Sí -replicó él, y aprovechando que su madre no miraba, pasó el dedo por todo el

borde del cacharro en el que Paige lo batía y se lo llevó a la boca-. ¿Estás disfrutando?

-Muchísimo -había estado tan ocupada con Anna, que no había tenido tiempo para pensar en nada desagradable. Era un cambio agradable-. Gracias por traerme.

-No tienes por qué dármelas -contestó y su voz sonó increíblemente dulce-. Haría cualquier cosa por que no dejaras de sonreír, Paige.

Paige sintió que el corazón se le encogía y se le formó un nudo en la garganta. Ojalá las cosas fuesen tan sencillas. Ojalá su vida no fuese tan complicada y no necesitase cosas que Josh no podía ofrecerle, como estabilidad y seguridad.

-Deja de pensar tanto, cariño -dijo él, acercándose tanto, que su respiración le acarició la piel-, porque empiezas a fruncir el ceño, y no pienso permitir que eso ocurra este fin de semana.

Y acompañó esa exigencia con un breve beso en la boca que se quedó latiendo en los labios de Paige.

Sorprendida por un gesto tan claro delante de sus padres, se volvió a mirarlos a hurtadillas. Anna y Nick estaban junto al horno y tuvo la impresión de que no los habían visto, ya que Anna estaba ocupada haciendo probar a su marido la salsa de los espaguetis para pedirle su opinión.

Paige intentó concentrarse en extender el chocolate sobre el bizcocho, y sin darse cuenta se pasó la lengua por los labios; tenía chocolate y el sabor único y excitante de Josh.

-Tienes un poco más aquí -le dijo él en voz baja, y le pasó el pulgar por los labios. La pizca de chocolate que se quedó pegada se la lamió mirándola fijamente a los ojos.

El aire se le quedó paralizado en los pulmones y sintió un irreprimible deseo de olvidarse de las precauciones y rendirse al deseo que los había unido con tanta fuerza, fuesen cuales fueran las consecuencias. Llevaba semanas resistiéndose a él, años en realidad, y negándose algo a que lo que cada vez le costaba más trabajo renunciar. Sin embargo, desearlo era arriesgarse tanto, y pensar en quererlo le inspiraba tanto miedo...

¿O sería ya demasiado tarde?

Todos aquellos pensamientos quedaron dispersos cuando Joel, el hermano pequeño de Josh entró en la cocina. Estaba muy moreno por las horas que pasaba trabajando fuera, y era tan guapo como sus otros dos hermanos. Seguro que había roto muchos corazones a lo largo de su vida.

Abrazó a su familia y, cuando llegó a Paige, los ojos se le iluminaron. Muy dramáticamente, la abrazó, la hizo doblar la espalda y simuló morderla en el cuello.

Paige se echó a reír. Las tonterías de Joel parecían divertir a todo el mundo, menos a Josh quien, a pesar de que sonreía, tenía en la mirada algo mucho más primitivo.

-Cuidado con las manos, hermanito -dijo medio en broma, pero no lo bastante como para disimular que le había molestado.

Joel soltó a Paige y miró a su hermano arqueando una ceja, pero su pregunta quedó sin respuesta. Los padres de Josh lo miraron también, y Paige enrojeció, pero nadie hizo comentario alguno.

Poco después, Audrey, embarazada de siete meses con su cuarto hijo, llegó con toda su prole, que eran tres niñas encantadoras de cuatro a nueve años a las que les encantaba llamar la atención de sus tíos. En cuestión de minutos, los hombres perseguían a las niñas por la cocina en una frenética carrera salpicada de gritos y risas.

Anna, con los brazos en jarras, alzó la voz unos cuantos decibelios para que se la oyera por encima del escándalo.

-¡Niñas, no quiero carreras dentro de la casa! -y luego se volvió a sus hijos-. Y ya que vosotros tampoco sabéis comportaros y sois tan revoltosos como las niñas, fuera también.

Y señaló la puerta de la cocina.

Joel pasó un brazo por los hombros de su madre.

-¡Pero, mamá, si sólo estamos jugando!

-¡Nada de «pero, mamá»! Podrás hacer lo que quieras con las demás mujeres, pero no te olvides de que yo soy inmune desde el día que naciste.

Joel se echó a reír, pero no rebatió el comentario.

-Vamos, niñas -dijo Josh, riendo-. Vamos a dar de comer a los caballos, que yo sé dónde guarda el abuelo los terrones de azúcar.

Las tres niñas salieron en tropel y corrieron hasta el granero. Paige contempló desde la ventana de la cocina cómo Joel, Josh y Nick las seguían, la camaradería que había entre ellos demostrándose en sus sonrisas y en las ocasionales palmadas en la espalda.

-Ah, por fin... bendito silencio -dijo Audrey, sonriendo-. Y ahora, con un poco de suerte, este jovencito se estará quieto también -añadió, y se acarició el vientre.

Paige sonrió.

-Así que esta vez va a ser un niño, ¿eh?

La otra mujer sonrió con felicidad y esperanza.

-Eso es lo que parecía verse en la ecografía, así que tenemos los dedos cruzados, porque no pienso volver a pasar por esto otra vez si

resulta ser una niña -suspiró y miró a Anna-. Joel no es el único que es capaz de convencer a cualquiera. Vince debió darle lecciones.

-Me temo que es un atributo de todos los hombres de esta familia -sentenció Anna-. Cualquiera de ellos sería capaz de convencer a un niño de que le diese el caramelo que se está comiendo.

A Paige no le cabía la menor duda.

-¿Por qué no salís un ratito a la terraza? - sugirió Anna-. Todo está ya preparado; sólo queda recoger y eso lo hago yo más rápidamente sola.

Tal y como lo había dicho, quedaban pocas posibilidades para decir que no, así que salieron. Era una delicia disfrutar de la brisa de primavera sentadas en aquellas sillas de mimbre y del sonido de la risa de los niños flotando en el aire. Era un sonido maravilloso. Tan inocente. Tan confiado. Tan limpio.

Josh se había quitado la cazadora y se había deshecho de la pistola y su funda, y con ella había desaparecido el detective que había sido su guardaespaldas durante las tres últimas semanas, dejando en su lugar a un hombre atractivo y en forma a quien no parecían haber afectado los últimos acontecimientos.

Además, sólo había que verle jugar con sus sobrinas para darse cuenta de que era un hombre paciente, adorable, tierno... todo lo que Anthony no había sido. Un amante entregado y tierno, un amigo fiel y alguien con el potencial para ser un padre devoto y maravilloso.

Sintió que la garganta se le cerraba y le echó la culpa al desequilibrio de las últimas semanas; después de lo que había tenido que pasar, no le sorprendía que algo tan simple como ver a Josh jugar con las niñas la pusiera en aquel estado de melancolía.

En la distancia, oyó sonar un teléfono, y un minuto después, Anna abrió la puerta y se asomó.

-Audrey, era Vince -dijo mientras se secaba las manos en un trapo de cocina-. Quería que supieras que va a llegar tarde. Acaba de arrestar a un conductor borracho y tiene que escribir el informe.

-Gracias, Anna -Audrey sonrió y apoyó la mano en su tripa-. Si no llega para la cena, le llevaré un poco a casa.

A Paige le sorprendía cómo podía aceptar con tanta tranquilidad la cancelación de Vince de última hora. Anthony hacía lo mismo: cancelaba las cosas sin previo aviso, e incluso simplemente no se presentaba, pero ella nunca había conseguido acostumbrarse. ¿Cómo lo habrían hecho Anna y Audrey?

No pudo evitar dar voz a sus pensamientos.

-¿No te preocupa nunca que Vince tenga esta profesión?

Audrey la miró pensativa.

-Es una pregunta rara viniendo de una persona que ha estado casada con un policía de antivicio.

Paige se encogió de hombros.

-Ésa debe de ser la razón de que esté aún más sensibilizada.

Se había pasado demasiadas noches sin poder dormir, preguntándose dónde estaría Anthony y si estaría bien. Y cuando no llegaba a casa cuando concluía su turno, o no llamaba, la preocupación adquiría tintes de ansiedad.

-Antes me preocupaba constantemente - admitió Audrey-, pero esa clase de estrés no me sentaba nada bien, ni a mí ni a las niñas - su mirada fue a parar a las tres mocosas jugando con Joel y Josh, y luego volvió a Paige-. He aceptado la profesión de Vince porque sé que adora su trabajo. Jamás le pediría que eligiera entre su carrera y yo. Tenemos un matrimonio fuerte y, cuando está en casa, nos da a mí y a las niñas un cien por cien. Es más de lo que la mayoría de maridos dan a su mujer y a su familia.

Era más de lo que Anthony le había dado a ella.

-Respeto, confianza y comunicación - continuó Audrey-. Ésa es la base de cualquier matrimonio que funcione bien. Si se tienen esas tres cosas, se puede superar cualquier obstáculo que pueda cruzarse en el camino.

Paige deseó poder creerla, pero su experiencia personal le había dejado tanta amargura, había vaciado su alma de tal forma que...

Automáticamente, buscó a Josh con la mirada y él la saludó con la mano. Sonreía como un diablo y ella le devolvió el saludo, incapaz de detener el latido de su corazón ni el calor líquido que corría por sus venas.

Respetaba a Josh, confiaba en él hasta el punto de haber puesto su vida en sus manos y se comunicaban a un nivel que jamás había alcanzado con Anthony, pero después de la lección que había aprendido durante su matrimonio, su temor era sólo uno: no ser capaz de darle a Josh el cien por cien que su relación se merecía.

Incapaz de dormir a pesar de lo relajada que se sentía, Paige examinó la librería de la habitación de invitados en busca de algo para leer mientras recordaba el calor y la armonía familiar que la había rodeado toda la tarde. Había tanto amor en aquella casa, y a ninguno de los Marchiano le había importado compartirlo con ella. Con Anthony se había sentido tan sola durante tanto tiempo... al menos, durante el fin de semana, se sentía como si perteneciese a aquella maravillosa familia. Y pronto estaría de vuelta en Connecticut con sus padres.

Eligió una novela romántica corta, se colocó las almohadas bajo la cabeza y se preparó para unas horas de escapada.

Minutos más tarde, alguien llamó suavemente a la puerta. Antes de que pudiera decir nada, Josh entró en la habitación y cerró la puerta a su espalda. Llevaba puesto tan sólo unos pantalones cortos de pijama.

Teniendo en cuenta que dormía con ella en calzoncillos todas las noches, ya debería haberse acostumbrado a ver su cuerpo, pero no conseguía evitar una deliciosa excitación y unos pensamientos que no tenían por qué pasársele por la cabeza.

Llevaba un plato con un poco de pastel.

-Hola -dijo en voz baja y con una de sus irresistibles sonrisas.

-Hola -contestó, dejando a un lado el libro y tirando un poco de las sábanas-. ¿Estás seguro de que deberías estar aquí?

Él pareció dudar.

-¿Es que no te gusta que haya venido?

-Claro que me gusta contestó con sinceridad-. Ya sabes que siempre disfruto hablando contigo, pero, ¿no se ha ido todo el mundo a dormir ya?

-Sí, lo cual quiere decir que mis padres no se imaginan que estoy aquí -parecía un chiquillo haciendo una escapada nocturna. Sin preguntar, apartó la ropa de la cama y se sentó junto a ella como si fuese también su cama; todo ello sin dejar caer el enorme pedazo de pastel. Tras acomodarse, tomó un bocado-. Así que tú tampoco podías dormir, ¿eh?

Estaba tan cerca, que su olor particular se mezclaba con el del chocolate, una combinación que se le estaba subiendo directamente a la cabeza.

-Tampoco, pero me siento totalmente relajada.

-Eso es lo que quería oír -contestó, y le ofreció un trozo de pastel.- ¿Quieres un trozo?

No era dulce lo que en aquel momento le apetecía.

-No, gracias. Aun estoy llena de la cena - dijo, y le vio devorar el trozo en tiempo mínimo-. ¿No es la tercera vez que tomas pastel esta noche?

-Sí -contestó, sin arrepentirse, y el último bocado desapareció entre sus labios.

Paige se quedó hipnotizada observando cómo se lamía los mínimos restos de chocolate, y aquella imagen le dejó una tremenda sensación de vacío en el estómago.

-Será mejor que tengas cuidado, detective Marchiano -le advirtió, dándole una palmada a la altura de la cintura-, o vas a empezar a echar barriguita.

Él frunció el ceño como si la posibilidad le preocupara.

-¿Tú crees?

Ella sonrió.

-Sigue comiendo así, y no tardarás en comprobarlo.

-No te preocupes -contestó mientras dejaba el plato sobre la mesilla y se acomodaba de lado para poder mirarla. El movimiento tiró ligeramente de la sábana, que cayó hasta la cintura, algo que no pasó desapercibido a la mirada de Josh-. Cuando estemos en casa, volveré a mi régimen de café, fruta y cenas precocinadas para microondas, siempre y cuando me acuerde de comer -se frotó el estómago, plano como una tabla-. Esa maravillosa dieta me mantiene en forma.

-¿Cena de microondas? -repitió, y dando un tono lastimoso a su voz añadió, acariciándole la mejilla-. Pobrecito.

Él le sujetó la mano antes de que pudiera retirarla, y sólo con eso, la chispa que había entre ellos se transformó en llama. Sus ojos parecían atraerla hacia sus profundidades doradas, seducirla, dejarla sin respiración.

Josh se llevó su mano a los labios y la besó suavemente. Un delicioso estremecimiento le subió por el brazo, recalando en los lugares más íntimos.

-Si de verdad sientes lástima por mí, podrías casarte conmigo y asegurarte de que hago tres comidas al día como Dios manda.

A pesar del evidente buen humor, su voz tenía una tensión extraña.

Paige sintió una tremenda presión en el pecho. Quería creer que estaba bromeando, pero bajo todo ese encanto sus palabras eran muy serias.

-No estarías en casa nunca para cenar, y mucho menos para desayunar y comer.

-Si fueras tú quien me esperara en casa, ya haría yo todo lo posible por disfrutar de todas las comidas.

-Esa clase de devoción sólo dura hasta que se acaba la luna de miel.

-No tiene por qué ser así -contestó él, prometiéndole una eternidad con la mirada.

-En mi experiencia, ha sido así.

Josh decidió no insistir, aunque atisbó cierta frustración en su expresión, y soltó su mano, dejando a Paige como a la deriva, sin puerto en el que atracar, y tuvo que luchar por contener un tremendo deseo de llorar por todo lo que había perdido en ese instante.

Él inspiró profundamente.

-Joel ha estado muy atento hoy contigo - comentó.

El comentario la hizo sonreír; parecía tan dolido... casi como un niño al que le hubiesen arrebatado su juguete favorito.

-A tu hermano le encanta flirtear. Eres tú el que está más sensible de lo normal.

-¿Ah, sí?

-Pues sí -contestó y acarició brevemente su pelo-. No creía que fueses celoso.

-Nunca he tenido motivos para serlo. Hasta ahora -su voz sonó ronca y tan oscura como la noche-. He descubierto que no me gusta que otro hombre te toque.

Se quedaron mirándolo en silencio, y cuando ella recuperó la voz, le dijo:

-Eso suena muy posesivo. Josh se encogió de hombros.

-Sí, supongo que sí, pero así es como me siento contigo, sobre todo porque estoy corriendo el riesgo de perderte.

El corazón se le detuvo un segundo, y cuando volvió a echar a andar, sintió un miedo tremendo correrle por la sangre, llenando todo su ser.

-Te quiero, Paige -declaró en voz baja.

Dios... sabía que iba a ocurrir, y pensaba estar preparada para oír esas palabras sin perder el control.

-Josh, no... -contestó con la voz medio ahogada y negando con la cabeza, en un intento de detener la emoción que amenazaba con desbordarla.

-Más que como amigos -continuó él, ignorando su ruego.

En un movimiento rápido, tiró de sus caderas y la dejó pegada a su cuerpo. Paige se aferró inmediatamente a sus brazos mientras intentaba poner orden en su cabeza.

Un calor masculino irradiaba de él, y la intensidad de su mirada estaba derritiéndola.

-Te quiero -repitió.

Un estremecimiento la sacudió de pies a cabeza y le hizo perder todas las defensas. No podía protegerse de Josh. Su necesidad de él era demasiado intensa como para poder negarla.

Las lágrimas asomaron a sus ojos, y las palabras que él esperaba se le quedaron atascadas en la garganta. No sabía de qué otra forma expresar sus sentimientos, así que volvió a enredar los dedos en su pelo y lo besó con todo el amor que desbordaba su corazón, amor por él.

Paige le sintió temblar cuando acarició sus labios con la lengua, y a partir de aquel momento, fue él quien tomó las riendas, respondiendo a la fiebre que latía entre ellos. Ninguno podía saciarse del otro.

La urgencia dio paso a la suavidad, y el tiempo fue transcurriendo entre toda clase de besos: lánguidos y tiernos, profundos, húmedos, sensuales y eróticos.

Aún besándose, Josh deslizó su pierna entre los muslos de Paige y ella gimió al sentir la presión que ejercía contra aquella parte palpitante de su ser.

Su cuerpo se aceleró y sintió la necesidad de levantar las caderas, de llamarlo, de estar aún más cerca. Dios... ¿alguna vez había necesitado algo con tanta desesperación? Apenas podía respirar, y se separó de Josh para mirarlo a los ojos, donde encontró la misma pasión que latía en sus venas.

-Josh...

-Sh... -le hizo callar, y acarició primero su pelo para después seguir besándola en el

cuello, los hombros, la frente-. Sólo nos estamos besando y acariciando -murmuró.

Paige cerró los ojos y, tomando su cara entre las manos, volvió a atraerlo hasta su boca. Josh le bajó el tirante del camisón de seda y cubrió su pecho con la palma de la mano.

Sentía sus pechos inflamados, extremadamente sensibles. Él levantó la mano y acarició con los nudillos su pezón, pero aquella caricia electrizó todavía más sus terminaciones nerviosas. No pudo evitar el gemido que se le escapó de la garganta.

Él la miró preocupado.

-¿Estás bien?

Ella asintió, y recordando lo que había pasado la última vez que habían estado en la misma situación comprometida en la cama, se subió el tirante del camisón y dijo:

-No sé si esto es buena idea.

Él sonrió.

-Yo creo que es una idea genial, pero comprendo -de mala gana, se

volvió a su lado de la cama-. Supongo que deberíamos darnos las buenas noches.

Ella asintió, echando ya de menos el calor de su cuerpo, y lamentando también que la noche tuviera que terminar así.

Josh recogió el plato y caminó hasta la puerta, pero cuando tenía ya la mano en el pomo, se volvió un instante a mirarla. Sus ojos echaban fuego.

-Lo de antes era en serio, Paige: te quiero.

Y salió.

La emoción se apoderó de ella y, aunque intentó no llorar, perdió la batalla. Una lágrima solitaria resbaló por su mejilla y le susurró a la habitación vacía lo que no había conseguido decirle a Josh.

-Yo también te quiero.

Y siempre lo querría.

-¿No vas a contarme lo que hay entre Paige y tú? -le preguntó Nick a su hijo mientras ensillaban los caballos para ir a dar el paseo que Josh quería que Paige disfrutase antes de volver a Miami-. Aparte de que seas su guardaespaldas hasta que termine el caso.

Josh miró a su padre sorprendido, preguntándose de dónde habría sacado esa pregunta, y, ya que Paige estaba en la casa ayudando a su madre a recoger después de la comida, sintió que no había peligro en hablar del tema.

-¿Tanto se me nota?

Nick se encogió y colocó la silla a lomos de Desirée.

-Sé que siempre has sentido algo especial por ella, pero tanto tu madre como yo hemos tenido la impresión de que algo entre vosotros ha cambiado. ¿Es así?

-Mis sentimientos hacia Paige han crecido con el paso del tiempo -admitió, incapaz de

ocultarle la verdad a su padre-. Pero nunca habría hecho nada al respecto de haber seguido casada con Anthony. Ahora que él ya no está, creo que los dos nos hemos dado cuenta de que nuestros sentimientos van más allá de la amistad.

Pero convencer a Paige de que admitiera esos sentimientos iba a ser harina de otro costal. ¿Y qué vas a hacer?

-Pues la verdad es que no lo sé -Josh ajustó la cincha de Lacey y le dio unas palmadas afectuosas en el cuello-. Anthony dejó a Paige con una impresión bastante mala de lo que es ser la mujer de un policía, y me está resultando muy difícil competir con esos recuerdos.

Nick comprendía perfectamente.

-No todo el mundo puede ser la esposa de un policía, ya lo sabes.

-Pero mamá sí -replicó. Prefería no pensar en el alto índice de divorcios que había en su profesión.

-Es que tu madre podría haber sido sargento.

Josh se echó a reír. A pesar de la protesta, no le cabía duda de que el comentario había sido hecho con respeto y adoración por la mujer que había antepuesto a su marido y a su familia por encima de todo. Y su padre había sido un marido devoto. En su matrimonio, el compromiso había sido mutuo.

Pero no en el caso de Paige.

-Tu madre y Paige tienen antecedentes muy diferentes -continuó Nick mientras sacaban a las dos yeguas al sol-. Anna creció siendo la mayor de la casa, y tenía sólo diez años cuando su madre murió, de modo que criar a sus hermanos más pequeños la hizo madurar muy deprisa. Cuando yo la conocí, su personalidad era ya la de alguien capaz de hacerse cargo de todo. Tiene una fuerza interior que poseen muy pocas mujeres.

Josh creía que Paige también tenía esa fortaleza interior. El problema era que las manipulaciones y los abusos de Anthony la habían desgastado, pero, ¿no había demostrado ya tenerla al pedirle el divorcio a Anthony? La situación en que su marido la había dejado era deleznable, pero se había enfrentado a Carranza y Bridget con un valor que le había hecho sentirse orgulloso de ella.

Tenía más valor del que era consciente tener, pero era cosa suya creer en ello, aceptarlo. Era algo a lo que no podía obligarla.

Nick sujetó las riendas de Desirée a la valla de madera que bordeaba el corral mientras esperaban que llegase Paige.

-Tu madre y yo hemos tenido nuestros problemas -continuó su padre, mirando hacia la casa-. Algunos de ellos se han derivado de mi trabajo como policía, pero cuando alguien quiere tanto a una persona como yo quiero a tu madre, es cuestión de prioridades hacer que las cosas funcionen.

Lacey piafó y empujó a Josh por el hombro para reclamarle un poco de atención. Josh le rascó detrás de las orejas. Unos minutos más tarde, Paige salió de la casa en dirección al establo, sonriendo y relajada. Unos pantalones negros de montar moldeaban sus piernas y una camiseta grande que le llegaba hasta la mitad del muslo escondía las curvas más generosas de su cuerpo. Se había recogido el pelo en una coleta e iba sin maquillar. No podía recordar la última vez que la había visto tan vital y hermosa, y supo que aquella atmósfera era la responsable.

Paige había crecido entre caballos, así que se subió sin dificultad a

la silla de Desirée. Josh la siguió con Lacey.

-Pasadlo bien -les deseó Nick.

Josh condujo los caballos hasta un camino de arena que les llevaría al final de la zona de bosque que rodeaba la casa de sus padres. El sol brillaba y el aire era fresco. Paige lo inspiró profundamente.

-¿Podemos quedamos aquí para siempre?

Josh estuvo tentado de decir que sí, sólo para que pudiera conservar aquella deslumbrante sonrisa.

-Podemos volver cuando queramos.

Paige lo miró y en sus ojos vio que lamentaba seguir decidida a dejarlo cuando hubiese terminado el caso.

-La casa de tus padres me recuerda mucho a la mía. Un lugar tranquilo y sin pretensiones, lejos del agobio de una gran ciudad. No te imaginas lo mucho que lo he echado de menos -añadió, acariciando el cuello de Desirée-. Siempre pensé que me casaría con alguien de Connecticut y que quizás tendríamos una granja y media docena de niños...

-Y al final terminaste por casarte con Anthony y viniéndote a vivir a Miami.

-La verdad es que no tuve que pensármelo dos veces -le confirmó, no sin una nota de desaprobación hacia sí misma-. Yo lo quería, Josh, y sinceramente pensaba que él también a mí. No me habría casado con él de otro modo. Pero, desgraciadamente, me equivoqué.

Josh apretó los dientes.

-Anthony no supo apreciar lo que tenía.

Ella se encogió de hombros.

-Lo que yo quería era muy sencillo: un marido fiel, una casa acogedora llena de amor y risas, y mi propia familia. Las cosas que desean la mayoría de las mujeres, supongo.

-Yo quiero poder darte esas cosas, Paige.

-Y yo también quiero tenerlas contigo, Josh, pero no puedo soportar tu trabajo: el peligro, la incertidumbre...

-Entonces, me buscaré otro trabajo.

Josh lo dijo sin pensar, y luego el corazón le palpitó con fuerza en el pecho en espera de su respuesta, porque no estaba seguro de ser capaz de renunciar a algo que formaba parte de sí mismo.

-No, porque yo jamás te pediría que lo hicieras. Para ti tu trabajo es importante, y yo lo respeto, pero no puedo volver a vivir así. Las horas de espera, las noches sin dormir... el temor de perder a alguien a quien amas.

-La vida, o el matrimonio, carece de garantías. No las encontrarás ni conmigo, ni con nadie más.

La tristeza oscureció sus ojos verdes.

-Lo sé, pero al menos puedo disminuir los riesgos.

Josh maldijo a Anthony por haber distorsionado hasta aquel punto su percepción de lo que suponía ser la mujer de un policía, pero, por encima de todo, se maldijo a sí mismo por no haber sido más decidido tres años atrás.

Ahora era demasiado tarde.

Josh... esta mañana he empezado con el periodo -le dijo en voz baja.

La desilusión le llegó directamente al corazón, porque, en lo más profundo de su alma, había estado esperando que estuviera embarazada. Ése sería un lazo más fuerte entre ellos que cualquier declaración de amor. Era algo egoísta, sí, pero es que la idea de perderla le revolvía por dentro.

-¿Tendremos que acercarnos a la tienda? -preguntó, intentando cambiar de tema. Ella sonrió de medio lado.

-Tenía la sensación de que iba a empezar pronto, y he venido preparada. Creo que haberme alejado de todo ha conseguido aliviar las presiones del cuerpo y de la mente.

-Seguramente.

Su voz sonó áspera y tragó saliva.

-Es lo mejor, Josh.

Él se obligó a asentir.

-Un par de semanas más, y estaré de vuelta en Connecticut.

«Sin mí». En aquel instante se le ocurrieron una docena de formas diferentes para convencerla de que se quedase en Florida con él, pero no las utilizó. Si la presionaba para que se quedase, llegaría a lamentarlo después, y no quería ser como Anthony y manipular sus emociones.

La decisión tenía que tomarla ella por voluntad propia. La quería con toda su alma, y sólo había una cosa que pudiera hacer para demostrarle hasta dónde llegaría por ella, y era dejarla marchar.

Paige colgó del teléfono de su despacho con mano sorprendentemente firme, teniendo en cuenta que por dentro temblaba como una hoja. Josh tenía montado un equipo de alta tecnología que desde el lunes estaba grabando todas las llamadas que entraban y salían del negocio, y el miércoles habían obtenido el resultado deseado.

Esperaban una llamada de Carranza, y Josh la había preparado hablándole de las posibles situaciones, preguntas y respuestas, así que estaba lista para cualquier dirección que pudiese tomar la conversación con Víctor. Había mantenido la calma durante esa conversación, e incluso había conseguido reírse cuando el momento lo requería, y él le había hablado claramente tanto de su interés por la tienda como por el collar, asuntos ambos de los que hablarían durante la cena a la que los había invitado, a ella y a su acompañante.

Josh pulsó un botón para parar la grabación y se quitó los auriculares que llevaba puestos.

-Lo has hecho muy bien, Paige.

-Bueno... así que tenemos una cita para el sábado por la noche. Una cena de etiqueta, nada menos. Al menos podré estrenar vestido para la ocasión -una sonrisa apareció en sus labios pero no consiguió disimular el sarcasmo de su voz-. Me ha parecido muy generoso por parte de Carranza ofrecernos su casita de invitados para pasar el fin de semana en ella, ¿no crees?

Josh se levantó y se estiró.

-Si todo sale como hemos planeado, no tendremos que quedarnos allí.

Paige recogió las páginas del inventario con las que había estado trabajando antes de que llamase Carranza y las guardó en un expediente.

-«Si» deja mucho margen de error, Marchiano. ¿Y si pasamos allí todo el fin de semana y no ocurre nada?

-Pues llegará el lunes y te enviaremos de vuelta a Connecticut -la miró intensamente, como si quisiera grabarse todos sus rasgos en la memoria-. Pase lo que pase esta fin de semana, el lunes por la mañana te irás con tu familia, que es donde quieres estar.

Paige sintió un nudo en la garganta y dejó caer el expediente sobre la mesa.

-¿Cómo dices?

-No pienso poner más veces en peligro tu vida, y así es como se lo

he dicho a Reynolds -abrió una maleta negra y empezó a guardar el equipo-. Ni siquiera quiero que tengas que pasar por lo de esta fin de semana, pero si ahora nos retirásemos, resultaría sospechoso y perderíamos el terreno que hemos ganado; puede que nunca volvamos a tener oportunidad de estar tan cerca de Carranza. Lo comprendes, ¿verdad?

-Sí -comprendía que lamentaba verla forzada a aquella situación por algo que había hecho Anthony, y por añadidura, verse también él en el peligro.

-Y con un poco de suerte, Carranza intentará hacerse con el collar mientras estemos allí. De no ser así, ya he hablado con Reynolds sobre lo de que te marchas después del fin de semana, y él se está ocupando de todos los preparativos para que llegues sana y salva a casa y cuentes con la protección que necesites hasta que Carranza sea arrestado.

Apreciaba más de lo que podía expresar con palabras el esfuerzo que estaba haciendo para garantizarle la vuelta a casa. No habían hablado de su relación desde que volvieron de casa de sus padres, pero sus ojos reflejaban sus emociones, al igual que sus hechos.

La quería de verdad, más de lo que Anthony la había querido jamás. Estaba ayudándola a marcharse, a alejarse de él... ¿por qué tendría ella la sensación de estar cometiendo el error más grave de su vida?

-Si Carranza no es detenido esta semana, ¿qué será de él y del collar?

-Tenemos un perista que trabaja con la policía y tendremos que filtrar el collar a través de él para que Carranza crea que lo has vendido --cerró la tapa del maletín negro y aseguró los cierres-. Será más difícil detenerlo así, y tardaremos más de lo que habíamos pensado, pero no pienso poner más tiempo en peligro tu seguridad.

Estaban muy cerca y Paige deseó poder tocarlo, pero no se atrevió por miedo a hacer algo realmente estúpido... como por ejemplo besarlo, que era algo que llevaba deseando hacer desde que volvieron de casa de sus padres.

-Quiero que lo detengas, Josh -aquella pesadilla no terminaría con estar a salvo en Connecticut, si Josh seguía estando en peligro— Me gustaría verlo, a Bridget y a él, tras las rejas este fin de semana.

-Eso es lo que nosotros esperamos también -la primera sonrisa que le había visto desde hacía días se asomó a sus labios-. Creemos que lo más probable es que este fin de semana intente hacerse con el collar, aunque no podemos predecir cuándo o cómo se acercará a ti. Ésa es la parte más difícil.

Ella suspiró.

-Entonces, prepárame para lo peor.

Josh la miró con los brazos en jarras y un brillo de admiración en los ojos.

-De acuerdo. Quiero que hables con Pam para que se encargue ella de la tienda para tener unos cuantos días libres.

-Ha accedido a ocuparse de la tienda hasta que se venda -contestó. Ya le había hablado a Pam de sus planes de abandonar Miami. Había sido una conversación muy emotiva, pero Pam había comprendido sus motivos y había empezado a hacerse cargo de todo-. Espero que el nuevo propietario, sea quien sea, quiera conservarle el puesto de trabajo.

Josh asintió.

-Durante los próximos tres días, practicaremos movimientos de defensa personal, y pasaremos unas cuantas horas al día en el campo de tiro para que puedas acostumbrarte a la Derringer de Liz.

El miedo que pensó que iba a sentir cuando llegase ese momento no apareció. Era como si haber aceptado lo inevitable le hubiese dado valor, la hubiese hecho más fuerte. Iba a ser capaz de hacerlo, siempre y cuando no perdiese de vista su objetivo.

-De acuerdo.

-Voy a llevarle la cinta de tu conversación con Carranza a Reynolds para que pueda poner al corriente a los oficiales de incógnito. Ya hemos descubierto quién va a servir la comida en la fiesta, y hemos asignado a un hombre para que trabaje como camarero. Lo mismo con el servicio de la casa. Hemos conseguido colocar al menos doce oficiales en la finca de Carranza el sábado por la noche.

Paige absorbía toda aquella información con avidez.

-También tendré que ponerte al corriente de cual va a ser nuestra estrategia, cómo van a estar distribuidos nuestros hombres y qué ocurrirá cuando Carranza dé el primer paso para apoderarse del collar. Los tres próximos días van a ser muy intensos. ¿Estás preparada?

-Sí -contestó con aplomo.

Josh sonrió satisfecho.

-Entonces, manos a la obra.

El sábado por la tarde, Paige y Josh tomaron la autopista Rickenbacker para dirigirse a la finca de Carranza. Paige se sentía muy tranquila, y sabía que Josh era la razón de esa serenidad. Durante los tres días anteriores, se había consagrado a ella para prepararla física y

mentalmente para cualquier posible confrontación, e incluso había llegado a ponerla al borde del agotamiento y la frustración. Pero ella había soportado sus exigencias sabiendo que lo que le estaba enseñando serviría para que conservase la vida.

Llevaría puesto el collar y sabía cómo debía manejar el encuentro con Carranza o con su supuesto experto en joyas. El micrófono que habían cosido al cuerpo de su vestido era una medida de seguridad en la que Reynolds había insistido, por si en algún momento Josh y ella tenían que separarse. Los oficiales infiltrados en el servicio irían dotados de receptores para oír sus conversaciones.

Entre las lecciones y las reuniones con Reynolds y los oficiales encargados del caso, Josh la había ayudado a meter en cajas todas las cosas que iba a llevarse de su casa de la playa. Había contratado a una empresa de mudanzas para que se ocuparan de enviar los muebles y demás cosas voluminosas a Connecticut. El lunes la casa estaría vacía y ella se habría marchado.

Aquella semana, habían vivido en un apartamento de dos habitaciones que habían alquilado, y cuando llegaban a casa por la noche tras un día de entrenamiento y revisión de estrategias, estaba tan cansada que nada más caer en la cama, se quedaba profundamente dormida.

Por fin, llegó el momento y Josh anunció su llegada a la puerta de la finca de Carranza.

Tras un momento, las puertas de hierro forjado se abrieron despacio, franqueándoles el acceso, y el Volvo emprendió la marcha por el camino que serpenteaba hasta la casa. El escenario dejó a Paige boquiabierta. La finca, un lugar paradisiaco, estaba rodeada de un césped verde oscuro y un paisaje vibrante. A lo lejos, podían verse las aguas azules del océano Atlántico.

-¿Estás preparada? -preguntó Josh mientras rodeaba la fuente de mármol frente a la entrada del edificio principal.

Un criado de uniforme se acercaba a ellos, y Paige inspiró profundamente y sonrió.

-No voy a estarlo más nunca.

-Bien.

Josh acarició su mejilla y le colocó un mechón de pelo tras la oreja. Seguramente, todo formaría parte de su papel de amante, pero eso no evitó que el pulso se le acelerara.

-La casa de invitados debe estar pinchada, así que, una vez salgamos del coche, no volveremos a hablar del caso, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

-De acuerdo.

El criado abrió entonces la puerta.

-Buenas tardes, señora -la saludó.

Paige colocó la mano sobre su palma enguantada en blanco y salió, preguntándose si aquel joven estaría del lado de Carranza o del suyo.

-Gracias -murmuró y rápidamente retiró la mano. En aquel momento, no confiaba en nadie que no fuera Josh, así que para no parecer ansiosa, se alisó el vestido de cóctel color chocolate que llevaba. Era un vestido que había tomado prestado del inventario de la tienda, sencillo pero muy sensual al mismo tiempo. Perfecto para una invitación de fin de semana, le había dicho Pam, mientras elegía un par de sandalias de tacón alto y lencería a juego que a Paige le había costado trabajo aceptar.

El joven empleado los acompañó a la puerta, llamó al timbre, recogió las llaves que le lanzó Josh y se llevó el Volvo a un lugar en el que Paige no había reparado antes.

La puerta se abrió, y un mayordomo de gesto adusto los recibió. Otro hombre vestido con pantalón negro, camisa blanca y corbata negra se hizo cargo de su equipaje. Paige experimentó un momento de pánico, hasta que recordó que Josh había colocado el collar precisamente en su bolso por esa razón. Paige apretó la correa.

El mayordomo los condujo a través de una recibidor de mármol hasta una habitación espaciosa y decorada con muebles clásicos. Había una pequeña reunión de personas charlando y riendo mientras disfrutaban de un vino y el buffet ligero dispuesto en una mesa de caoba. En cuanto Paige vio a Carranza y a Bridget al fondo, se colgó del brazo de Josh, tanto para dar la impresión de que eran amantes como para contar con su apoyo.

Víctor se excusó con la pareja con la que estaban hablando y se acercó a ellos. Bridget se quedó detrás, tomando distraídamente una copa de vino, pero su mirada de hielo examinó a Paige y después a Josh. Paige hizo las presentaciones, utilizando Bennett como apellido de Josh.

Carranza les dio la bienvenida a su casa.

¿Cómo era capaz de parecer tan amable y hospitalario siendo un criminal sin escrúpulos? Víctor pasó una media hora con ellos, presentándolos a todas las personas de la reunión, a quienes Paige encontró pretenciosos y altaneros, y al final los invitó a servirse lo que quisieran de la mesa de aperitivos.

Paige estaba demasiado nerviosa como para comer y educadamente lo rechazó, pero a Josh no le importó disfrutar de la variedad de delicias.

Víctor escogió una pata de buey de mar que sumergió en la salsa

que lo acompañaba.

-Espero que haya traído el collar -comentó como si tal cosa.

-Sí -replicó ella, sorprendida de la capacidad que tenía Josh para comer en un momento como aquél. Fingía no prestar atención a su conversación con Carranza, pero sabía perfectamente que estaba alerta-. Me lo pondré esta noche.

-Maravilloso. Mi tasador está deseando verlo -Víctor echó un vistazo al enorme carrillón que dominaba la estancia-. Espero unos cien invitados para cenar esta noche, y empezarán a llegar hacia las seis. Tienen tres horas para relajarse o jugar. La piscina está a su disposición, así como el resto de la finca si desean pasear, o si lo prefieren, pueden quedarse aquí y charlar con el resto de invitados.

Tres horas de conversación absurda no era una perspectiva halagüeña para Paige.

-Si no le parece mal, yo preferiría echarme una siesta. Tengo un dolor de cabeza del que no consigo deshacerme -se presionó las sienes para dar más énfasis-. Unas aspirinas y una siesta me sentarán de maravilla.

Josh acarició su espalda y se acercó a ella.

-Yo me ocuparé de ese dolor de cabeza, cariño -murmuró, acariciando su cuello.

Carranza sonrió.

-Encontrarán la casita de invitados totalmente equipada, así que les ruego que disfruten de ella.

Josh le pasó una mano por el trasero. -Lo haremos.

Paige intentó controlar la respiración. Josh estaría interpretando su papel, pero también estaba despertando un deseo muy real en ella.

Carranza hizo un discreto gesto hacia el mayordomo.

-Que Henry acompañe a la señora Montgomery y su acompañante a la casa de invitados.

-Sí, señor -replicó el mayordomo, y tras hacerle un gesto al mismo joven que se había ocupado de su equipaje, le hizo llegar las instrucciones de Víctor.

Diez minutos más tarde, Josh y ella estaban en una casa elegante cuyas instalaciones eran una cocina, comedor, un lujoso salón con una enorme pantalla de televisión, un dormitorio que tenía dos veces el tamaño del suyo y un cuarto de baño con bañera de hidromasaje y cabina de ducha. Estaba situada a unos trescientos metros de la residencia principal y tenía su propia playa privada.

Josh puso en marcha el estéreo del salón para que su conversación quedase ahogada en su música. Paige entró en el dormitorio, dejó el bolso sobre la cama y abrió la ventana para que entrase el aire fresco.

Se quedó contemplando el mar mientras Josh inspeccionaba armarios, cajones y otros lugares en busca de posibles micrófonos. No encontró ninguno, pero eso no quería decir nada.

-Cuando nuestro anfitrión dijo que estaba completamente equipada, no mentía -dijo Josh al volver al dormitorio-. Hay de todo: desde películas de vídeo para adultos, pasando por un bar, y llegando incluso a una caja de preservativos en la mesilla.

Ella arqueó las cejas.

-La hospitalidad aquí es impresionante.

Él sonrió y acercándose a ella, le dio un masaje en los tensos músculos de los hombros. Paige dejó caer la cabeza hacia delante con un gemido a medida que la tensión abandonaba su cuerpo.

-Y en cuanto a lo de ese dolor de cabeza...

El timbre profundo de su voz le hizo estremecerse y se dio la vuelta con la intención de decirle que no había sido más que una excusa para librarse de tres horas de escuchar memeces, pero la mirada de sus ojos le impidió hacerlo.

Sabía que las insinuaciones sexuales que había hecho delante de Carranza eran sólo para establecer la ilusión de que eran amantes. Incluso en aquel momento, sus palabras y sus acciones tenían como destinatario a quienquiera que les estuviese escuchando. Pero cuando sus ojos se encontraron, una necesidad ciega saltó entre ellos y Paige experimentó una desesperada necesidad de hacerle el amor, de darle todo lo que tenía dentro y aceptar lo que él le ofreciera.

No tenía ni idea de lo que iba a ocurrir aquella noche, ni de lo que le reservaría el mañana, pero por encima de todo, quería poder llevarse con ella una última vez y recordarla cuando estuviera sola y lo echara de menos. Quería volver a sentirse querida. Sin promesas. Sin lamentaciones.

-Paige...

-Quiero hacer esto. Lo necesito -susurró, y después reunió el valor suficiente para admitir su mayor temor-. Te necesito.

Y para no darle oportunidad a que la rechazara, lo besó en la boca vertiendo en él todo lo que sentía. Él no la rechazó, pero entonces ella se dio cuenta de que nunca le negaría lo que le pidiera.

Y precisamente esa generosidad le hizo quererlo aún más.

Fue Josh quien se separó, respirando con dificultad.

-Espera un momento -murmuró.

Los sesenta segundos que tardó en volver le parecieron a Paige una eternidad. Le vio quitarse los zapatos y levantarse la pernera del pantalón para quitarse la pistola que se había colocado en la pantorrilla. Luego, volvió a ella, brillándole en los ojos la promesa de

lo que iba a ser.

En cuestión de segundos, el deseo se había convertido en llamaradas que los consumían a los dos.

La ropa desapareció como por encanto y, con un gemido, Josh se tumbó sobre ella en la cama, de modo que quedaron pegados el uno al otro, piel con piel, corazón con corazón.

Paige rozó su cara con las manos y, mirándolo a los ojos, musitó:

-Te quiero, Josh.

Y no lamentó decirlo, no podía habérselo guardado cuando aquella noche les deparaba tanta incertidumbre, tantos peligros.

-Lo sé -fue todo lo que contestó él, y la besó con ternura.

Josh le hizo el amor con una exquisita lentitud, extendiendo el tiempo todo lo posible, hasta que Paige levantó las caderas hacia él, pidiéndole que llenara la parte más oscura de su alma. Sus movimientos se volvieron más fuertes, más rápidos, y el orgasmo les llegó a ambos casi al mismo tiempo.

Minutos después, cuando por fin se recuperó, se levantó a mirarla y a apartar los mechones de pelo de su cara. Una sonrisa apareció en sus labios, a pesar de que sus ojos estaban nublados por una profunda tristeza.

-¿Qué tal va el dolor de cabeza?

Ella se echó a reír, cuando todo lo que quería hacer era llorar.

-Curado -contestó, y deseó que fuese tan fácil curarle el dolor que le consumía el corazón.

-Espero que a Víctor no le moleste que lleguemos tarde -comentó Paige mientras Josh y ella caminaban por el camino de baldosas que conducía hasta la mansión. El sol se estaba poniendo ya, y se despedía con una gloriosa paleta de colores en el cielo. La casa de Carranza estaba ante ellos, inquietante e imponente, y su visión le produjo un intenso escalofrío.

-Estamos dentro del retraso de las personas importantes -contestó, y apretó su mano-. Y teniendo en cuenta los entretenimientos que Carranza tiene en su casa de invitados, estoy seguro de que lo comprenderá.

Recordó con las mejillas arreboladas el empleo que habían hecho de aquella tarde, y de los preservativos que había en el cajón de la mesilla, y el arrebol se convirtió en rojo puro cuando cayó en la cuenta de que los oficiales de guardia estaban siguiendo su conversación merced a los micrófonos que llevaban en la ropa.

Después de haber hecho el amor por primera vez, Josh la había acurrucado en los brazos y le había ordenado que durmiera y, así, segura en sus brazos, se había quedado dormida. Se había despertado una hora más tarde cuando él comenzó a acariciar sus pechos y a besarle el cuello. Su cuerpo se había despertado para él, y se había dado la vuelta hacia su calor. Le había hecho el amor de mil y una maneras imaginables, conduciéndola más alto cada vez, satisfaciendo el hambre que llevaba acumulado durante años.

Se habían duchado juntos, y se habían frotado el uno al otro la espalda, el pecho, las piernas y otros lugares mucho más sensibles. El agua estaba muy caliente, las manos de Josh resbalaban sobre su piel y la necesidad volvió a surgir. Aquella vez fue un poco desesperada y agresiva, ya que la tomó allí mismo, contra la pared de la ducha, con movimientos casi frenéticos que ella recibía con la misma pasión.

Saciados los dos, Josh se había sentado en el suelo de la ducha, aun unidos, y se quedaron así, con el agua cayéndoles como lluvia, mientras ellos seguían acariciándose despacio, hasta que por fin el agua se volvió fría y tuvieron que enfrentarse a lo inevitable.

Se vistieron, ella con un vestido largo de terciopelo negro que dejaba al descubierto sus hombros para mostrar el collar Ivanov en todo su esplendor, y Josh con el esmoquin que había alquilado para la ocasión. El revólver lo había ocultado bajo la pernera derecha del pantalón, y a ella le colocó la diminuta pistola de un solo disparo un poco más arriba de la abertura del vestido, que llegaba hasta medio

muslo.

-Carranza espera tanta gente que estoy seguro de que podremos entrar sin que se den cuenta de ello --comentó Josh al llegar cerca de la puerta.

Su voz profunda disipó los pensamientos de Paige y asintió, ya que tenía la garganta demasiado seca como para contestar. La luz salía al exterior por los ventanales y la música les llegaba desde los balcones abiertos del segundo piso. Tenía el estómago hecho un nudo, y deseó poder deshacerse de esa sensación por que sabía que debía estar serena y concentrada. El hombre que llevaba a su lado la ayudaría a tener la fuerza necesaria.

A unos metros de la puerta de la mansión, Josh se detuvo de pronto y la besó por última vez. Y Paige le devolvió el beso sin importarle quién pudiera estar observándolos. Cuando se separaron, Josh la miró a los ojos con infinita ternura y deslizó un dedo por la forma en uve que describía el collar.

-Estás preciosa -le dijo.

Ella sonrió al tiempo que apartaba un mechón de pelo que le había caído sobre la frente.

-Tú tampoco estás mal.

Josh le ofreció un brazo.

-¿Vamos?

Paige inspiró profundamente y se colgó de su brazo. Entraron en la casa y siguieron a la gente que subía por una escalera en espiral hacia el segundo piso; en una enorme sala habían dispuesto mesas redondas con manteles de lino, cubertería de plata y cristalería fina. Una enorme pista de baile dominaba la otra mitad del salón.

El lugar estaba repleto de hombres de esmoquin y mujeres muy elegantes y con fabulosas joyas. El collar de Paige era el más impresionante de todos, y sus brillantes y esmeraldas brillaban bajo la luz de las lámparas de cristal.

Se sentía como un enorme fraude en aquella reunión, y muy incómoda. El collar le pesaba lo indecible e intentó no pensar en la pistola que llevaba pegada a la pierna.

Camareros de uniforme paseaban entre los invitados con copas de champán y canapés, y Paige no pudo evitar preguntarse quiénes de entre ellos serían los oficiales encubiertos. Josh tomó dos copas y le dio una a ella, de la que sólo se atrevió a tomar un sorbo. No quería que nada pudiese alterar sus reflejos.

Una orquesta de cinco músicos tocaba música de jazz. La risa llenaba la sala y Paige intentó controlar la ansiedad que amenazaba con apoderarse de ella. El plan de Reynolds consistía en que no se

dejase quitar el collar del cuello, pero tenía que exponer el cebo a los ojos de Carranza de modo que a éste no que quedara más remedio que recurrir a medidas extremas para hacerse con él.

-Ah, ya está aquí, Paige -la voz de Carranza le llegó desde algún punto a su espalda-. La he estado buscando -Carranza estaba acompañado de un hombre de menor estatura y con una generosa frente. Ambos iban vestidos de esmoquin. Carranza miró primero el collar y después, sus ojos--. ¿Cómo está de su dolor de cabeza?

-Mucho mejor, gracias.

-Bien -contestó, y tomó su mano para darle unas palmaditas. La piel se le erizó, y se resistió al impulso de soltarse-. Sería una pena que no disfrutara de la noche por no encontrarse bien -dijo, y la soltó-. Señor Bennett, ¿está disfrutando de nuestra fiesta?

-Enormemente -Josh saludó a Carranza con un gesto con la copa y sonrió-. Las instalaciones de su casa son sobresalientes.

Si su interpretación no fuera tan importante, se habría ganado un buen puntapié por un comentario así.

Carranza miró a Josh por un momento y, aunque siguió sonriendo, sus ojos adquirieron un brillo oscuro que a Paige la puso nerviosa.

-Paige, me gustaría presentarte a Alfred, mi experto en joyas. Alfred, te presento a Paige Montgomery, propietaria de Wild Rose, la boutique que quiero comprar para Bridget.

-Es un placer -Alfred estrechó su mano, después la de Josh, y por último miró el collar-. Es una gargantilla exquisita -dijo-.Ahora comprendo por qué tiene Bridget tanto interés en ella.

-Lleva insistiendo en ello desde que la vio en el retrato que Paige tiene en su despacho -un camarero pasó con una bandeja de canapés que todos rechazaron. Carranza miró de nuevo a Paige-. ¿Le importa si Alfred le echa un vistazo más de cerca al collar?

Ella sonrió con dulzura y se llevó la mano a la joya. .

-Preferiría no tener que quitármelo.

Carranza Se tragó su irritación ante la negativa

Y sugirió otra solución.

-Muy bien; puede examinarlo puesto.

Su audacia no debería haberla sorprendido, y aunque no le hacía ninguna gracia que aquel hombre tuviese que examinar el collar en su cuello, no encontró razón justificable para negarse.

Alfred se llevó una lupa de joyero a los ojos y sujetó los brillantes y las esmeraldas para verlos. Paige se quedó inmóvil cuando sus dedos fríos le rozaron la piel e intentó no temblar. Josh estaba a su lado, fingiendo aburrimiento.

El final, Alfred retrocedió y asintió mirando a Carranza.

-Es una pieza muy buena.

Víctor sonrió satisfecho y después miró a su alrededor hasta localizar a Bridget, que era el centro de atención de varios hombres. Le hizo una seña para que se acercase. Ella obedeció. Sus movimientos felinos se vieron enfatizados por el vestido que llevaba y que se ceñía a cada curva.

Asintió en dirección a Paige, miró a Josh de arriba abajo y después miró a Carranza.

-Gatita, ¿estás segura de que es éste el collar que quieres?

Ella examinó los brillantes y las esmeraldas frunciendo los labios.

-Segura. Cueste lo que cueste, quiero este original, y no una copia.

-Muy bien -Carranza suspiró-. Quizás esta noche tengamos oportunidad de fijar un precio para el collar.

Paige se echó a reír suavemente, y le ofreció la respuesta que había ensayado con Josh.

-La verdad es que ha habido más personas que se han interesado por el collar. Tengo entendido que formaba parte de la colección Ivanov y no estoy segura de querer desprenderme de él -acarició las piedras y sonrió-. Al fin y al cabo, tiene cierto valor sentimental para mí.

Vio cómo un músculo le temblaba a Carranza en la cara.

-Espero que lo reconsidere.

Ella se encogió de hombros.

-Quizás lo mejor sería encontrar otro collar de esmeraldas y diamantes para Bridget que sea más... asequible.

A Bridget se le escapó la furia por los ojos y Paige percibió el miedo como algo muy cercano. Carranza tampoco parecía demasiado complacido. Era evidente que no habían pensado que fuese a negarse a colaborar.

Para alivio de Paige, se anunció que la cena estaba preparada, y Carranza, tras disculparse y flanqueado por Bridget y Alfred, se dirigió a la zona de baile.

-Bueno, ahora estamos seguros de que ha mordido el anzuelo -comentó Paige, acercándose a Josh mientras se encaminaban a la mesa que les había sido asignada.

Josh retiró la silla para que se sentara ella.

-Ya veremos qué ocurre.

Pasaron una hora disfrutando de una maravillosa cena de cinco platos al menos Josh lo hizo, porque Paige no pasó de marear la comida en el plato. Conversaron educadamente con las parejas sentadas a su mesa, pero Paige no habría sido capaz de recordar nada de lo que hablaron.

Tras la cena, Josh y ella bailaron y charlaron con los demás; después, salieron al balcón a tomar el aire, todo el tiempo preguntándose qué tendría pensado hacer Carranza. Aunque habían hablado de vez en cuando durante la fiesta, no había vuelto a hacer referencia al collar. De hecho, y si no lo conociera mejor, habría dicho que aceptaba su negativa de venderle el collar.

La noche fue avanzando y la gente fue retirándose gradualmente. Paige también estaba cansada. No quería pensar que todos los preparativos que habían hecho para aquella noche fuesen a caer en saco roto, y tampoco quería marcharse de Miami dejando a Carranza en la calle y a Josh metido en aquel peligro.

Volvieron a la pista de baile y, mientras se deslizaban al ritmo de una balada, Paige sintió una incómoda presión en el vientre... la naturaleza llevaba dos horas conteniéndose.

-Josh, tengo que ir al lavabo sin más remedio -dijo, con mayor urgencia que en las otras dos ocasiones en que le había dicho lo mismo.

Él frunció el ceño.

-¿No puedes esperar un poco más?

Si la situación no fuese la que era, se habría echado a reír.

-No -protestó-. Entre los tres vasos de agua que me he bebido en la cena y la soda que acabo de terminarme, la vejiga me va a explotar -miró a su alrededor y localizó a Carranza-. Víctor y Bridget están ocupados hablando con ese grupo de personas. Tú puedes vigilarlos mientras yo vuelvo; no tardaré más de un par de minutos.

Era evidente que no le hacía la menor gracia perderla de vista.

-Josh, llevo un micrófono -le recordó en voz baja-. Habrá media docena de hombres en el baño conmigo.

Él sonrió.

-Tienes razón -concedió, y miró brevemente al camarero del bar, que asintió para indicar que los había oído.

Josh la soltó de mala gana. Paige entró en un baño que, afortunadamente, estaba vacío, cerró la puerta a sus espaldas y terminó lo más rápido que pudo. Mientras se lavaba las manos, se miró en el espejo. Estaba pálida y parecía cansada, aunque el collar Ivanov brillaba como si tuviese vida propia.

Alguien intentó abrir la puerta. Debía de llevar al menos cinco minutos, en lugar de los dos que le había prometido a Josh, y debía de estar muy preocupado.

-Un segundo -dijo, colocándose un mechón de pelo que se le había escapado del moño. Se alisó el vestido pensando que debían dar la noche por terminada, ya que Carranza no parecía inclinado a hacer

ningún movimiento.

Abrió la puerta y al salir, colisionó con una pared de músculos contra la que estuvo a punto de caer. Sorprendida, levantó la mirada esperando encontrase con Josh, pero en su lugar se encontró con un hombre de mediana edad con una profunda cicatriz en la mejilla. Iba vestido de esmoquin, y tenía el pelo largo y muy negro, sujeto con una cinta de cuero en una coleta.

-Lo siento -dijo, y reparó de pronto en lo solitario que estaba el pasillo y en que no había nadie más que ellos dos.

Intentó pasar de largo, pero el hombre se lo impidió. Un terrible presentimiento le erizó la piel y la adrenalina empezó a volarle por las venas. El tipo sonrió, un gesto tan oscuro y perverso como sus ojos. El terror se apoderó de ella, y su instinto le aconsejó que reaccionara, pero él se anticipó.

El hombre le aprisionó un brazo con tal brutalidad que Paige no pudo ni quejarse, y antes de que pudiera recuperarse de ese doloroso asalto, la obligó a caminar por el pasillo en dirección contraria al salón de baile.

-Haz un solo ruido, y estás muerta.

Sentado a la mesa en la que habían cenado, Josh esperaba a que Paige saliese del lavado de señoras y miraba el reloj por enésima vez.

No había visto salir ni entrar a nadie del salón de baile hacia el lavabo, y cuando pasó un minuto más y no hubo ni rastro de Paige, la tensión creció aún más.

Un hombre joven que Josh había visto con Carranza durante la noche se aproximó a Víctor e intercambiaron unas palabras. Carranza asintió, y tras excusarse ante el grupo con el que había estado hablando, salió del salón.

El hecho de que hubiera salido por otra puerta distinta a la que había utilizado Paige no le sirvió para tranquilizarse, y tuvo una negra premonición. El camarero de la barra asintió levemente para confirmar su sospecha.

Algo le había ocurrido a Paige.

Fingiendo una calma que no sentía, Josh se acercó a la barra de bar. Esperó con ansiedad a que la pareja que había delante de él pidiera su bebida y se alejara, y con cuidado de no mirar al policía de incógnito que estaba al otro lado de la habitación, esperó.

-Tomaré una soda club -dijo, consciente de que Bridget lo observaba.

El camarero puso un vaso delante de él y le sirvió lo que había

pedido.

-Estudio. Ala oeste. Primer piso.

Ya había llegado. El momento que esperaban, ya había llegado.

Josh no conocía la mansión, y sólo podía seguir la dirección que le había dado el camarero. Tenía que llegar al primer piso, ¿pero cómo? Bridget estaba ahora charlando con un grupo de gente cerca de la puerta del salón, de modo que sin duda lo detendría si intentaba salir. Un vistazo hacia la puerta por la que había salido Paige, y tuvo que descartar salir por allí. Dos corpulentos hombres vestidos de negro la vigilaban como dos obedientes rottweilers.

Josh intentó buscar otra alternativa intentando no pensar en el miedo que estaría pasando Paige. Tomó su copa en la mano y empezó a pasearse por la habitación, mirando a hurtadillas a Bridget. Cuando uno de los invitados la distrajo momentáneamente, aprovechó la ocasión para salir al balcón y sobresaltó a las dos mujeres que charlaban disfrutando del fresco de la noche.

Y él que pretendía desaparecer sin ser visto. Sus opciones eran muy limitadas, así que Josh las saludó con un gesto de la cabeza, dejó su bebida en la mesa de cristal y saltó por encima de la barandilla de hierro forjado. las dos mujeres lo miraron boquiabierta y él sonrió, intentando hacer funcionar un encanto que no sentía.

-Si alguien les pregunta por mí, no me han visto -dijo, esperando poder contar con su colaboración. Una vez fuera del balcón, no le quedó más remedio que saltar hasta el suelo, que debía quedar a más de tres metros. Sintió un intenso dolor en las piernas, pero no pensó en ello. No se había roto ningún hueso y eso era lo importante.

Sacó el arma y camuflándose en las sombras, se deslizó hasta la entrada trasera y volvió a entrar. Todo estaba tranquilo. La gente de Carranza estaba arriba, asistiendo a la fiesta. Tomó dirección al ala oeste. Fue revisando todas las habitaciones que pasaba, murmurando su localización para poder contar con refuerzos en caso de necesitarlos. Parecía estar tardando toda una eternidad en revisar la planta baja, atento a cualquier ruido que pudiera provenir de tras una puerta cerrada. El sudor le humedecía la frente y el corazón le latía frenéticamente a medida que las habitaciones iban estando todas vacías.

¿Dónde demonios la habrían metido?

¿Dónde demonios se habría metido?

Paige intentó deglutir el pánico que le colapsaba la garganta, y luchaba por no sucumbir al terror ciego que le inspiraba Carranza y su

matón.

Con un firme empujón, el matón la empujó para que entrase al estudio, hacia la mesa de mármol tras la que aguardaba Carranza. La habitación olía a cuero, tabaco y dinero, una combinación que le revolvió el estómago.

-No sé si tiene por costumbre tratar así a sus invitados -le desafió.

Carranza parecía divertido.

-Si no hubiera puesto tantos impedimentos con el collar, nada de esto habría sido necesario -con las manos entrelazadas a la espalda, bordeó la mesa y se acercó a ella despacio-. Le habría pagado gustoso unos cuantos miles de dólares por él, y podríamos habernos separado sin complicaciones, pero desgraciadamente me ha obligado a darle a este asunto un tratamiento más drástico.

Sentir sus manos al desabrocharle el collar le hizo estremecerse. Pensó en utilizar el arma que llevaba en el muslo, pero con Carranza frente a ella y el matón detrás, sabía que la ganaban en número y en músculos.

Así que soportó el roce de las manos de Carranza, y vio la euforia brillar en sus ojos al tener el collar en las manos. Incluso el ritmo de su respiración cambió al acariciar las piedras preciosas.

Le vio volver a su sillón tras la mesa, levantar un cuadro de la pared y abrir una caja fuerte que había detrás. De ella sacó una bandeja forrada de terciopelo negro y varias otras joyas brillaron a la luz... un montón de tesoros que seguramente habrían sido obtenidos por los mismos medios que el collar Ivanov.

-Ah... ahora mi colección está completa - murmuró, extasiado.

Paige sintió un sudor frío a pesar del calor que había en la habitación. ¿Dónde estaba Josh? Había dejado todas las pistas posibles de su paradero sin llegar a ser evidente. ¿Habría ocurrido algo?

Carranza la miró.

-Siento mucho que las cosas hayan tenido que terminar de esta forma, señora Montgomery, pero hay algo en usted que no me inspira confianza, como lo había también en su marido, la referencia a Anthony y su engaño puso a Paige al borde de la histeria. Carranza no era estúpido. ¿Se lo habría imaginado todo?

-Deshazte de ella y de Bennett -ordenó al matón-. Que parezca un accidente.

Su micrófono inalámbrico debía haber transmitido esa frase, pensó, frenética. ¡Que llegase la ayuda, y pronto, antes de que no hubiera a quien salvar!

El hombre que aguardaba a su espalda la sujetó por un brazo y ella intentó soltarse. Sin apenas esfuerzo, le retorció el brazo a la espalda y

no tuvo más remedio que gritar al sentir un dolor tremendo que la paralizó. Intentó arquear la espalda para acomodarse a la presión, pero él parecía disfrutar atormentándola, y no tuvo más remedio que obedecer cuando la empujó hacia la puerta del estudio.

Y al abrir la puerta se encontraron cara a cara con Josh, que con su arma apuntaba a la cabeza del matón.

-Suéltala -le ordenó imperativamente.

Pero el tipo ignoró su orden y tiró con más fuerza del brazo de Paige para hacerla volver a entrar en el estudio, manteniéndola delante de él como escudo. Josh avanzó, siguiéndolo sin dejar de apuntarle a la cabeza.

-Ah, señor Bennett. Cómo me alegro de que se una a nuestra fiesta -dijo Carranza, y Josh se vio obligado a elegir entre los dos.

Automáticamente apuntó a Carranza, que se quedó inmóvil tras su mesa.

-La fiesta ha terminado, Carranza -dijo Josh, colocándose con la espalda pegada a la pared-. Dile a tu hombre que la suelte.

Carranza arqueó una ceja y sonrió.

-No lo creo.

En ese instante, el otro hombre sacó una pistola de la cinturilla del pantalón y apunto con ella a Paige en la cabeza.

Josh se dio la vuelta y volvió a apuntar a aquel tipo con furia, aunque Paige pudo notar también su frustración. El hombre que tenía a su espalda se rió, sabiendo que tenía a Josh entre la espada y la pared. Josh también lo sabía.

-Le sugiero que baje ese arma, si no quiere ver morir a su amiga -dijo Carranza.

-Josh, no -le rogó ella con la voz temblorosa. Si entregaba su arma, moriría. Aunque,

según el plan de Carranza, morirían de todas formas.

Tardó un momento en decidirse, intentando ganar tiempo para que llegasen los refuerzos.

-Hágalo ya --ordenó Carranza.

Josh dejó lentamente su arma en el suelo, y a Paige se le llenaron los ojos de lágrimas al darse cuenta de que estaba entregado su vida por la de ella.

Si no hacía algo, y rápidamente, una vez soltara Josh su arma, los dos acabarían muertos. Sabía que sus opciones eran limitadas, pero lo intentó lanzándose hacia la izquierda. El matón, a quien había pillado desprevenido, intentó recuperar el equilibrio, y aprovechando la distracción, sacó de bajo el vestido la pistola, la apoyó contra el vientre de aquel tipo y, cerrando los ojos, disparó. El hombre la soltó

inmediatamente y cayó al suelo. El arma que tenía en la mano cayó a la alfombra, lejos de su alcance.

Josh recuperó su arma, pero Carranza había sacado la suya del cajón de la mesa y los dos apretaron el gatillo al mismo tiempo.

Dos disparos reverberaron en el estudio como dos detonaciones de cañón. Como a cámara lenta, Paige vio a Josh caer de espaldas, los ojos desmesuradamente abiertos y un quejido escapando de sus labios.

-¡Nooo! -gritó, y soltó su arma para correr a su lado. Hombres armados irrumpieron en la habitación dando órdenes. Podrían ser hombres de Carranza, pero a ella no le importó... su única preocupación era Josh y su herida.

De rodillas sobre la alfombra, apartó la chaqueta de su esmoquin y gimió al ver la sangre teñir la camisa blanca. Tenía los ojos cerrados, estaba inmóvil... y se temió lo peor.

-Maldita sea, Josh, no te atrevas a dejarme -le dijo, rozando su mejilla, y las lágrimas

empezaron a rodarle por las mejillas-. ¡Después de todo lo que hemos pasado, no permitiré que me abandones!

Estaba teniendo un sueño maravilloso. Un ángel de voz dulce y manos suaves estaba ocupándose de él, acariciándole la frente, ha_ ciéndole olvidar momentáneamente el dolor penetrante que sentía en el hombro. Unos labios le rozaron la mejilla y esa misma voz le susurró algo al oído.

-Te quiero, Josh Marchiano.

Quizás estuviera en el paraíso. Sí, eso tenía que ser.

Intentó moverse hacia esa voz, hacia ese olor femenino que se superponía a otro de antiséptico, y un dolor intenso en el hombro y el pecho le hizo gemir. En el paraíso, uno no debería sentir algo tan malo. Unos dedos le rozaron el hombro bueno, ¿los de un ángel, quizás?, distrayéndole del dolor.

-Vamos, Marchiano, tienes que salir de ésta como el chico duro que eres.

No. Un ángel no podía ser.

Se obligó a abrir los ojos y se encontró con una mujer sentada en el borde de una estrecha cama de hospital.

Paige.

Había pensado que no volvería a verla. Cuando sintió la bala de Carranza desgarrarle la carne, y antes de que la oscuridad se adueñase de todo, tuvo la sensación de haberle fallado, igual que Anthony. Carranza o cualquiera de sus hombres la mataría, y él sería el responsable. Y se odió a sí mismo por ello. Se odió por haber puesto su vida en peligro y haber demostrado al fin no ser mejor que su marido.

Pero estaba viva, y a pesar de que sabía que tenía que dejarla marchar, bendijo aquel momento.

No llevaba maquillaje alguno, se había recogido la melena castaña en una coleta y estaba muy pálida. La profundidad de sus ojos verdes estaba llena de ternura, cansancio y una fuerte determinación. Y, a pesar de todo aquello, estaba absolutamente hermosa... tan parecida a un ángel como era posible en un ser de carne y hueso.

-Hola -murmuró, con la garganta seca y áspera.

Ella sonrió, y una multitud de emociones brillaron en su mirada.

-Hola, chico duro -le dijo-. Hemos estado esperando a que te despertaras.

Miró a su alrededor. La habitación estaba vacía.

-¿Hemos?

-Yo. Tus padres. Tus hermanos. Toda la comisaría -tomó un pequeño vaso de agua

que había sobre la mesa y le ofreció un sorbo--. Están en la sala de espera, pero si no te importa, quiero tenerte unos minutos para mí sola antes de que llegue la caballería.

Josh sabía que, en cuanto su familia entrara, no tendría ya ni un solo minuto para estar a solas con ella, y quería aprovechar lo poco que le quedara antes de que se marchase.

-¿Qué día es hoy? -preguntó, intentando orientarse.

Paige sonrió.

-Lunes por la mañana.

-He perdido un día por alguna parte -dijo, frunciendo el ceño-. ¿Qué ha pasado?

-Te dispararon en el hombro el sábado por la noche en casa de Carranza, y quedaste inconsciente -le dijo, colocando la sábana sobre su pecho-. Te trajeron al hospital y te operaron de urgencia, y después te han tenido sedado durante veinticuatro horas. Pero todo ha salido bien. El médico ha dicho que podrás volver al trabajo dentro de unos cuantos meses.

Lo que menos le importaba en aquel momento era el trabajo.

-¿Y Carranza?

-Muerto. Tuviste mejor puntería que él. Segundos después de que dispararas, llegaron los policías de paisano. Han arrestado a todos los que operaban en la banda y han encontrado suficientes pruebas para procesarlos.

-Bien.

Josh asintió, satisfecho. Esos criminales podrían ser puestos a buen recaudo por mucho tiempo. Así quizás Paige podría dejar atrás esa pesadilla.

Se movió en busca de una postura más cómoda y su cuerpo se quejó. Paige inmediatamente se puso en pie y utilizó el control remoto de la cama para incorporarle un poco. Luego, le ahuecó las almohadas, le dio otro sorbo de agua y le arregló las sábanas.

-Me parece que podría acostumbrarme a esto -bromeó.

Ella dejó de pronto de mimarlo. Parecía nerviosa. Quizás su comentario había sido demasiado personal, quedaba demasiado claro que quería que se quedara y cuidase de él. Lo deseaba más que poder seguir respirando, pero ya había tomado la decisión de dejarla marchar y no iba a dar marcha atrás. Seguiría queriéndola durante el resto de su vida, pero se merecía ser feliz, incluso si eso significaba tenerla a miles de kilómetros de distancia.

-¿Cómo te encuentras? -le preguntó, acomodándose de nuevo en el borde de la cama.

-Un poco incómodo por el dolor del hombro, pero muy contento de

estar vivo -tomó su mano y entrelazaron los dedos-. Y aún más contento por ver que tú estás bien. ¿Nadie te hizo daño?

-Un par de moretones, pero nada más. Gracias a ti, estoy bien.

-No puedo ponerme medallas por ello, Paige. Sé lo mucho que detestas las armas y fuiste muy valiente. Estoy muy orgulloso de ti, porque fuiste tú quien salvó tu vida y la mía - hubo una mínima pausa-. Y ahora que el caso se ha cerrado, ya puedes volver a casa.

Pensó que esa idea la aliviaría, pero el miedo de su expresión le confundió.

-Pensé que iba a perderte -susurró, con sus increíbles ojos verdes llenos de lágrimas-. Y cuando vi toda esa sangre manchando tu camisa, en lo único en lo que pude pensar fue en que, si tú te morías, yo me moriría contigo.

Josh sonrió.

-Pero, como puedes ver, estoy bien - contestó, y le secó tina lágrima que había rodado por su mejilla-. Eres la mujer más valiente que conozco.

Paige se mordió un labio tembloroso. Le costaba trabajo aceptar el halago de Josh cuando había llegado a una sorprendente conclusión mientras esperaba que despertase.

-Soy una cobarde -explotó.

Él se echó a reír, pero la risa le hizo daño.

-¿Y puede saberse por qué piensas eso?

Ella inspiró profundamente.

-Porque tengo miedo...

-Tenías todo el derecho del mundo a tener miedo, cariño -la interrumpió-. Has pasado por una situación muy peligrosa.

La había malinterpretado.

-Tengo miedo de perderte, Josh. Lo que ocurrió en casa de Carranza me hizo darme cuenta. Verte tan cerca de la muerte hizo que viera las cosas con objetividad.

Josh fue a decir algo pero ella le puso los dedos sobre los labios.

-Mi matrimonio con Anthony fue un fraude, lo sabes tan bien como yo -continuó, y sorprendentemente, se dio cuenta de que su pasado no era ya tan doloroso como antes-. Y por culpa de tu profesión, temí que la vida contigo fuese tan complicada como antes, pero, ¿sabes una cosa? Pues que por fin me he dado cuenta de que aunque os dediquéis a lo mismo, no tienes nada que ver con Anthony. En mi corazón, siempre lo he sabido, pero admitirlo era otra cosa. Lo que has hecho por mí este fin de semana me ha abierto los ojos.

-¿Y qué he hecho yo? -preguntó desde detrás de sus dedos.

-Dar tu vida para proteger la mía.

Josh se indignó.

-Protegerte era mi trabajo.

-Cállate, Marchiano, que estoy hablando - le ordenó-. Mientras Anthony puso mi vida en peligro, tú estuviste dispuesto a sacrificar la tuya por mí. No creo que Anthony lo hubiera hecho.

Josh no pudo negarlo. Los dos sabían que Anthony estaba demasiado cegado por su propio egoísmo como para pensar en alguien más que en sí mismo.

-Eres un hombre bueno y honesto, Josh -mucho más de lo que nunca lo había sido Anthony-. Y estás dispuesto a dejarme marchar, a pesar de quererme.

-Es que eso es lo que tú quieres hacer.

El corazón se le inflamó al aceptar que estaba dispuesto a sacrificarse por ella.

-Eso es lo que yo creía que quería, porque el dolor de mi matrimonio con Anthony no me dejaba pensar de otro modo. Su traición y su engaño me habían cegado. Entonces, empecé a pensar en todas las ocasiones en las que tú habías estado ahí cuando Anthony no estaba. Cómo me habías ofrecido tu apoyo cuando yo no tenía a nadie más. Has llegado a ser mi mejor amigo, Josh, y te quiero.

-Paige... -gimió él.

-No puedo imaginarme la vida sin ti - añadió en voz muy baja, pero supo que él la había oído perfectamente.

-Nos llamaremos dijo con voz áspera-. Y puedo ir a verte a Connecticut.

Condenado cabezota... era incapaz de comprender lo que estaba intentando decirle.

-Yo... yo quiero algo más que verte de vez en cuando.

Él se quedó inmóvil, observándola, y exasperada Paige añadió:

—Quiero casarme contigo, Marchiano.

Él la miró incrédulo.

-Quiero ser la madre de tus hijos -susurró.

Sus ojos se desbordaron de alegría, pero la cautela los eclipsó.

-Ser la mujer de un policía no es fácil - dijo-. Ya hemos hablado de ello.

-Sé todo lo que hay que saber sobre lo difícil que es ser la mujer de un policía, y siempre estaré preocupada por ti. Pero eso no cambiará por estar en Connecticut o estar aquí domó su cara entre las manos-. Creo en ti, y te quiero lo suficiente como para poner mi futuro en tus manos -sabía que no pondría en peligro su compromiso-. Confío en ti, Josh -dijo, dándole lo que no había podido darle a Anthony-. Con todo mi corazón. Con mi alma. Con mi vida.

Con el brazo bueno, Josh tiró de ella y la besó profunda y largamente, prometiéndole una vida de pasión, compromiso y amor.

-Haré todo lo que esté a mi alcance para hacerte feliz, Paige.

-Sé que lo harás -contestó, sonriendo y con el corazón desbordado de alegría.

Después del dolor que había soportado aquellos dos últimos años, por fin tenía la sensación de estar donde debía estar. Nada tenía que ver con la ciudad en la que fuese a vivir, sino con el hombre al que quería con todas las fibras de su ser.

-He pensado que quizás pudiéramos encontrar una casa en algún lugar tranquilo de las afueras de Miami, con mobiliario a prueba de niños, una habitación de más para cuando nuestros padres vengan a visitarnos y un gran jardín.

Josh sonrió.

-No estaría nada mal.

-Y me gustaría conservar Wild Rose, pero que Pam se siguiera ocupando de la gerencia.

Sus ojos adquirieron un brillo perverso.

-No es mala idea, teniendo en cuenta lo ocupada que vas a estar con todos los niños que pienso hacerte.

-Pienso hacerte cumplir esa palabra en cuanto salgas de aquí.

-Entonces, pediré que me den el alta esta misma tarde. ¿No has dicho antes que tardaría unos meses en tener que volver al trabajo?

-Así que piensas darme la lata a mí, ¿eh?

-No lo dudes -murmuró.

Y Paige suspiró antes de perderse en otro beso que borró el dolor del pasado y le dio la fuerza y el valor suficiente para ser la esposa de aquel hombre.

Tenían fe en el amor, Lo demás no importaba.